

TERCERA PARTE.

MISIONEROS

Y  
CONQUISTADORES SUBALTERNOS

## SAN LUIS BELTRAN.

### I

El siglo XVI fué el de los santos en Europa. Si en él florecieron Lutero, Henrique VIII de Inglaterra, Calvino, Zwinglio, &c., en compensación ¡qué reunión la que encontramos de hombres que por amor á Dios se constituyeron en protectores de la Humanidad doliente!

Bástanos recordar que en ese mismo siglo existieron: SAN VICENTE DE PAÚL, el fundador de tantos hospicios, hospitales y cofradías piadosas, y de la institución de las *Hermanas de la Caridad*; SAN JUAN DE DIOS, que se dedicó á crear hospitales para los pobres de España; SAN FRANCISCO DE SALES, que no vivió sino para hacer el bien, consolando y convirtiendo á la verdadera fe, no solamente á los desheredados é infelices, sino también, con sabias lecciones, á los reyes y á los grandes de la tierra; SAN CARLOS BORROMEJO, el fundador de muchos hospitales, hospicios y monasterios en que se cuidaba del enfermo, se amparaba á la niñez y se educaba á la juventud; SAN FELIPE NERI, que se puso al frente de una orden (llamada del Oratorio), la cual se ocupaba en socorrer á los pobres y orar por los desgraciados, y que también fundó un hospital para los peregrinos desvalidos que no podían encontrar albergue gratis en Roma; (1) SAN IGNACIO DE LOYOLA, el primi-

(1) El Hospital de la Santísima Trinidad, en Roma, dió albergue durante el Jubileo de 1600, en tres días no más, á 444,000 peregrinos y á 25,000 mujeres. Allí se ha visto frecuentemente á los Soberanos Pontífices lavando los piés de los pobres. Muchos piadosos cristianos asisten, confortan y sirven en aquel lugar á los enfermos y peregrinos, llegando á contarse hasta 800 personas en un día que visitan el hospital, siendo de todas las clases de la sociedad, desde ricos Cardenales y damas de la Corte, hasta otros pobres que van á cuidar de los que han quedado enfermos. — Véase "HISTORIA DE LA IGLESIA CATÓLICA, por Rohrbacher y Chantrel, 5.ª edición, 1869.

tivo Jefe de la Compañía de Jesús; SAN PEDRO ALGÁNTARA; SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA; SAN Pío V, el Papa ejemplar, reformador de la Corte romana; SAN BENITO DE ETIOPIA, cuya piel oscura encubría un corazón de oro; SAN FRANCISCO CARRACOROLO; SAN JUAN DE AVILA; LOS SANTOS JÓVENES ESTANISLAO DE KOSTKA y LUÍS GONZAGA; y otros tantos que no nombraremos por no ser demasiado prolijos. El sexo femenino no se quedó atrás en esta grande obra de beneficencia: en España brillaba entonces SANTA THERESA DE JESÚS, perfecto modelo como santa, fundadora y reformadora de monasterios, escritora de primer orden, poetisa sobrecaliente, y á quien se ha declarado *Doctora* de la Iglesia. Francia estaba representada por SANTA JUANA DE CHANTAL, la fundadora de la orden de la Visitación para educar la juventud femenina, que en su tiempo estaba enteramente descuidada. En Italia resplandecían SANTA ANGELA DE BRESCIA, que creó la orden Ursulina; SANTA MARGARITA DE RAVENNA, la que, á pesar de ser ciega, logró reunir una sociedad llamada del *Buen Jesús* para aliviar á los pobres; SANTAS CATALINA DE RICOLY y de CARDONA; SANTA MAGDALENA DE PAZZI; SANTA ESTEFANÍA DE QUINZANI, y otras muchas siervas de Dios, cuyas vidas fueron ejemplares, demostrando que en todos los países y en todas las posiciones sociales el sér humano puede hacer algún bien á sus hermanos.

Las órdenes religiosas, instituidas para convertir al pecador, eran tan numerosas, que mientras unos permanecían en Europa, pesando en la balanza opuesta á la reforma que procuraba invadirlo todo, otros pasaban á Africa ó á las Indias Orientales, como SAN FRANCISCO JAVIER, y muchos salían de España para evangelizar á los indígenas de América, que entonces llamaban las Indias Occidentales.

Desde que se tuvo noticia en España de que el Nuevo Mundo estaba poblado, lo primero en que pensaron los Reyes fué en mandar Religiosos que convirtieran y cristianizaran esas poblaciones ignorantes é idólatras. Los conquistadores laicos eran por lo general duros y crueles con los indígenas; pero es preciso discernir, y no hay que confundir á los buenos con los malos. Desde la época de nuestra independencia

hasta nuestros días, se ha vuelto moda en cierta escuela política entre nosotros, anatematizar á los Conquistadores en masa, incorporando entre los militares y colonizadores á los misioneros, tanto frailes como clérigos, que vinieron, no á enriquecerse ni á especular, sino á convertir y proteger á los indígenas. Como naturalmente se miraría con desconfianza el testimonio de historiadores españoles contemporáneos, para apoyar nuestra opinión no queremos citar, antes de entrar en el fondo de la materia, sino á dos escritores ingleses, de aquellos que, siempre que pueden avanzar algo contra la Religión Católica, no pierden la ocasión de hacerlo.

“El Cardenal Jiménez, dice Washington Irving, envió en 1516 á tres frailes Gerónimos, escogidos por su celo y talento, para que trabajasen en remediar los abusos, instruir religiosamente á los indígenas y protegerles á todo trance. El ejercicio de su misión en Santo-Domingo causó grande impresión en el Nuevo Mundo, y por algún tiempo fué tan benéfica, que los Gerónimos lograron refrenar la mala conducta y la crueldad de los colonizadores.” (1) Robertson, historiador inglés y protestante energímeno, dice también: “Con mucha injusticia algunos escritores han hecho el cargo á la intolerancia de la Religión romana, de la destrucción de las razas americanas, acusando á los eclesiásticos españoles el que hubiesen alentado á sus compatriotas para que asesinaran á esos pueblos inocentes porque eran idólatras y enemigos de Dios. Los primeros misioneros de América, aunque poco letrados, eran hombres piadosos. Desde un principio defendieron la causa de los aborígenes contra las calumnias que los Conquistadores propalaban contra ellos, diciendo que eran seres incapaces de formar jamás parte de la vida social, ni de comprender los principios de la Religión; que pertenecían á una raza imperfecta, señalada para la servidumbre. Los misioneros fueron ministros de paz para con los indígenas, y procuraron siempre arrancar de manos de sus opresores la vara de hierro con que les regían.”

En 1524 se reunió el primer Sínodo en América,

(1) VIDA Y VIAJES DE CRISTÓBAL COLÓN Y SUS COMPATRIOTAS.—Página 756.

en la ciudad de Méjico. Presidióle el bienaventurado Martín de Valencia, franciscano que había llegado allí con doce misioneros más para atender á la evangelización de aquel país.

Una vez que el Gobierno Español llevó á cabo la conquista de América, viendo que la colonización marchaba viento en popa, manifestó que su más ardiente deseo era conservar la vida de los naturales de estas tierras. Promulgáronse entonces leyes muy severas contra los opresores de los indígenas, por las cuales se condenaba á graves penas á los que les maltrataban, y se daban amplios poderes á los Religiosos para que les civilizaran, instruyéndoles en religión y moral cristiana, pues entonces se creía que se debía cuidar de la parte moral del hombre, aun con preferencia á la material. Pensábase en aquellos siglos, llamados de oscurantismo, que el espíritu debía de ser nutrido con sanas doctrinas, y que era peligrosa la libertad de creencia, que hoy se considera indispensable para el adelantamiento de la civilización. Sucedia, pues, que en muchos de los *sis mil monasterios* que existían ya en la América Española, al cabo de cincuenta años de su conquista (1) se enseñaba á los novicios los idiomas de los Indios que había en sus comarcas, con el objeto de que después pudiesen predicarles y enseñarles la Religión cristiana. Durante la dominación de los Españoles, los Americanos indígenas tenían muchos privilegios: los hijos de los Caciques eran educados gratis en los colegios, y se procuraba fundar escuelas de primeras letras para los aborígenes; tenían casi todas ellas tierras propias, las cuales les era vedado vender. Una de las pruebas de que no debían de haber sido muy mal tratados, está en que durante la guerra de la Independencia ellos despreciaban los ofrecimientos y promesas de *libertad* que se les hacían, permaneciendo por lo general fieles á sus amos. Y ahora preguntaremos: ¿son acaso más felices hoy día que antes? ¿De qué privilegios especiales gozan los antiguos dueños de América, fuera de los espirituales que la Iglesia les concede en la cuaresma? De ningunos

(1) Contábanse 6,000 monasterios y 600 obispados, cincuenta años después de la conquista. Véase la obra antes citada de Rohrbacher.

absolutamente. Despojados de sus tierras, por cuanto por una ley nueva se les concedió el permiso de vender, han quedado en la miseria, merced á los artificios de los que supieron aprovecharse de su ignorancia para esquilmarlos. Es cierto que en las escuelas públicas se les enseña; pero como no aprenden allí á temer á Dios, ni esa moral sin religión les enseña á ser virtuosos, los desgraciados naturales marchan sin detenerse por el camino que conduce al crimen y á la perdición. Por lo menos, si antes eran tan desgraciados como ahora, se hacían mil esfuerzos para que no fuesen criminales. Además, hay muchas tribus errantes de indígenas que han vuelto á la barbarie, por falta de misioneros que les instruyan, y al presente están mucho menos civilizados que en tiempo de la Colonia. (1)

Los primeros misioneros que llegaron á Tierra-Firme fueron veinte Religiosos que desembarcaron en Santa-Marta, en 1529, con García de Lerma. Los ministros de la Religión Católica que hasta entonces habían venido á América, no fueron sino los capellanes de las tropas conquistadoras, que no tenían el deber de catequizar á los naturales. Las costas del mar estaban pobladísimas: literalmente, los naturales hormigueaban por todas partes; era preciso tratar de civilizar á aquellas gentes, y los misioneros se dieron á esta obra. Pero lo que los Religiosos hacían para hacerles el bien, los Conquistadores lo deshacían con sus crueldades. En tanto que los primeros daban buen ejemplo con su caridad y abnegación cristiana, los segundos, con espada en mano, recorrían el país y talaban y despojaban á los indígenas, sin que les detuviera ningún obstáculo.

No es este el lugar de ocuparnos en la historia de la conquista y de los conquistadores de las costas de Cartagena. Bástanos saber que, satisfechos los Españoles con las riquezas de aquel litoral, determinaron establecer definitivamente una ciudad fuerte, y con un Obispo que llegó á Cartagena en 1534 se empezó á evangelizar á los aborígenes con el mayor celo. Como

(1) El Obispo de Santa-Marta ha pedido al Congreso los medios para educar á algunos indígenas de la Goajira en los colegios del Estado, y autorización para fundar cátedras en que los seminaristas puedan aprender los idiomas de los indígenas. No sabemos si su petición ha sido atendida.

el Obispo, fray Tomás Toro, y los Religiosos que llevó consigo, dice el padre Zamora (1), eran todos dominicanos, siendo de una misma orden se aplicaron en la mejor armonía á convertir y bautizar á los ignorantes idólatras, y trabajaron al mismo tiempo para impedir que los encomenderos les tratasen como á esclavos. Pero era tal la codicia que se había despertado en el corazón de los colonizadores, dice el mismo autor, "que ellos sólo deseaban nuevas entradas (conquistas) para destruir á los Indios que estaban vivos, y sacar á los muertos de sus sepulturas." En esa provincia, los sepulcros de los antiguos indígenas eran proverbiales por las ricas prendas de oro que encerraban. El Obispo hizo cuanto estuvo á su alcance para impedir que se vejara á los naturales de su obispado, y fueron tantos los disgustos que le proporcionaban los Españoles, que dícese que, afligido y profundamente desanimado, murió al fin de pesadumbre, en 1536.

Entre tanto se internaban los misioneros en las tierras semi-conquistadas, ocupándose en catequizar á los indígenas y estrellándose contra los gobernantes civiles, los encomenderos y los caballeros de aventuras, quienes procuraban no solamente apoderarse de cuanto oro poseían los aborígenes, sino que les arrebataban á ellos y á sus mujeres é hijos para venderles como esclavos en las Antillas.

No fué sino en 1538 cuando llegó á Cartagena otro Obispo, fray Gerónimo de Loaysa, el que traía consigo seis misioneros más, todos frailes dominicanos. Además, se le habían expedido muchas autorizaciones que le daban facultades amplias para amparar á los Indios y defenderles de los que se habían erigido en sus amos. El nuevo Obispo era enérgico y activo, y como había vivido en los campamentos, en calidad de Capellán de las tropas del Rey, estaba enseñado á tratar con gentes audaces, y sabía hacerse obedecer de frailes y legos, de militares y letrados. Así fué que, con las patentes de la Corte en la mano, suprimió abusos, enderezó entuertos, edificó iglesias en Cartagena y capillas en todos los pueblos semi-civilizados de su

(3) HISTORIA DE LA PROVINCIA DEL NUEVO REINO DE GRANADA.

provincia, nombró curas misioneros en muchas aldeas indígenas, y fundó colegios y escuelas para enseñar á los hijos de los Españoles y de los naturales. Desgraciadamente el Obispo Loaysa era persona demasiado importante para permanecer en Cartagena, y en 1542 fué promovido al Arzobispado de Lima. Su sucesor fué un padre gerónimo, fray Francisco de Benavides y Santa-María, el cual no tenía ni la influencia ni los talentos del anterior. Además, la época de su obispado fué sumamente angustiosa, por ser aquella en que el pirata Roberto Baal asoló nuestras costas, continuando después sus depredaciones otros muchos Ingleses y Franceses que recorrieron y visitaron los puertos más ricos de Hispano-América, en donde encontraban muchas riquezas con qué contentar su codicia.

Los frailes dominicanos y franciscanos se establecieron en el Nuevo Reino de Granada, y fundaron conventos en Santafé, Tunja, Tocaima, Mariquita, Vélez, &c.; pero aunque tenían la misión de convertir á los indígenas infieles, se dedicaban particularmente á catequizar á los mansos *Muisca*s, ya semi-civilizados, y descuidaban bastante la reducción de los Indios feroces y salvajes de las costas. Comprendiendo esta falta el Provincial de los dominicanos, y viendo que no alcanzaban los Religiosos que existían en el Nuevo Reino de Granada para aquella ardua empresa, mandó un emisario á España para que pidiera algunos misioneros propios para el caso.

## II

Hacia la mitad del siglo XVI existía en el convento de Santo-Domingo de Valencia un Religioso llamado Luís Beltrán. Era natural de la misma ciudad, é hijo de un honrado notario de su mismo nombre, y, según se decía, de la misma familia de San Vicente Ferrer, notabilísimo misionero y predicador famosísimo que en el siglo XV había convertido pueblos enteros con el maravilloso poder de su palabra.

Nacido el 1.º de Enero de 1526 (un año después que Santa Teresa), Luís Beltrán se propuso desde su

primera infancia imitar á su pariente San Vicente Ferrer. Practicaba toda suerte de penitencias y austeridades, huía de las diversiones, oraba sin cesar, y llevaba una vida tan devota y rígida, que en este siglo hubiera sido sorprendente en un niño, pero que en aquel tiempo, en que el fervor religioso en España era una pasión, aunque llamaba la atención no pasaba ni parecía inverosímil. No pudiendo, sin embargo, entregarse en la casa de sus padres enteramente á Dios, quiso hacer lo que trató de poner por obra Santa Teresa en su infancia: esto es, huír para irse á ocultar en algún desierto, en donde ningún sér humano le turbase en sus meditaciones. Pero sus padres mandaron emisarios en su persecución, que le reintegraron en la casa paterna. A los quince años pretendía vestir el hábito y entrar como novicio en un convento; pero no se lo permitieron mientras no hubo cumplido veintiún años, en 1547, tiempo en que fué ordenado en el convento dominicano de Valencia.

En 1551 fray Luís fué nombrado maestro de los novicios, lo cual, no obstante su juventud, era destino propio para persona que, por su conducta, su ciencia teológica y sus virtudes evangélicas, parecía llamada á servir de ejemplo á los demás. Aunque en su humildad él creía que no podría ser nunca buen predicador, era tal su deseo de atraer almas al amor de Jesucristo, que se ejercitó en aquel arte con tanta diligencia y perseverancia, que á poco se le citaba en Valencia y en los alrededores como el orador sagrado más notable de su convento.

Una vez llegó al monasterio en que moraba San Luís Beltrán un Indio de las provincias del Nuevo Reino de Granada, y éste, que no solamente había sido convertido al cristianismo, sino que vestía el hábito de Santo-Domingo, refirió largamente al futuro Santo las costumbres, las crueldades y hábitos de idolatría de sus compatriotas. Además, le decía que era tan peligroso entrar en las tierras de los Caribes, que rara persona volvía á salir, "porque se comían vivos á los predicadores." (1) Pero esto, en lugar de atemorizar

(1) Véase "HISTOIRE DE L'EGLISE CATHOLIQUE," antes citada.—T. XII.—"HISTORIA DE LA PROVINCIA DEL NUEVO REINO DE GRANADA," de Zamora.

á nuestro monge, le inspiraba el mayor deseo de pasar á esos países donde, sirviendo á su religión, podría sufrir el martirio por la fe de Jesucristo. El mismo celo manifestaba otro padre del convento, fray Luís Vero, haciendo uno y otro, y dentro de sí mismos, voto solemne de no desperdiciar ninguna ocasión en que se les presentasen medios de pasar á Indias.

No tardó mucho Nuestro Señor en poner á prueba aquella fe y deseo de servirle exponiendo la vida. Habiendo llegado á Valencia el emisario del Provincial del Nuevo Reino de Granada, que recorría la España en busca de Religiosos suficientemente abnegados para servir de Misioneros entre las tribus indómitas de la provincia de Cartagena, al momento fray Luís Beltrán, fray Luís Vero y cuatro Religiosos más se apresuraron á ofrecerle sus servicios.

Apenas se tuvo noticia en Valencia del propósito del predicador favorito de la población, agolpóse la multitud al convento á suplicar á fray Luís que no abandonase su ciudad natal, en donde tanto le querían. Pero todo fué en vano: ni los ruegos de los valencianos, ni las súplicas de sus amigos y parientes pudieron hacerle vacilar en sus intenciones. El Prior, que no podía impedirle el viaje de otro modo, le notificó que si persistía en él no le daría ningún avío ni recursos para emprenderlo. Pero esto, menos que todo, podía detenerle; y así salió de Valencia sin un cuarto con qué sostenerse, y llegó á Sevilla extenuado de fatiga y de falta de alimento, y allí se reunió con los treinta Misioneros más que estaban prevenidos para pasar á Cartagena.

Empezaba el año de 1562 cuando la expedición de Misioneros se hizo á la vela en los navíos de la flota que el Gobierno español enviaba varias veces al año á sus colonias, llevándoles cuanto podían necesitar de la madre patria. Durante la navegación, el Misionero Luís Beltrán edificaba con sus pláticas y enseñanzas á sus compañeros de viaje, y su celo y caridad eran tales, que proclamaron como verdadero milagro algunas curaciones que hizo. Apenas llegaron á Cartagena los misioneros, el Padre Vicario señaló á fray Luís Beltrán, con tres compañeros más, la evangelización de la tierra adentro de aquella provincia, y á fray Luís Vero le envió á Santa-Marta con otros Religiosos.

Desde aquel momento empezó San Luís Beltrán su misión, con la cual procuró, con sublime fe y abnegación, servir á la causa de la Humanidad, llamando al amparo del cristianismo á tantas almas descarriadas. Antes de establecerse definitivamente entre alguna de las numerosas tribus que pululaban en aquella provincia, San Luís, con sus compañeros, visitó sucesivamente las aldeas de Tubará, Paluato, Turbaco, Mahates y otras, con el objeto de hacer un reconocimiento general de las disposiciones de los indígenas.

Cada Misionero andaba separadamente, solo, ó acompañado por un intérprete ó sirviente, por enmedio de aquellos bosques poblados de enemigos de la raza blanca. Aparte de los indígenas, que era natural odiasen á los Españoles, los Religiosos sufrían horribilmente con el calor, la humedad y las enfermedades propias de aquellos climas mortíferos, la falta completa de recursos, los mosquitos, jejenes, garrapatas y arañas venenosas, que atacaban á los recién llegados, con una furia tal, que les causaban los mayores tormentos. Todos, pues, procuraban precaverse de esas plagas incómodas y peligrosas, menos San Luís, que aceptaba todo martirio como una prueba enviada por Dios para experimentar su firmeza. Así, mientras que los demás misioneros caminaban por los bosques y breñas erizadas de espinas y púas, que á veces les herían, envueltos los piés en eneros y cortezas de árbol, él seguía su marcha siempre descalzo y sin cuidarse de los cañaverales llenos de vástagos que le punzaban; y por la noche, en lugar de evitar los zancudos, embriéndose lo más posible el cuerpo, dejaba que le picasen é hiriesen, sin manifestar su incomodidad ni quejarse nunca. Habiendo recibido del Altísimo el dón de las lenguas, á poco tiempo yá no necesitó intérprete, pues los Indios le entendían perfectamente. Llevaba como sirviente á un joven de su patria, que le acompañaba cargando unas alforjas en que llevaba la Biblia, el Breviario y el recado de decir misa. Nunca permitía que su criado aceptase para ninguno de ellos alimentos para el camino, de un pueblo á otro, sino que siempre iban desprovistos y confiando sólo en Dios.

Una vez, estando San Luís y su sirviente lejos de todo poblado, enmedio de un bosque, y no habiendo

tomado ningún alimento en todo el día, el mozo, que se llamaba Gerónimo Cardillo, apretado por el hambre y la sed (pues tampoco habían encontrado agua), empezó á llorar y á quejarse amargamente del Santo, porque no le había permitido llevar avío. Reprendióle su amo severamente por su falta de fe en la Providencia, y señalando al mismo tiempo un bosquecillo, le dijo:

—Ven conmigo, que allí encontrarás con qué alimentar el cuerpo y apagar la sed.

Efectivamente, á pocos pasos hallaron un riachuelo claro y cristalino que bajaba de un vecino cerro, y en aquel punto lo sombreaba un hermosísimo árbol cargado de rojas y apetitosas frutas. El mozo declaró después que el árbol era un manzano, lo cual se tuvo á milagro que había verificado el Santo, puesto que en aquellos climas esas frutas son desconocidas. Gerónimo comió y bebió á todo su gusto, y cuando estuvo satisfecho quiso llevar consigo en las alforjas algunas frutas para comer en el camino, pero su amo se lo prohibió severamente. “Semejante previsión, le dijo, es propia solamente de personas que no tienen confianza en Dios.”

Disgustado el Gerónimo con los trabajos que pasaba al lado del Santo, determinó dejar su compañía; pero éste le previno en su deseo.

“Hermano, le dijo, al llegar al fin de su jornada; penoso estoy de no tener que darte; así, anda con Dios. Lo que más me duele es que siempre vivirás en la miseria y morirás en ella.”

Lo cual, dice el Padre Zamora, se verificó como lo había predicho el Santo.

Al fin San Luís determinó quedarse en un sólo lugar para atender primero á la conversión de una tribu antes de pasar á otra parte, y eligió como centro de sus operaciones la aldea de Tubará.

Cerca de tres años, dice el citado autor, permaneció San Luís en aquel pueblo, que pertenece hoy día al Estado de Bolívar, al Sur de Galapa, cerca de la costa del Atlántico y en la cumbre de un cerro. (1)

Parece que en el idioma de los Indios de aquellos parajes la palabra *tubará* quiere decir *reunión*, porque

(1) DICCIONARIO GEOGRÁFICO DE LOS ESTADOS UNIDOS DE COLOMBIA, por Eguerra.

en dicho pueblo se juntaban las tribus para tratar de los intereses comunes. En prueba del mucho bien que hizo San Luís Beltrán á aquellas gentes, todavía conservan, con la mayor veneración, una ermita donde el Santo decía misa, predicaba y enseñaba la doctrina á los naturales.

A tres leguas de Tubará se encontraba otro misionero dominicano, en Zipacná (aldea yá probablemente extinguida, porque no hallamos ese nombre en las obras modernas). San Luís, con el otro dominicano, convinieron en que se verían, para confesarse mutuamente, en una ermita que mandaron hacer á la mitad del camino de un pueblo á otro. Un siglo después todavía existía esa capilla, reverenciada por los indígenas.

La dulzura, la paciencia, la caridad y la abnegación del Santo atrajeron á la Cristiandad á gran número de paganos. Como todas sus palabras eran inspiradas por el amor, y jamás por la violencia, no tardó mucho en encaminar por la vía de la civilización á aquellos indígenas, en tanto que con crueldades y violencias los encomenderos y empleados civiles les exasperaban, haciendo odioso el cristianismo que pretendían profesar. Los naturales idolatraban á su misionero y le obedecían religiosamente; no así los colonos Españoles, á quienes reprendía cuando obraban mal, y les afeaba sus perversas costumbres. Sumamente disgustados éstos con un Religioso que en casi todas las disputas daba la razón á los infelices indígenas contra sus opresores, empezaron á calumniarle y enviar malos informes contra él, con la esperanza de que le sacaran de allí. San Luís sufría todo con paciencia, diciendo mansamente:

“No todo se ha de llevar en esta vida por tela de justicia: algo se ha de padecer por amor de Dios.”

La manera de vengarse que tenía era redoblando sus esfuerzos para hacer el bien á aquellos que habían procurado perjudicarlo, y jamás se le oyó una palabra de resentimiento, sino, al contrario, oraciones por las personas que le calumniaban.

San Luís jamás tuvo miedo de cosa alguna terrestre, y desarmaba á sus enemigos con su grande impavidez. Ni las serpientes, ni las fieras de los bosques le infundían pavor. Sucedió que cuando viajaba por medio de aquellas montañas, pobladas de tigres y leones,

de serpientes venenosas y otros animales, las personas que le acompañaban, al ver el peligro, exclamaban temblando:

—¿A-dónde nos lleváis, Padre? ¿Por ventura queréis que nos despedacen y nos traguén los monstruos que encierra esta montaña?

—No hay que temer, contestaba él sossegadamente, en medio de los mayores peligros. Dios está con nosotros y no nos dañarán.

Como el Santo no aceptaba más alimentos que los que absolutamente necesitaba en el momento de ir á comerlos, acontecía que en aquellas poblaciones, cuando se iban todos con sus mujeres y familias á las rocerías, él se quedaba solo en la aldea, y si olvidaban dejarle el alimento preparado, padecía hambre hasta que volvían por la noche á sus casas. Sin embargo, jamás se llegó á quejar del descuido de sus feligreses.

Estando en Tubará San Luis, tuvo lugar un acontecimiento muy extraordinario, que se ha considerado como un sensible milagro.

“Qué desgracia! exclamó el Santo un día con la mayor angustia. Un amigo mío se está ahogando, después de un naufragio que ha ocurrido en la costa.... Pero todavía le podremos salvar! añadió.”

Llamó entonces á algunos Indios, á quienes cargó con ropas y comestibles, y se dirigió á la orilla del mar. ¡Cuál no sería la sorpresa de los que le acompañaban, cuando al tocar el litoral vieron que llegaba asido de una tabla un hombre desnudo y casi espirante de hambre y de sed! El Santo le llamó por su nombre, pues era valenciano y conocido suyo, y socorriéndole con la mayor ternura, le vistió con las ropas que había llevado preparadas y le dió de comer y de beber. El naufrago refirió que, habiendo encallado el bajel en que iba embarcado, perdiéndose los que iban dentro, se encontró solo y desamparado en alta mar: prendido de una tabla había nadado dos noches y un día, hasta que viendo tierra se había dirigido á ella, en donde pensaba que moriría en una playa desierta, como era aquélla, sin recursos ni habitantes.

San Luis le proporcionó recursos para que pasara á Cartagena, en donde el naufrago refirió la maravillosa preservación de su vida, merced á la intuición divina de aquel misionero.

Los Indios que presenciaban estas maravillas se convertían por centenares, y una vez se le presentaron 2,000 que bajaban del interior de las tierras en busca del maravilloso misionero de quien habían oído hablar. El Santo les agasajó mucho, y como ellos pedían el bautismo, les instruyó brevemente en la verdad evangélica, y por último les bautizó. Manejóse San Luís en aquella vez con tanta unción y les habló con tanta ternura, que todos los salvajes se precipitaron á sus piés, jurando que guardarían hasta la muerte una fe que tenía que ser buena, puesto que la enseñaba un sér tan angelical como era aquel Misionero, tan diferente de los otros blancos.

Como los indígenas tenían grandes motivos para odiar á los Españoles, que les exasperaban con sus malos tratamientos, frecuentemente urdían conspiraciones contra los encomenderos; pero San Luís siempre lograba aplacar á los Indios y salvaba la vida de sus compatriotas, aun exponiendo la propia.

Una vez que fueron reducidos á una vida más civilizada, y habiendo sido bautizados todos los indígenas de Tubará y de sus alrededores, los Prelados resolvieron aprovecharse de las extraordinarias aptitudes del Santo para enviarle á otros pueblos en donde los demás misioneros habían visto frustrados sus esfuerzos. Cuando los naturales de Tubará tuvieron noticia de la próxima partida de San Luís, se afligieron al principio muchísimo, y en seguida se atrevieron á amenazarle, si les abandonaba sin preservarles de la crueldad de los encomenderos. Necesitó el Misionero hacer uso de toda su paciencia y bondad para razonar con aquellos salvajes, y no fué sino después de prometerles visitarles con frecuencia, cuando le dejaron partir.

San Luís pasó entonces á servir de Cura en las aldeas de Zipacná, Peluato y otros pueblos, en donde permaneció poco tiempo, porque se le llamó á Cartagena. Habiendo cambiado la administración del convento dominicano, del que dependía San Luís Beltrán, y teniendo noticia el nuevo Prior de las maravillosas conversiones que había hecho nuestro Misionero, tuvo á bien llamarle á Cartagena, en donde la sociedad española estaba tan desorganizada y corrompida, que diariamente se cometían crímenes inauditos. La ambición,

la sed de oro y todas las pasiones más perversas se habían entronizado en el corazón de los colonizadores, y se deseaba que un predicador nuevo fuera allí á tratar de volver á Dios aquella ciudad, cuyos habitantes no pensaban ya sino en hacerse ricos á todo trance y contentar sin trabas sus malos instintos.

## III

Día muy triste fué para nuestro Santo aquel en que se vió obligado á abandonar á su desconsolado rebaño definitivamente para volver á la vida de las ciudades, con sus intrigas y disgustos. Pero, por supuesto, obedeció á las órdenes de su Prior, sin quejarse, y se preparó para pasar á Cartagena. Quiso separarse de aquellos indígenas,—á quienes él amaba como el Padre Las Casas á los suyos,—con una visita que hizo á todos los que él había convertido, y en seguida se dirigió á Cartagena, en donde fué muy bien recibido. El fruto que empezaba á cosechar con sus sermones, volviendo al buen camino á los pecadores, lo acababa de madurar en el confesonario, en donde con sus consejos, reprensiones y súplicas remedió muchas injusticias y “reprimió (dice fray Alonso de Zamora) las usuras, moderó la codicia desaforada en los tratos que se ofrecía cada día, según el trajín de las armadas que frecuentaban aquel puerto.... Sus discursos eran de hombre que tenía el espíritu apostólico. Sus palabras hacían temblar cuando reprendía, y cuando rogaba ó persuadía eran tan suaves, que atraía al amor de Dios todos los corazones.”

Después de una permanencia de algunos meses en Cartagena, San Luís fué enviado á predicar la cuaresma á Nombre-de-Dios, el puerto entonces más frecuentado de Tierra-Firme, que ha desaparecido, porque sus habitantes se trasladaron á otro lugar, llamado Portobello, el que también fué casi abandonado con el tiempo, por motivo de su clima mortífero y por haberse trasladado el comercio á otros puntos más convenientes.

En Nombre-de-Dios San Luís procuró grandes beneficios á los colonizadores, pues hizo volver á muchos á la senda del deber; otro tanto sucedió en el pueblo

de Baraona, en donde tuvo ocasión de amonestar á varios encomenderos y mayordomos que trataban cruelmente á los Indios, y les hizo arrepentirse de sus crueldades.

Así, pues, nuestro Santo era un ejemplo vivo de la religión de Jesucristo, y trabajó en la marcha de la verdadera civilización, es decir, la del bien moral y físico de los hombres, entre Españoles é indígenas, blancos, cobrizos y negros, con una abnegación digna de la IDEA que le dominaba.

Pero el santo Misionero no estaba contento en las ciudades, diciendo que allí había otros muchos Religiosos que atendieran á las necesidades del alma de los Españoles, mientras que en medio de los bosques aquellos desgraciados indígenas morían desamparados de todo recurso divino y humano. Diéronle, pues, al fin licencia para regresar á las tierras de los indígenas; pero para que estuviese mejor le dieron un compañero, fraile de su convento, y quisieron proporcionarle un sirviente y una mula; mas se negó á aceptar ninguna comodidad, diciendo que él debía vivir lo mismo que sus feligreses, que nada poseían. Además, añadía "que él era un pobre frailecillo que no había de tener familia ni criados que le sirviesen como á los 'seculares'."

Jamás permitió, dice el Padre Zamora, que le tuvieran mula en caballeriza, porque, caminando siempre á pie y descalzo por las espinas y lugares pedregosos, sufría con grandísima paciencia la fatiga del calor y de los mosquitos. Daba ejemplo al fraile su compañero, no recibiendo jamás ofrendas de sus feligreses, sino apenas aquello estrictamente necesario para sostener la vida, y decía misa por la intención del que se la pedía, mandándole que distribuyese entre los pobres lo que podía valer.

Nunca se le vió desatender las necesidades y súplicas de los pobres naturales; y si le pedían alguna cosa que no estaba en su mano proporcionarles, les decía humildemente:

"Confiemos en Dios; invoquemos á sus Santos; oremos devotamente, pidiendo lo que habemos menester, y sin duda Él nos oirá."

El Misionero les daba entonces el ejemplo orando devotamente, y con frecuencia el cielo le concedía lo

que pedía: lluvia en épocas de sequedad; buen tiempo cuando la humedad era excesiva; salud en las estaciones de fiebres y cuando las poblaciones eran diezmadas por las pestes.

Defensor nato de los indígenas, nunca dejaba de amonestar, reprender y, si era preciso, amenazar con los castigos eternos á sus tiranos. Cuando aquellos desgraciados eran obligados á trabajar hasta rendir la vida, mientras que sus amos se solazaban en las fiestas y diversiones, el Santo les interpelaba, y mostrándoles los atavíos magníficos con que se vestían, decíales con el profeta Jeremías:

—“Vendrán los Angeles á torcer aquellos vestidos profanos, que destilarán la sangre de los que los tejieron para servir á la vanidad de los poderosos de la tierra. Veis aquí que yo hallé en los dobleces de sus vestidos la sangre de los inocentes!”

Pero tampoco pudo San Luis continuar entre sus Indios favoritos aquella vez. Habiendo tenido noticia el Obispo de Santa-Marta de las maravillosas conquistas para la Cristiandad que había hecho el santo Misionero entre las tribus más salvajes, pidió que le enviaran á Santa-Marta, en donde yacían en su natural rudeza muchas tribus de indígenas, algunas de las cuales eran hasta antropófagas. Aunque San Luis amaba mucho á sus Indios de Tabará, Zipacná y Paluato, por haber sido los primeros que convirtió á la fe católica, una vez que deseaba padecer martirio, si era necesario, por la religión de Cristo, aceptó con gusto la propuesta de pasar á catequizar á los Alcohados, Tupes y Chimilas, que rehusaban someterse. \*

En Santa-Marta tuvo la satisfacción de volver á encontrarse con su antiguo compañero de convento, fray Luis Vero, el cual también fué gran convertidor de infieles y murió en olor de santidad. Convinieron los dos Misioneros en los pueblos que deberían catequizar, y tocaron á San Luis Beltrán toda la orilla del mar Atlántico hasta la Goajira y las faldas de la Sierra Nevada, la provincia de los feroces Chimilas y los Taironas, hasta la ciénaga de Zapatosa. El Padre

\* Véanse las historias de Piedrahita, Zamora, fray Pedro Simón, &c.

Luis Vero había de salir á predicar por toda la orilla del Magdalena y el Valle-Dupar, y llegar hasta el lago de Maracaibo.

Inmediatamente San Luis se puso en marcha, y en sus viajes por aquellas tierras de salvajes, varias veces los indígenas quisieron envenenarle, dándole bebedizos mortíferos. Los Mohanes principalmente, que vivían de la credulidad de los naturales idólatras é ignorantes, le hacían cruda guerra, aconsejando á los otros Indios que procurasen matarle. Pero el veneno parecía no ejercer influencia sobre su cuerpo, así como el pecado no tenía cabida en su alma. Sin embargo, una vez el veneno le hizo tanta impresión, que estuvo á punto de morir: se le cayó todo el pelo, así como las uñas de los pies y de las manos; pero al fin sanó, y á poco pudo continuar en su misión, causando la mayor sorpresa á los que le habían administrado el tóxico, pues no habían visto ellos otro caso en que el que lo tomase sanara. Estas maravillas impresionaban mucho á los salvajes, tanto más cuanto veían que el Misionero andaba siempre á pie, descalzo y sin otra arma que su rosario y su aspecto bondadoso, — muy diferente, por cierto, de los Conquistadores que entraban en sus tierras con armas de fuego, que les atarraban, y asolaban sus campos y sus mieses bajo el casco destructor de sus caballos. En tanto que los soldados españoles, en nombre de un rey terrestre, se llevaban presos á sus hijos y mujeres, arrebatándoles cuanto tenían, el Misionero, en nombre del Rey del cielo, les llevaba palabras de paz y conciliación; no aceptaba nada que no fuese la miserable pitanza con que sostenía sus fuerzas; en lugar de quitarles lo que tenían, les defendía de la codicia de sus opresores, y ofrendaba su vida á trueque de que se convirtieran ellos, ganando la bienaventuranza eterna. Natural era, pues, que al fin, vencidas por su abnegación y afabilidad, las tribus más salvajes le trataran con respeto y le escuchasen con atención.

Prédicando él un día á una gran concurrencia de indígenas, que en su mayor parte se le habían manifestado hostiles, se le acercó alguien y le avisó que se estaban preparando muchos Indios para quitarle la vida á pedradas.

“No temáis, hermano, contestó, que no tendrán fuerzas para tirarme una piedra, ni ánimo para hacerme daño.”

Y sin manifestar desconfianza continuó predicando, hasta que los mismos que más le odiaban fueron tirando las piedras al suelo, y acercándose acabaron por pedirle perdón por sus malas intenciones y suplicarle que les instruyese para poder recibir el bautismo.

A poco fué tal la fama de sus predicaciones, que no solamente ya no le recibían mal en los pueblos indígenas, como sucedía al principio, sino que salían á darle la bienvenida y le acogían como á un enviado de la Divinidad.

“Estando en el cabo de San-Vicente (dice Zamora), entre el cabo de la Vela y Santa-Marta, y habiendo en torno suyo un numeroso pueblo de gentiles, empezó á predicar en su hermosa plaza con voz sonora y grande espíritu. Vino á oírle uno de los más principales señores del lugar, con una vestidura colorada, tan larga, que traía las faldas arrastrando por el suelo. Tenía zarcillos de oro y perlas en las orejas, según costumbre de los nobles de su nación. Acabó el sermón San Luís, y el Indio le pidió le declarase qué era lo que predicaba de la Cruz, porque deseaba verla. El Santo se abrazó á uno de los árboles que había en contorno de la plaza, y apartándose del tronco, dejó en él impresa la señal de la Cruz. Maravillada aquella multitud, levantaron todos hasta el cielo las voces, magnificando el raro prodigio, y adorando la Cruz se volvieron á sus casas. El Cacique fué á la de San Luís y, puesto de rodillas, le tomó la mano, y besándosela repetidas veces, le llevó á la suya, con su compañero Gerónimo Fernández, y en ella les tuvo nueve días. En este tiempo el Santo instruyó en la fe al Cacique, á toda su familia y á una multitud de gentiles, que recibieron el bautismo de su mano. La Cruz quedó por muchos años estampada en el árbol como señal de victoria.”

En estas y otras obras, San Luís pasó tres años por aquellos parajes incultos, padeciendo lo que no es decible, tanto del clima y sus plagas, quanto de la rudeza de sus habitantes. Al cabo de aquel tiempo el Obispo le nombró Cura de la villa de Tenerife, que

estaba edificada en el mismo sitio en que se halla hoy día, en la banda derecha del río Magdalena, cerca de una ciénaga. En aquella época la población era más importante de lo que es en el día, y además de los Indios que la poblaban se habían establecido allí algunos Españoles. Según el "Itinerario descriptivo del Magdalena," por el General J. Acosta, Tenerife fué fundada por Francisco Henríquez en 1546. Está situada sobre una barranca de diez á quince varas de altura sobre el nivel del río.

Durante algunos meses fray Luís Vero fué compañero de fray Beltrán en aquel lugar, y entre los dos convirtieron y bautizaron á un gran número de indígenas que moraban á orillas del Magdalena y en medio de las ciénagas de Zampallón y Zapatosa.

Gobernaba entonces el Nuevo Reino de Granada el benemérito Presidente Venero de Leiva, que tantos bienes hizo á este país. Él, sabiendo que fray Luís Beltrán era el dominicano más importante que había en toda la provincia, indicó á los frailes de esa regla que había en Santafé, que le nombrasen Prior de su convento, para que le diese honra y para que con sus predicaciones santificara esta ciudad. Los dominicanos aceptaron con gusto el consejo del Presidente, y en Noviembre de 1568 le nombraron Prior. Pero como se sabía que él había dicho que no aceptaría ninguna dignidad en las Indias, en donde sólo quería vivir para atender á las misiones entre los Indios salvajes, el Vicario general le mandó una orden para que no pudiese eximirse del cargo.

Cuando recibió la patente en que le notificaban su nombramiento, el Misionero se llenó de angustia.

"Yo no vine á las Indias á ser Prior! exclamó, porque estimo más la conversión de un Indio que cuantos honores tiene la Iglesia de Dios; pero es fuerza obedecer. . . . ."

Hacia algun tiempo que San Luís estaba deseando volver á España, y había pedido que le llamasen otra vez á Valencia. Él había pasado á América con el único objeto de tratar de contribuir á hacer el bien; pero, descorazonado con el mal manejo de los encomenderos de Tenerife, que trataban indignamente á los indígenas, y desesperanzado de poderlo remediar,

pensó que más le valía volver á la oscuridad de su celda á acabar sus días entre los suyos. Mas es de creer que, habiendo vivido en un convento de Cartagena, le arredraba la idea de ser el centro de los pequeños secretos y ambiciones de los Españoles de la Colonia, en donde, viéndose desterrados á este rincón del mundo, su espíritu se había gastado en pequeñeces é intriguillas miserables que iban á parar á los conventos, cuyos frailes tenían que estar al corriente de todo.

Y tenía razón! Figurémosnos por un momento lo que sería Santafé de Bogotá en 1569.... Un poblado de casas pajizas en su mayor parte, con tal cual edificio de cal y canto y teja. El convento de los Dominicanos, fundado en 1550, en la plaza que llamaban de Mercado (bautizada después con el nombre de San Francisco, y al presente con el de Santander), en la parte oriental de la dicha plaza,—en donde aún hoy día la casa conserva dos pisos sobre el suelo,—había sido trasladado á la calle Real, y ya para entonces era de teja y tenía una iglesia regular. El convento de los Franciscanos, que primero estuvo por el lado de las Nieves, y fué en seguida trasladado al otro extremo de la ciudad, al sitio que fué después de San-Agustín, había sido definitivamente fundado en el lugar en que ahora se encuentra su iglesia. Además, había de teja el Humilladero (destruido en 1877), en donde los Dominicanos catequizaban á los Indios desde el tiempo en que llegaron al Nuévo Reino, y también la Veracruz yá estaba edificada hacía siete años. La Catedral ó iglesia parroquial, que hasta entonces había sido de paja, estaba construyéndose de teja por segunda vez,—pues la primera se desplomó la víspera de su inauguración. Los habitantes indígenas habían disminuido mucho, con motivo de la peste de la viruela, que se llevó por primera vez á millares de naturales en 1566, (1) asolando la ciudad y sus contornos. La parte española de la población, que era reducida, vivía siempre en intriguillas y etiquetas, aparentando que estaban en una corte. Vestíanse los hombres con mucha ostentación, y las mujeres llevaban cada una sobre sí prendas de oro mal labrado, infinidad de esmeraldas de Muzo

(1) Este azote volvió con gran furia en 1587 y en 1590.

y perlas que hacían traer de Panamá, y las encomenderas se daban aires de princesas, habiendo sido muchas de ellas en su tierra porqueras y gente ruin. No es de ahora; Dios sea loado! que las personas de baja esfera quieren fingir lo que no son: este achaque lo ha padecido la Humanidad desde sus principios.

Todavía en aquella época vivían muchos de los Conquistadores: uno de ellos, Cristóbal Ortiz Bernal, entonces Alcalde ordinario de Santafé, labró una ermita en la parte Norte de la ciudad, que dedicó á Nuestra-Señora de las Niéves, y trajo para ella una imagen de esa advocación. Pero no fué sino hasta 1585 cuando la declaró parroquia el Ilustrísimo señor Zapata, pues la capilla, en donde no se decía misa sino rara vez, estaba fuera de la ciudad. (1)

Vivía aún en todo su auge otro Conquistador famoso como hombre de valor heroico, cuyas proezas fueron las de un Rolando. Llamábase Alonso de Olaya Herrera, y con otro compañero suyo, Hernando de Alcocer, estableció el camino de Honda á la sabana de Bogotá. Hiciéronlo á su costa, y además pusieron recuas de mulas en el camino frágil y carretas y caballos en el llano, servicio de barcas para la navegación del Magdalena, y bodegas para guardar las mercancías. Las gentes de aquellos tiempos llevaban á cabo cuanto emprendían: nada les arredraba, ni se presentaba empresa arriesgada que no acometieran, sin recursos, sin instrumentos y muchas veces hasta sin ciencia. Pertenecían á Olaya de Herrera los solares contiguos á la Catedral, en la parte en que estaban después los portales del Correo, que hoy día pertenecen á un caballero del mismo apellido. Su casa había sido la primera de tapias que se vió en Santafé, así como la primera de teja fué de otro Conquistador: Pedro de Colmenares.

Aún vivían cuatro de las cinco primeras mujeres españolas que subieron hasta Santafé: éstas eran Elvira Gutiérrez, casada con Juan Montalvo, y la primera que amasó pan en Santafé, Isabel Romero, Catalina de Quintanilla y Leonor Gómez.

(1) Véase NOBILIARIO DE OCARIZ.

## IV

PERO volvamos á nuestro santo Misionero, al que hemos abandonado demasiado tiempo, durante su penoso viaje por las salvajes riberas del Magdalena, tanto más penoso para él cuanto lo hacia con disgusto y contra su voluntad. Detúvose algunos días en la villa de Mompox, y luégo siguió su jornada río arriba. "Con deseos de llegar pronto á esta ciudad de Santafé (dice Zamora), y bogando contra sus caudalosos raudales, al montar una punta se volcó la canoa, y cayeron al agua los bogadores y cuantas personas venian dentro. El Santo pidió á su Divina Majestad que les favoreciera en aquel peligro, Oyóle, y sin perder la canoa ni peligrar alguno, salieron todos á la ribera. Prosiguieron el viaje contra la resistencia de las aguas, que aunque forcejaban los bogadores, era muy poco lo que navegaban. Llegaron al sitio en que se estrecha entre grandes peñascos el río y forma aquella peligrosa canal que llaman la Angostura. Venciéronla con gran fatiga y llegaron á descansar al puerto de San-Bartolomé."

San-Bartolomé era la pequeña villa que hoy día llaman Nare, y el pueblo de San-Bartolomé está mucho más abajo en el río. Estando allí el Santo, vió llegar á todo remo una pequeña canoa, y dentro de ella estaba un grande amigo de San Luís, que iba á toda priesa á alcanzarle para evitarle el viaje, pues había llegado de España una orden terminante para que volviese en el acto á Valencia, en donde su convento le reclamaba. Leyó nuestro misionero el oficio, y apelando á órdenes superiores, escribió inmediatamente su renuncia al priorato en el convento de Santafé. Era tanta la repugnancia que sentía el Santo de llevar á cabo el viaje que había empezado, que sin dilatarse un momento se embarcó en la canoa de su amigo, y tres días después estaba de regreso en Tenerife. Allí, se hospedó en casa de un Español que le era muy adicto y cuya esposa acababa de dar á luz un niño, á quien el Santo bautizó. A poco de aquel acto, tuvo que salir fuera de

la casa á una confesión, pero recomendó á las mujeres que cuidaban de la señora enferma que no la dejaran sola. Estas se descuidaron, y mientras tanto se entró en la alcoba una gran culebra que asustó tanto á la pobre mujer, que salió corriendo al patio. Viéronla las sirvientas y la llevaron á su cama, pero ya era tarde; "un vienteillo fresco (dice Zamora) de los que tal vez se levantan sobre las agnas del río, corría á ese tiempo, el que penetrándola quedó herida de muerte." La infeliz, que se sentía perdida, mandó llamar al Santo; que apenas tuvo tiempo de auxiliarla antes de verla morir á las pocas horas. San Luís se aguardó á asistir al entierro; y en seguida partió para Cartagena, en donde la Flota Real le aguardaba para hacerse á la vela.

Al tiempo de partir para España San Luís, según los cálculos de los cronistas, había bautizado en nueve años, con su propia mano, á más de 8,000 indígenas. Pero el Misionero santo regresaba descorazonado, porque comprendía que la crueldad de los encomenderos y mayordomos acabaría de destruir por entero aquellas numerosísimas tribus de indígenas. Unos deberían morir trabajando para sus conquistadores hasta espirar de fatiga; otros, á quienes sacarían de su tierra, morirían como esclavos en país extraño, y la mayor parte serían víctimas de la viruela y de otras enfermedades importadas de Europa. Las tribus que se han conservado en la Goajira hasta la presente época, es porque han permanecido retiradas en el fondo de sus bosques, lejos de toda población blanca y apartadas de la civilización.

Recibieron con júbilo á San Luís en su convento de Valencia, y fué nombrado Prior sucesivamente en dos monasterios de su orden. Durante su gobierno introdujo de nuevo la austeridad primitiva y la rigidez y ordenanzas de los tiempos de Santo Domingo.

Consultado por Santa Teresa en sus dificultades, el Santo la contestó animándola en sus empresas de reforma, y prediciéndola que llevaría á cabo brillantemente lo que emprendiera en nombre de Dios. Durante los doce años que vivió después San Luís en España, eitan de él numerosas y milagrosísimas conversiones entre los pecadores. Se dedicó particularmente á la instrucción de los novicios, procurando, en primer

lugar, formar misioneros para que siguiesen su ejemplo entre los salvajes de las Indias. Gustaba de dar consejos á los jóvenes que se querían dedicar al servicio de Dios. "Las palabras, decía, sin las obras, no tocan ni convierten corazones. Es preciso que el espíritu de la oración las anime: si nó, apenas serán, un ruido, y nada más. Cuando un predicador no siente nada, el auditorio permanecerá insensible, aunque su elocuencia y su saber sean sobresalientes. Los que mendigan y desean aplausos disgustan por su afectación y vanidad; pero en compensación, jamás se resisten los oyentes al lenguaje del corazón. . . . No hay predicador meritorio, sino cuando sabe conmover al auditorio, inspirar odio al pecado y curar los escándalos de una población, reformando el vicio. Si acaso Dios permite que alcancemos todo esto, es preciso no hincharse con sus méritos, porque ya se sabe que apenas somos instrumentos en las manos de Dios, y debemos considerarnos solamente como humildes é inútiles siervos."

Sus cristianísimas virtudes y su paciencia á toda prueba, eran proverbiales en España, y aunque sufrió muchas dolencias durante los últimos años de su vida, mientras más padecía más alababa á Dios y admiraba su misericordia. En 1580, predicando en la catedral de Valencia durante la cuaresma, de repente tuvo que interrumpir su sermón: cayó privado dentro del púlpito, y después de una larga enfermedad, murió el 9 de Octubre del mismo año. El Arzobispo de Valencia tuvo á grande honor el servirle con sus propias manos y hasta el último día de su vida, pues nadie dudaba que era un santo que pronto canonizarían.

El Papa Paulo V le beatificó en 1671, y Clemente X le canonizó en 1696.

Cuando llegó la noticia á Cartagena de la beatificación de San Luís Beltrán, el regocijo fué general, y los Dominicanos le levantaron un altar, pidiendo permiso para que el día de su Santo se celebrase en el convento una fiesta solemne. Allí mismo señalaban una losa que había estado en su celda, salpicada con la sangre de sus disciplinas; en Santa-Marta tenían en gran veneración la piedra del altar sobre el cual celebraba el Santo Sacrificio cuando estuvo allí; en Tenerife po-

seían los ornamentos con que se revestía para decir misa. (1)

Habiendo el Procurador general de los Dominicanos del Nuevo Reino de Granada representado á Su Santidad Alejandro VIII, que por "los continuos milagros y frutos que hizo en la predicación en Santa-Marta, Cartagena, &c., convirtiendo á innumerables gentiles, suplicaba á Su Santidad que declarase al Santo Luis Beltrán PATRÓN PRINCIPAL DEL NUEVO REINO DE GRANADA," la gracia le fué concedida. Además, mandó el Papa que se le rezara con Rito doble y Lecciones de su propia vida, y con fiesta de precepto en todos los reinos y señoríos sújetos á la corona de España.

Al año siguiente de dicha concesión se celebró en Santafé (dice Zamora) una fiesta ostentosa, habiéndole levantado un magnífico altar en la iglesia de Santo-Domingo, y sobre el altar pusieron una estatua del Santo, la cual fué llevada en hombros del Presidente de la Audiencia y de los Oidores, y acompañada por las efigies de San Pedro, Santa Isabel de Hungría y Santa Rosa de Lima. Un numerosísimo concurso de lo más lucido de la sociedad santafereña asistió á esta fiesta, la cual celebraban los Dominicanos cada año. (2)

Pero no se crea que, porque faltásen algunos trabajadores en la viña del Señor, el espíritu evangélico decayera por entonces entre los Dominicanos y Franciscanos. En 1573 los hijos de Santo-Domingo llevaron la luz del Cristianismo á la provincia del Chocó, erigiendo como centro de sus operaciones la ciudad de Toro. Pero los Misioneros tuvieron tanto que sufrir de las depredaciones de los Indios *Chocoes*, que se vieron obligados á trasladar su convento á Pasto, dejando en su lugar á los Religiosos Franciscanos, que se hicieron cargo de la misión.

Por aquella época el segundo Arzobispo de Santafé de Bogotá, señor Zapata, publicó unas *Constituciones* muy caritativas para favorecer á los indígenas, procurando poner todos los medios para civilizarles y cristia-

(1) No sabemos si aún los conservan.

(2) Según se nos ha dicho, la efigie del Santo ha desaparecido de la iglesia de Santo-Domingo de esta ciudad.

nizarles. Mandaba en ellas que á todo trance les tratasen bien y que llevaran con paciencia sus defectos; y además, para tenerles contentos, yá que les habían quitado sus fiestas nacionales, por ser sacrilegas é impropias de cristianos, se sustituyesen con regocijos lícitos, juegos inocentes y diversiones honestas. Ordenó que en cada pueblo de indígenas se construyese un *bohío* ó choza para que en él se recogiesen los enfermos desvalidos, y que allí se les administrasen medicamentos y alimentos gratis. El Cura debía también enseñar á leer, escribir y contar á veinte niños, hijos de los antiguos Jefes de cada pueblo, los que habían de vivir en la casa cural para que aprendiesen la vida civilizada y pudiesen después enseñar la cultura á las gentes de su raza. Por supuesto, esta enseñanza doméstica sería completada con el aprendizaje de la doctrina cristiana, la que todo cura tenía la obligación de enseñar á jóvenes y viejos, niños y adultos. Como los indígenas no habían aprendido el castellano, había prohibición de ordenar de sacerdote en Santafé á ninguno que no hubiese antes aprendido la lengua muisca, la cual se enseñaba por principios en el Seminario del Nuevo Reino de Granada.

El dominicano fray Alonso Ronquillo fué el primer misionero que entró en el centro de los Llanos de Casanare. Con su amor á los desgraciados indígenas, su elocuencia evangélica y la suavidad de sus maneras, sin usar otra fuerza que la de su gran caridad cristiana, logró él solo convertir á treinta familias de indígenas salvajes que moraban en la última falda de la cordillera que se va convirtiendo en llanura hacia Casanare. Obtuvo en seguida permiso para edificar una iglesia en aquel punto, que llamó Medina, y en torno de la cual se fueron agrupando los nuevos cristianos. Consagrado el Padre Ronquillo al cuidado de su voluntaria grey, convirtió en poco tiempo tribus de Indios Chios, Mambitos y Suruguas, bautizando, según dicen los cronistas de su tiempo, á más de dos mil aborígenes.

San Juan de los Llanos fué civilizado en parte por otra orden religiosa, la de los Franciscanos menores, los que fundaron varias aldeas cristianas, catequizaron á gran número de ignorantes indígenas, se internaron en las montañas y despoblados en busca de las ovejas infelices que vivían en la oscuridad del salvajismo, é

hicieron entrar en la vida de la civilización á miles de aborígenes. Desgraciadamente, con el abandono de las misiones reglamentadas, muchos de los indígenas de aquellas partes han vuelto de nuevo á su natural estado de rusticidad y paganismo, y hoy día gimen en las tinieblas de la ignorancia como antes de la Conquista.

Sin embargo, últimamente algunas tribus de aquellas han deseado volver á la vida civilizada, y piden que les envíen un misionero que las instruya. Pero nuestro clero se halla en tal estado de insuficiencia, que sus miembros no alcanzan siquiera para cuidar de las poblaciones civilizadas, y hace falta enorme entre nosotros alguna orden religiosa que se consagre á asistir las Misiones entre las tribus de indígenas que se hallan lejos de la luz del Evangelio. No hay duda que los Gobiernos de los Estados comprenderían el gran bien que se haría al país con la reducción de los salvajes, si ayudasen en lo posible á los Religiosos que emprendieran tan santa misión. (1)

(1) Después de escrito lo anterior, hemos visto con gusto que, bajo la protección del señor Obispo de Santa-Marta, algunos misioneros han entrado en la Goagira, en donde no hay duda que llevarán á cabo la conversión de muchos Indios.

---

## LOS JESUITAS MISIONEROS.

En el estudio anterior, hablando de los trabajos evangélicos de San Luís Beltrán en las Misiones del Nuevo Reino de Granada, nos referimos al bien que hicieron en este ramo de la caridad cristiana los Religiosos de las órdenes Dominicana y de Franciscanos. Tócanos ahora decir, aunque sea brevemente,— pues la naturaleza de este estudio no lo permite de otra manera,— cuáles fueron las principales obras que ejecutaron en esta región de América los miembros de la Compañía de Jesús. (1)

Nadie puede negar, y aun no se han atrevido á hacerlo los más tenaces enemigos de los Jesuitas, que éstos han sido los misioneros que en todas partes del mundo han practicado, mejor que las otras órdenes religiosas, el arte de catequizar, convertir y civilizar á las tribus salvajes, lo cual, particularmente en Améri-

(1) Aunque no citaremos los nombres particularmente, cada vez que se ofrezca, de los autores que hemos consultado, hé aquí la lista de los principales que nos han servido de base: *Cantú*, "Historia Universal;" *Groot*, "Historia Eclesiástica;" *Vergara*, "Historia de la Literatura;" *Gumilla*, "El Orinoco Ilustrado;" *Cassani*, "Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús;" "Chronologie Historique de l'Amérique;" *D'Orbigny*, "Voyage dans l'Amérique Méridionale;" *Crétineau-Joly*, "Historia de la Compañía de Jesús;" el Padre *J. Fernández*, "Apostólica vida del venerable Padre Pedro Claver;" *Longano degli Oddi*, "Vita del Venerabil servo de Dio P. Pietro Claver;" *Fleuriot*, "La vie du vénérable Père P. Claver;" *J. J. Borda*, "Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva Granada."

ea, se ha experimentado con toda certeza. Perteneciendo á una orden religiosa nueva (1), llena de celo y de vigor, instituída con el objeto de luchar sin tregua en favor de la Religión Católica Romana, ninguno de sus miembros es admitido en las órdenes más altas de la Compañía, sino cuando su talento, su juicio y su completa abnegación le recomiendan de un modo especial. Pero si la orden era nueva, en compensación su actividad y su celo eran tales, que al principiar el siglo XVII los Jesuitas se encontraban yá trabajando con fruto en numerosas Misiones de América. En el Canadá, en la Florida, y desde Méjico hasta el Paraguay, el vestido negro del Jesuita era bendecido por los indígenas, de quienes aquéllos se habían constituido defensores. (2) En el Brasil habían logrado dominar á

(1) San Ignacio fué nombrado General de la Compañía de Jesús el 22 de Abril de 1541, pero yá la orden había sido aprobada por el Papa Paulo III, en 1540.

(2) Las Misiones del Paraguay que fundaron los Jesuitas son realmente maravillosas. Desde el principio de la llegada de los Europeos á aquellas regiones, habían procurado reducir á las innumerables tribus indígenas que las habitaban. Un franciscano había logrado convertir á gran número de *Guaraníes*; pero los demás, feroces é indomables indígenas, estaban resistidos á aceptar una civilización que el Gobierno español no acertaba á presentar, sino bajo un aspecto repugnante para los salvajes; y así la propagación del Cristianismo entre los Paraguayos andaba muy lentamente. En 1583 algunos Jesuitas emprendieron aquellas Misiones, y no se había terminado el siglo cuando yá la Compañía de Jesús tenía establecida, en un inmenso litoral, una República cristiana más artística, civilizada y afortunada que todas las demás colonias de América. El Padre Charlevoix dice, hablando de ella: "Fundada en el centro de la barbarie más feroz, ha presentado un ejemplo más perfecto que el ideado por Platón, el canciller Bacon y el ilustre autor de *Telémaco*, y cuyos jefes la cimentaron con su propia sangre y grandes fatigas"... Los Jesuitas abolicieron las encomiendas, y no solamente convirtieron á aquellas tribus feroces, sino que sus Misiones han sido citadas como el modelo más perfecto en su género, desde Voltaire mismo hasta muchos modernos enemigos del Cristianismo. Don Pedro Fajardo, Obispo de Buenos-Aires, escribía al Rey de España (dice Crétineau-Joly): "No creo que en esos establecimientos se cometa un solo pecado mortal por año." Aunque tal vez en aquellas palabras haya exageración, diremos que M. D'Orbigny, que visitó las Misiones en 1831, se sorprendió al ver el adelantamiento

los antropófagos. Cuéntanse en el siglo XVII más de trescientos mártires de la Compañía de Jesús. Aunque muchos de éstos perecieron á manos de los salvajes, también, según Crétineau-Joly y otros autores, más de sesenta misioneros fueron víctimas del calvinista Santiago Sourié, quien, apresando los navíos en que iban embarcados en alta mar, les dió una muerte cruel y feroz.

Aunque los Jesuitas habían recorrido yá la mayor parte de las colonias americanas y fundado Misiones en muchas partes, al Nuevo Reino de Granada no llegaron oficialmente, sino cuando les trajo de Méjico el Ilustrísimo señor Lobo Guerrero, Arzobispo de Santafé. Este Prelado fundó un colegio que llamó de

y la civilización que habían reinado en esos lugares en tiempo de los Jesuitas. "Los ancianos, dice, recordaban con dolor la expulsión de los Misioneros. ¡Ellos, exclamaban, nos hicieron cristianos; ellos nos hicieron conocer á Dios, y con ellos fuimos felices!" El mismo viajero añade más lejos (*Viaje á la América meridional, tomo II, página 618*): "A la vista de cada nueva Misión, me sorprendía verdaderamente pensando cómo habían sido fabricados esos monumentos por hombres casi salvajes, bajo la dirección de los Jesuitas. No me cansaba de admirar los progresos increíbles que esta orden había obtenido en tan poco tiempo. Sobre todo en San-Rafael, los talleres y los objetos que se trabajan, tanto en muebles como en obras de herrería y de tejidos, son de tal suerte perfectos, como no los había visto en las ciudades más civilizadas de Bolivia. ¡Y todo eso había sido enseñado por los Jesuitas!" Además, en la época de las Misiones no se veía nunca un hombre ebrio, y no se conocían ni los crímenes ni los vicios en aquel gobierno. Desgraciadamente los Jesuitas se volvieron comerciantes para ayudar á los gastos de la Misión, y los émulos en ese ramo empezaron á manifestar al Gobierno español que una obra tan estúpida como la que llevaban á cabo, era un mal para la supremacía del Rey. Esta consideración y la mella que hacían las ideas anticatólicas que cundieron en el siglo XVIII en toda Europa, influyeron en Carlos III para que desterrase de todos los territorios españoles á los Jesuitas. Por supuesto que las Misiones del Paraguay, así como las de todo el mundo, se vinieron abajo, y creyendo obrar en nombre del progreso, la civilización dió un paso atrás. De 300,000 indígenas civilizados que dejaron los Jesuitas en el Paraguay, en 1821 apenas quedaban 3,000 en las Reducciones, y éstos seguían á toda prisa por la vía de la corrupción y de los vicios que habían causado la pérdida de los demás.

San-Bartolomé, por ser su nombre patronímico, y le puso bajo la dirección de los Jesuitas, al empezar el siglo XVII. Mientras se iba construyendo lentamente el hermoso edificio de calicanto que hoy día conocemos, los Jesuitas abrieron aulas de gramática, latín y filosofía, en un lugar estrecho é incómodo, y muchos de los Padres se dedicaron á estudiar á fondo los diferentes idiomas de los indígenas, descollando entre todos el Padre José Dadey, de origen italiano, que no solamente aprendió la lengua muisca, sino que compuso una gramática que sirvió mucho á los misioneros. Pocos años después yá había colegios de Jesuitas en Cartagena y Tunja. En esta última ciudad se estableció el noviciado. Sorprendidos los indígenas de los contornos de aquellas ciudades de la dulzura con que les trataban los nuevos Religiosos, y agradecidos al notar que para catequizarles procuraban aprender su lengua y para enseñarles la doctrina cristiana hablaban en los dialectos indígenas, se convertían por millares al Cristianismo, y escuchaban con religioso fervor las pláticas de los Misioneros. Así, pues, si la ruda manera de tratarles los encomenderos les alejaba y desviaba de la civilización, la caridad y benignidad de los Jesuitas les alentaba á abrazar la religión de Cristo y entrar en la vía de la cultura y buenas costumbres. Así fué como en los alrededores de Santafé se formaron los pueblos de Cajicá, Tenjo, Fontibón, &c., cuyos habitantes se habían manifestado muy arraigados á sus costumbres é idolatrías.

En 1620, yendo de paso para Antioquia algunos Jesuitas, llegaron á la nueva población de Honda, y se detuvieron allí algunos días. El nascente caserío dependía de Mariquita, y estaba yá tan poblado, que un cura no bastaba para atender á las necesidades espirituales de aquel lugar. Así éste, en unión del Gobernador de Mariquita, suplicó á los Jesuitas que pidieran al Provincial de su orden licencia para establecer allí un colegio, lo cual les fué concedido con gusto. Los primeros Jesuitas que entraron allí fueron los padres Ossat y Alitrán; éstos levantaron una iglesia de tapia y teja en la población, y algo retirado el edificio para el colegio de los Jesuitas, con su buen templo. En ambas iglesias se celebraba el Santo Sacrificio de la

misa, y en ellas se enseñaba todos los días la doctrina á los niños y á los indígenas. No se contentaron los Jesuitas con catequizar á los hondanos, sino que recorrían los caseríos de Indios de todos aquellos contornos, civilizando y haciendo brillar la luz del Evangelio en todas partes. En pos de los Jesuitas edificaron conventos é iglesias los Franciscanos y Agustinos, y un templo y un hospital los Religiosos de San Juan de Dios. Hoy día Honda ha retrogradado á tal punto, que los feligreses no alcanzan á sostener sino un Cura muy pobremente, y apenas se dice una misa por día en una población de cerca de 4,000 almas; sus conventos están en el suelo, las iglesias en ruinas y el colegio de los Jesuitas se encuentra convertido en piedras y murallones derruidos, perdido entre la maleza.

En Pamplona una señora fué la primera que albergó y protegió á los Jesuitas, hasta que éstos, más conocidos y apreciados, lograron cautivarse la buena voluntad de sus habitantes, que les ayudaron á construir colegio é iglesia.

Los misioneros recorrían continuamente los contornos y poblaciones indígenas de los lugares donde tenía asiento la orden. Al cabo de algunos años de trabajos asiduos, viendo los superiores que, más ó menos, todos los habitantes del Nuevo Reino estaban en vía de cristianizarse, resolvieron entrar en las tierras de los salvajes que aún carecían enteramente de civilización.

Aunque varias veces habían intentado los Españoles domar las tribus indígenas que moraban en las faldas de las cordilleras que van á morir en los Llanos, con dificultad habían logrado atraer á unos pocos. Estas tribus pertenecían á una raza altiva, amante de su independencia; y escarmentadas con los malos tratamientos de los Españoles, nada odiaban tanto como á los blancos, quienes, ó se llevaban á los Indios cautivos, ó les hacían trabajar para aprovecharse de la riqueza que les proporcionaba su trabajo. (1)

(1) En 1606 había penetrado hasta sus bosques, á orillas del Meta, el capitán Alonso Jiménez. Salieron á recibirle 4,000 Achaguas con la mayor afabilidad. Les hizo fundar iglesia y les prometió tratarles bien; pero un día dió á sus soldados orden de prenderles en la misma iglesia, y con

## II

Cuando las tribus indígenas de Casanare maliciaban siquiera que los blancos intentaban y querían catequizarles, se escondían en lo más espeso de sus selvas, y ocultos entre las breñas vivían allí largos años, sin salir á los sitios en que había riesgo de encontrar á los Europeos. Por otra parte, la feracidad de esos terrenos, regados por caudalósísimos ríos, y la innumerable riqueza de sus frutos, la cantidad de animales monteses y de peces que habitaban los bosques y los ríos de los Llanos, eran tales, que los indígenas vivían sin carecer de nada y no necesitaban para cosa alguna á los Españoles. Posteriormente habían sacrificado á todos los extranjeros que se atrevían á pisar sus dominios, y atemorizados los blancos, ninguno quería penetrar hasta aquellos sitios peligrosos.

Sin embargo, apenas se trató entre los Jesuitas el asunto de las misiones á los Llanos, cuando muchos de ellos se ofrecieron á ir á ofrendar su vida, si era preciso, á trueque de catequizar y civilizar á los indígenas. Pusieronse, pues, en marcha en 1628 cinco misioneros, llegando á mediados del año al pueblo de Pauto, y en breve empezaron á llevar á efecto su misión, encargándose cada uno de ellos de una tribu. Pero antes de entrar en campaña, cada Jesuita se esforzó por aprender el idioma de la tribu que debía tomar á su cargo. Esto les fué menos difícil de lo que parece; pues, según el Padre Cassani, aquellas lenguas no eran sino dialectos derivados y corrupciones de la lengua muisca

sogas y colleras les sacó de sus tierras para venderles á los hacendados. La mayor parte de los cautivos murieron de susto y de rabia; los demás se internaron en sus bosques, llevando el recuerdo indeleble de aquella ferocidad. "Quedó tan horrorizada esta nación, dice el padre Rivero, con la invasión pasada, que ya no se fiaba, como antes, de lo que miraba desde ese tiempo, no como si fueran hombres, sino como á monstruos del abismo, nacidos para su mal y destrucción del mundo, cuya noticia y hostilidades habían volado y extendido hasta lo más remoto." (LOS JESUITAS EN LA NUEVA GRANADA, por J. J. Borda.)

que ellos ya habían aprendido en la sabana de Bogotá. En poco tiempo los Jesuitas ya tenían cada uno un centro de civilización en una iglesia, que levantaban en todos los lugares donde los aborígenes se habían manifestado más dóciles. Al lado de la iglesia se fabricaba la casa del doctrinero, en donde ellos encontraban toda clase de auxilios materiales y espirituales. Atraían el Misionero con dádivas: abalorios brillantes, espejos, agujas, herramientas y prendas de vestido para cubrir su desnudez. Si estaban enfermos les proporcionaba remedios eficaces; en su convalecencia les llevaba golosinas, y si morían, él mismo les enterraba.

Muchas tribus y fracciones de tribus se manifestaron rehacias é indómitas, y á medida que los Misioneros avanzaban en busca de ellos, los indígenas se alejaban, ocultándose en recónditos lugares.

Pero esa repugnancia misma era motivo para que los Misioneros trabajasen en domarlos, y jamás desmayaban en su empresa. Para llevarla á cabo, hé aquí lo que hacían, según cuenta el Padre Gumilla: \* Buscaban entre sus feligreses á dos mozos bien inteligentes, les enseñaban é instruían en todo lo necesario, y cargándoles después con toda clase de baratijas, abalorios, &c., les mandaban como embajadores á los Indios, alzados y retirados en el fondo de los bosques, que se deseaba atraer á las Reducciones de los Jesuitas. Los mozos llegaban sin dificultad á los ranchos de los indígenas, y distribuyendo entre todos los obsequios, les decían que el Misionero les mandaba aquello porque era su amigo y les queria mucho. Los salvajes son curiosos siempre, y naturalmente hacían mil preguntas á los Mensajeros acerca del Padre, y movidos por la contestación de los otros, al fin manifestaban deseo de conocer á aquel que así les regalaba. Quando se creía que ya sería tiempo de visitarles, el Jesuita emprendía marcha hacia los caseríos de los indígenas, con un corto acompañamiento, compuesto de algunos de sus feligreses. Antes de llegar mandaba adelante á algunos á anunciárselo; pero aunque los aborígenes supiesen el día y la hora en que aquello debiera suceder, la etiqueta de esas tribus mandaba que no saliesen á recibir al

\* Orinoco ilustrado.

huésped. Éste encontraba un rancho que le habían preparado á la entrada del caserío, y allí entraba con su comitiva, y colgando su hamaca debía acostarse en ella á descansar hasta que el Cacique le fuera á visitar, bien pintado y aderezado para el caso. Apenas le avisaba, desde lejos exclamaba el Indio en su lengua:

— ¡Yá viniste?

— Ya vine, contestaba el Misionero en la misma lengua; pero no debía moverse de su puesto.

El Cacique entraba entonces en el *tambo*, seguido de los principales señores de su corte, y se sentaba en el suelo frente al Misionero; después entraban sus mujeres y las de los otros Jefes, las que también iban formando rueda en torno de la hamaca y sentándose en cuclillas, sin hablar una sola palabra. Cada una de esas mujeres llevaba para regalo del huésped una *totuma* de *chicha* y un plato con algún alimento, lo cual iba poniendo en frente del Padre hasta que se llenaba el rancho de platos y totumas. El huésped se enderezaba entonces y comía del plato que le había llevado la Cacica, y después fingía tomar un sorbo de *chicha* de todas las demás totumas ofrendadas. Esta ceremonia era indispensable, porque si no tomaba un sorbo de cada una de las totumas, las mujeres se resentían y sus maridos consideraban esto como un desaire. Una vez concluida la comida, los Indios de la comitiva del Misionero entraban en el *tambo* y sacaban fuera los comestibles, regalándose con ellos á su sabor. Aquel era el momento en que el Cacique arengaba á su huésped, contándole la historia y las aventuras de sus antepasados. Al fin de cada párrafo el Cacique exclamaba con tono lastimoso: *Es verdad, sobrino, es verdad!* Y por último, concluía su discurso haciendo muchos cumplimientos al Misionero, cuya venida comparaba á la lluvia sobre una sementera después de un largo verano, ó la de un pájaro de dulce canto y vistoso plumaje. El Misionero debía contestar en el mismo tono y estilo, acabando por decirle que, en prueba del cariño que tenía á la tribu, había llevado algunos regalos para obsequiarla. En seguida distribuía lo que les había llevado, teniendo cuidado de que ninguno quedase descontento; y visitando luego las casas de los enfermos y de los ancianos que no podían salir, llevaba

á cada uno alguna cosa. El Misionero no hablaba de bautismo, aunque sí les enseñaba, cada vez que pedía, algo de la doctrina, y recompensaba con regalitos á los que se portaban bien. Hubo vez que un Misionero permaneciese hasta un año con los salvajes, aguardando á que ellos le propusiesen acompañarle á la Reduccion. Al fin anunciaba el Jesuita su partida, y rara vez los indígenas, echando de menos al Padre que les consolaba, cuidaba y regalaba, dejaban de ir á poco tiempo á la Reduccion á pedir ellos mismos el bautismo, para poder gozar de los bienes de la civilización.

De esta manera los Jesuitas convirtieron, sin sangre y sin disgustos, á gran número de indígenas de los Llanos, del Tolima, del Cauca y de Antioquia. Una cuarta parte de la República, dice un escritor nacional, fué reducida, conquistada y civilizada por los Jesuitas!

### III

Pero las noticias mismas de los adelantamientos tan notables que hacían los Jesuitas en las reducciones, y las conquistas pacíficas que llevaban á cabo, les suscitaron enemigos, tanto entre el clero secular como entre las otras órdenes religiosas, que habían perdido por completo su influencia en todas partes en que se hallaban colegios de la Compañía de Jesús. Los encomenderos, á quienes ellos impedían resueltamente que saqueasen y maltratasen á los indígenas, formaron una cabala contra ellos, de tal suerte bien urdida, que el Arzobispo les mandó retirarse de las Misiones de los Llanos y volver á las ciudades y poblados. Preciso fuéles obedecer y abandonar aquellos sitios, testigos de sus sufrimientos, pero también testigos de los triunfos del Cristianismo.

Aquel rechazo no les hizo desmayar en su misión, y atareándose á trabajar en los colegios y escuelas que fundaron en las ciudades, continuaron en su obra de civilización con la Cruz en la mano.

Entre tanto, las Misiones se habían ido deteriorando, y las otras órdenes religiosas y los curas que nombró la autoridad eclesiástica, careciendo de la disciplina

y del celo apostólico de los hijos de San Ignacio, no supieron conservarlas, ni mucho menos aumentarlas. Por otra parte, los gobernantes civiles se hicieron tan odiosos para con los salvajes, que algunos perecieron asesinados por éstos. Así transcurrieron treinta años, al cabo de las cuales el nuevo Arzobispo de Santafé convino con el Gobierno seglar en que era preciso volver á mandar á los Jesuitas á los Llanos, pues si no lo hacían, todo aquel territorio volvería á caer en la barbarie.

Los Jesuitas obedecieron gustosísimos las órdenes de sus superiores, y á principios del año de 1659 emprendieron de nuevo viaje á sus antiguas posesiones. Los indígenas les recibieron con júbilo, pues bien recordaban los ancianos que durante los tiempos en que les catequizaban eran muy felices. Como yá los Jesuitas antiguos no existían, los nuevos tuvieron que volver á aprender la lengua de los *Airicos*, *Jararas*, *Achaguas*, *Sálivas* y demás tribus que deseaban conquistar.

Un año después de su nueva entrada, yá los Jesuitas tenían fundados varios pueblos ó doctrinas (hoy día de nuevo arruinados), con sus iglesias, sus escuelas de artes y oficios, de agricultura y de enseñanza práctica de la vida civilizada. Pero esto no era por cierto obra fácil: el clima malsano, las epidemias que reinaban allí, los insectos, los animales ponzoñosos, las fieras de aquellos bosques, la índole indómita de los aborígenes, y la guerra que les hacían los encomendados, que pretendían llevarse como esclavos á los indígenas, todo eso causaba á los Misioneros mil molestias, peligros y desvelos. Pero la actividad de aquellos hombres, el valor moral y físico que desplegaron, y sobre todo el gran conocimiento del corazón humano que distingue á la orden de San Ignacio, fueron más fuertes que sus enemigos, y al cabo vencían todas las dificultades que se les presentaban. Además de los vicios naturales en el salvaje, lo que más trabajo costaba á los Jesuitas era desarraigar en ellos el amor inveterado al hurto y al engaño. Viendo que ni con buenas palabras ni recompensas lograban corregir esos defectos, y que la dulzura y la indulgencia no surtían buen efecto, tentaron, al cabo de siete años de paciencia, castigar á los delincuentes más obstinados.

En el pueblo en que se llevó á cabo el castigo, dice el Padre Cassani, "no fué menester más para que se acordasen de sus abuelos y de su nacimiento, y en una noche desampararon la Doctrina tan por entero, que sólo amanecieron en ella el Padre Jesuita y la familia del Cacique." Fué preciso cambiar al Doctrinero para que volviessen al pueblo los indígenas, y el que fué enviado allí tuvo que desplegar una santa paciencia para lograr que no solamente regresasen, sino que estuviesen contentos. Varias veces los indígenas alzados atacaban las Reducciones, las saqueaban, y después de incendiarlas se llevaban cautivos á cuantos habitantes encontraban.

De los Llanos de Casanare, los Jesuitas trataron de ponerse en comunicación con la Guayana, aunque todo el trecho que media entre aquellos lugares estaba poblado de Indios feroces, caribes y antropófagos. Pero por falta de recursos y de la debida protección del Gobierno español, esa empresa gigantesca no se pudo llevar á cabo. (1)

Entre aquellas tribus las mujeres eran tan desgraciadas, y las maltrataban tanto sus maridos, que las madres, al dar á luz niñas, deseando evitarlas la desgracia de vivir, en ocasiones las mataban. En sus bodas, dice el Padre Cassani, las parientas de la novia celebraban los desposorios con lágrimas y gemidos, y en lugar de felicitarla, cada mujer, al acercarse, la decía: — Ay! ay! desdichada! que erais libre y sois esclava!

Los Misioneros trabajaron mucho en aliviar la suerte de las pobres Indias, y ellas, más que los hombres agradecidas, les atendían y escuchaban, les respetaban y obedecían. Merced á los avisos que ellas frecuentemente daban de lo que se tramaba entre los indígenas contra los Jesuitas, éstos lograron salvarse y huir para conservar la vida.

¿ Cuáles no serían los sufrimientos de aquellos hombres, — muchos de ellos hijos de hidalga cuna, recién llegados de Europa, y enseñados á las comodidades de la vida civilizada, — en medio de estúpidos y feroces salvajes, en desiertos horribles, rodeados de toda especie de

(1) Véase *Cassani*, HISTORIA DE LA COMPAÑIA DE JESÚS EN EL NUEVO REINO DE GRANADA — Capítulo XX.

fieras, comidos por los tábanos y los mosquitos, que á veces les formaban llagas en todo el cuerpo?... Así vivían aquellos nobles operarios de la civilización y del Cristianismo, consumiendo allí los mejores años de su vida; y después de diez, veinte y hasta cuarenta años de semejante existencia, sin recursos, sin compañeros de su raza, en medio de tribus indómitas y rehacias á las buenas costumbres, morían al fin, unas veces ahogados en los ríos, otras víctimas de las epidemias y de las fiebres, cuando no era á manos de los salvajes mismos por quienes sacrificaban su vida! Cuando los indígenas enfermaban de disenteria ó de viruela (epidemias importadas del Antiguo Mundo, que cundieron con una presteza asombrosa por toda la América hasta el fondo de los bosques), los Misioneros se constituían al mismo tiempo en médicos del alma y del cuerpo y enfermeros; ellos mismos confeccionaban las bebidas como podían, y asistían sin descanso á los indígenas, á veces hasta morir ellos mismos, contagiados. (1)

Cuatro Reducciones tenían establecidas los Jesuitas en las orillas del Orinoco, y después de cristianizadas aquellas poblaciones de indígenas; y adelantadas en la civilización, sucedió que en 1684 se presentó simultáneamente en ellas una turba de Caribes que se arrojaron sobre aquellos pueblos gobernados por cuatro Jesuitas. Los indígenas, que se aterraban sólo con el nombre de los Caribes, se ocultaron temblando en los bosques; los Misioneros permanecieron firmes en su puesto, tratando de impedir la profanación de la iglesia; pero aquellos antropófagos (2) asesinaron á los Padres Fiol, Beck y Teobast, y revistiéndose con los ornamentos sacerdotales se gozaron en devorar los cadáveres palpitantes de los Misioneros, y después de quemar la población se dirigieron sobre la otra Misión

(1) Dice M. Alcides d'Orbigny que en el Paraguay, una vez que fueron desterrados los Jesuitas de las Misiones, los Indios morían por centenares, porque nadie se tomaba la pena de cuidarles cuando enfermaban.

(2) Humboldt refiere que cuando visitó el Orinoco, yá los Caribes habían olvidado su gusto por la carne humana.

para ejecutar los mismos actos. (1) Sin embargo, el jesuita de la última tuvo tiempo de salvarse con una parte de sus feligreses, huyendo, con inauditos trabajos, por lugares incultos, por enmedio de montañas vírgenes, de caudalosos ríos, hácia las Misiones de Casanare, sin más rumbo que la corriente de las aguas y sin otra esperanza que la de encontrarse lejos de los Caribes. Al fin, después de un viaje de ciento cinco días, llegó el Padre Vergara con sus veinticuatro compañeros á las Misiones de Casanare, en donde los indígenas fueron incorporados.

Pero ni aun este triste drama desanimó á los Misioneros, los cuales volvieron nuevamente á tratar de civilizar las regiones del Orinoco. El Gobierno se negó á proporcionarles recursos, y los que entraron otra vez en las tierras de los Sálivas estaban en tal escasez, que se mantenían con gusanos, ratones, hormigas y lagartijas. Los Caribes, al saber que habían intentado de nuevo los Jesuitas fundar Misiones, sin más amparo que su fe, sacrificaron á otro misionero que andaba por aquellos desiertos con un capitán Español y dos tiernos niños. A todos cuatro les asesinaron cruelmente, pagando esos inocentes con su sangre la que los Españoles habían derramado en la Conquista y después de ella.

Otro de estos sublimes soldados de Cristo, el Padre Cavarte, se internó por esas montañas, solo, en busca de almas que convertir al cristianismo. Le citan los historiadores de aquellas Misiones, Cassani y Gumilla. Este último dice, hablando de él: "Entró en Airico, 200 leguas de nuestras Misiones, á emplear su celo entre aquellas gentes; pero cuando reconoció la dureza y terquedad de ellas, junto con incesantes riesgos de morir á sus manos, no tuvo forma de retirarse, por falta de guía para tal camino, por lo cual insistió *nueve años* en su empresa, bautizando sólo á los pár-

(1) De los tres mártires, Beck, Fiol y Teobast, era el segundo Español, y los otros Flamenco el uno y Alemán el otro. Según el Padre Cassani, todos tres eran hombres de buena familia, y el último erudito teólogo y profesor de literatura, muy átil en las cátedras del colegio de Santafé. Todos habían pedido con instancia que les enviasen á las Misiones, pues deseaban padecer por la fe de Cristo.

vulos y á los adultos en artículo de muerte. Pasado este tiempo tuvo oportunidad de volver á sus antiguas Misiones; pero ya para entonces no le había quedado otra ropa que una manta raída y destrozada de las que usaban los Indios del Nuevo Reino. Con este vestido, que apenas alcanzaba á cubrir su desnudez, después de grandes jornadas, fatigas y continuas hambres, porque sólo de frutas y raíces se mantenía, dió vista á una cabaña del territorio de Santiago de las Atalayas. Luégo que los dueños vieron aquellos bultos, y con arco y flechas al Indio que guiaba al Padre, creyeron que eran espías de los bárbaros Guahibos, que solían robar y quemar las casas distantes de las ciudades. Salieron al punto con sus escopetas, y les hubieran muerto á no haber gritado el Padre:

—Mire que somos cristianos!

No podemos cansarnos de admirar á aquellos hombres tan santos, y cuyos nombres son dignos de que se conserven en la memoria de nuestros hijos. Estos misioneros son verdaderos héroes, cuyo ejemplo sería provechosísimo entre nosotros, en donde olvidamos todo lo bueno y sólo sabemos alabar lo que brilla y es ruidoso: las armas, las charreteras, las victorias y el fragor de las batallas; y rara vez nos acordamos de los que han ofrendado su vida por el amor de Dios y el bien de la Humanidad.

---

## EL APOSTOL DE CARTAGENA.

### I

La provincia de Cataluña en España ha sido considerada por todos los historiadores y eruditos como la parte de la Península en que se ha conservado con más pureza la raza goda. Dicen, además, que la palabra Cataluña es corrupción de *Godo-Alano*. Los Catalanes se han manifestado siempre asaz orgullosos de su origen, y hacen lo posible por conservar sus privilegios como antigua nación anexada á la corona de Castilla, y además, tienen una rica literatura propia. Como se hallan vecinos inmediatos de Francia, de la cual apenas les separa la cadena de los Pirineos, los Franceses, que no han visto de los Catalanes sino las malas cualidades de los aventureros que frecuentan sus mercados, dicen que el Catalán tiene reunidos en sí todos los defectos, y ninguna de las virtudes de los habitantes de las vecinas provincias españolas. Aseguran, pues, "que es soberbio como el Castellano; testarudo como el Vizcaíno, interesado como el mismo Judas." Pero casi siempre los defectos no son sino las cualidades del alma, exageradas hasta el exceso; y si los Catalanes mal educados son por cierto soberbios, testarudos, porfiados é interesados, los de buena índole convierten esos defectos en grandes virtudes, y se han mostrado con frecuencia en la historia, en lugar de soberbios, llenos de dignidad; en vez de testarudos, firmes; si porfiados en el mal, también constantes en el bien, y si algunos se manifiestan interesados, en otros tiempos fueron los navegantes más audaces y los

traficantes del más indomable valor. . . . El primer misionero que vino á América, según algunos cronistas é historiadores, fué un benedictino catalán, llamado Bueil, que estuvo en las Antillas. En pos de él fueron viniendo á convertir infieles gran número de frailes Dominicanos, Franciscanos, Mercedarios y Agustinos, notándose siempre entre éstos muchos Catalanes. . . . Pero no es nuestro propósito hacer el elogio de los Catalanes, sino ocuparnos en la vida de uno de ellos, que en nuestro país hizo todo el bien posible como misionero.

Llamábase este santo varón Pedro Claver, y era oriundo del campo de Urgel en Cataluña, en donde había nacido, unos dicen que en 1581, y otros que cuatro años después. De familia hidalga y de poca fortuna, Pedro Claver estudió en el colegio de Jesuitas de Barcelona; tomó las primeras órdenes en el noviciado de Tarragona; se perfeccionó allí en la lengua latina y en la retórica; pasó á Gerona, en donde estudió á fondo literatura y la lengua griega; á los veinte años pasó á Mallorca, en donde debía continuar sus estudios para aprender á enseñar, en el colegio que con ese objeto tenían allí los Jesuitas. En Mallorca se ligó con estrecha amistad á un excelente jesuita, el Padre Alonso Rodríguez (que después fué beatificado), el que despertó en él gran deseo de pasar á las Misiones de Indias. Al cabo de tres años volvió á Barcelona, en donde se dedicó, por orden de sus superiores, al estudio de la teología en sus ramos más difíciles. No fué sino al cabo de dos años de arduos trabajos mentales, cuando al fin se le concedió permiso de pasar á las Indias como misionero, que era su más ardiente deseo. Según refieren sus biógrafos, el Padre Claver no quiso despedirse de sus padres antes de dejar á España, pues temía que la vista y el dolor que ellos le manifestaran por su separación le quitaran el valor para emprender su viaje. En aquel tiempo un viaje á las Indias era una empresa tan grave y tan peligrosa, que era preciso prepararse con la misma solemnidad con que se arreglan los negocios y la conciencia para pasar á mejor vida. ¡Cuánto más grave no sería este paso en el joven novicio, cuando llevaba la resolución de no volver jamás á su patria!

A pesar de lo mucho que había estudiado y traba-

jado en su santificación, el neófito de jesuita no creyó que tenía aún suficientes méritos para ordenarse, y se embarcó, sin haberse consagrado sacerdote, en Abril de 1610.

En Cartagena hizo muchos esfuerzos el Provincial de Lima para llevársele al Perú, pero él prefirió quedarse en el Nuevo Reino de Granada. En Cartagena permaneció pocos días, partiendo inmediatamente para Santafé: "camino largo, (1), desacomodado en lo que se navega el río, áspero en lo que se anda por tierra. . . Venía en busca de trabajos, y fuéle consuelo dar á los primeros golpes en la mina. . . Su alegría animaba á todos sus compañeros de viaje, su oficiosidad les descansaba, y les edificaba su virtud. Cuando salían á hacer noche en las playas, recogía los negros en las canoas para que les predicase un sacerdote. . . ." Se gozaba, dicen sus otros biógrafos, en aliviar á los esclavos, y con gran paciencia y dulzura les enseñaba la doctrina y les daba lecciones de moral cristiana.

Desde aquel viaje por el Magdalena, en donde los esclavos bogaban día y noche como bestias de carga, el Padre Claver empezó á compadecerse de los negros; raza infeliz á quien miraban los Conquistadores con mayor desprecio que á los Indios. Estos últimos tenían, no obstante su desgracia, poderosos protectores; y desde el Rey de España para abajo había mucha gente que se condoliese de su suerte; pero los míseros negros eran considerados como vil mercancía que se compraba y se vendía según su calidad, y cuando yá no les necesitaban, les abandonaban á su suerte, sin socorro, sin abrigo y aun sin alimentos.

Desde que llegó el Padre Claver al convento de Jesuitas de Santafé, pidió que le señalasen los oficios más humildes de la casa para cumplirlos, en los cuales permaneció; sin que dejase de estudiar asiduamente durante los tres años de probación, que cumplió allí, y dos en el noviciado de Tunja, según los reglamentos de los Jesuitas, antes de ordenarse definitivamente.

(1) APOSTÓLICA Y PENITENTE VIDA DEL VENERABLE PADRE CLAVER DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, sacada de informaciones jurídicas, &c., por el Padre Josef Fernández. Zaragoza—1666.

## II

El 19 de Marzo de 1616 la Compañía de Jesús, en Cartagena, solemnizaba la fiesta del Patronato de San José, y al mismo tiempo, habiendo sido consagrado sacerdote, celebraba el Santo Sacrificio de la misa por primera vez el venerable Pedro Claver, que ya era afamado por su caridad cristiana y grandes virtudes.

Hé aquí lo que era en aquel tiempo la ciudad de Cartagena, citando textualmente la descripción que hace de ella un biógrafo contemporáneo del bienaventurado Pedro Claver. (1)

“Sita la ciudad de Cartagena en altura de once á doce grados, la predominan calores excesivos sobre á cuantas tierras se habitan en las Indias. Cuatro meses, de Diciembre á Marzo, se reforman algo con una brisa general y fresca, respiración á los extranjeros hechos á más benigno cielo; miedo á los naturales, que abiertos los poros les penetra y traba, y castigo de montes y árboles vecinos á la costa que los seca. Ardiente todo el año, el sol siempre es dañoso, pero en los otros ocho meses no hace en aquella tierra oficio de sol, sino de fuego: á cielo abierto es insufrible, aun á la tolerancia de los Españoles, vencedora de todas inclemencias de climas peregrinos. Introducida la fuerza del calor á las piezas más defendidas de las casas, las pone como estufas en que perennemente suda la congoja. Relajándose los cuerpos andan descaecidos; póstranse las ganas de comer, y siéntense accidentes, que los no experimentados por nuevos en la tierra se sospechan heridos de grave enfermedad. Son estos meses abundantes de aguas, que encienden más el fuego, no bastando á templarle. De éste y de aquéllas resultan efectos al temor en los nublados espantosos que arman; al peligro en las enfermedades agudísimas que despiertan; á la penalidad en las molestísimas sabandijas que crían. Los nublados (tempestades) y más sobre noche, parece que amenazan el juicio con formidables true-

(1) APOSTÓLICA Y PENITENTE VIDA, &c., citada antes.

nos y llovedizos rayos que hieren y matan á muchos, y tienen feamente destrozadas las palmas de cocos, hermoso adorno de la ciudad, porque la gallardía misma con que suben á ganar más aire las pone al primer encuentro de sus iras. Las enfermedades varias y malignas, y como las causas extrínsecas de calor y humedad son tan destempladamente activas, en poca disposición intrínseca del sujeto prenden con fuerza y le traen á riesgo.

“Las sabandijas, aunque no sean de peligro, pero sin encarecimiento se puede afirmar que son la pensión más penosa que se carga á la paciencia. Enjambres de moscas y mosquitos, aquéllas importunas, éstos de varios géneres, y crueles todos, menuda y común plaga á que no es fácil cerrar los pasos, y hierve en todas partes, á los agüijoncillos con que hieren apenas hay defensa, porque son de sutileza de tan buen temple que no dobla en el reparo del vestido y pasa por él hasta buscar la sangre, pagando lo que chupa con lo que lastima y con las ronchas doloridas y envenenadas que levanta.

“Sobre todas estas incomodidades y molestias, de que es fecunda Cartagena, está fundada en suelo esterilísimo de alimentos y cosas necesarias á la vida humana: todo le entra de allende, y con las quiebras que hace el comercio, pendiente de la incertidumbre de tan largos y tempestuosos mares, suele faltarla todo; de manera que se da á sentir la carestía á los más ricos, inútil el oro y plata de sus cofres para alivio de su necesidad.

“Con todo eso, la que parece había de ser inaccesible al amor de la vida, tratable á la codicia es frecuentada de varias naciones y como lonja universal á donde se acude á contratar de todas partes. Obligan á esto los ríos de oro y plata que desembocan en aquel puerto, conducidos á él por cauces del contrato de todos los manantiales de las Indias. Por él entra y sale el comercio de México, del Perú, del Potosí, de Quito y de las islas adyacentes, y generalmente de todas aquellas regiones.

“Desembarcaron en este puerto innumerables negros, no como tratantes, sino como mercancía, en cuya compra y venta se negocia con aventajados intereses.

Ellos son los que llevan todo el trabajo de las Indias, así en el beneficio de las minas como en el cultivo de los campos. En el sudor y muchas veces en la sangre de estos miserables se baña lo que enriquece al mundo, y lo que sustenta á todos en aquellas partes. Van los mercaderes á comprarles á las costas de Guinea, Angola y otras tierras, donde les venden los que les captivan en las guerras que hacen unos con otros, y les dan á precio de vino, aceite y bastimentos de que se carece por allá. El que más cuesta de primera compra, será valor de cuatro pesos, y en Cartagena se vende por doscientos y más. El gasto en llevarles es poco y la ganancia exorbitante. En el discurso de cada año son de diez á doce mil los que se traen, y en el de 1633 se vieron catorce navíos juntos en el puerto, sin otra mercadería que los negros, á 800 y 900 en cada uno." (1)

Fácil es concebir, cómo sería el trato que recibían esos desgraciados negros cuando sus amos sólo pensaban en traficar con ellos. Sus padecimientos eran casi increíbles. Llenos los navíos de aquel cargamento compuesto de cuerpos humanos, desnudos, presa de enfermedades horribles, con escasísimos alimentos, de tal suerte que muchos morían de hambre, sin más aire que el infecto que respiraban, envenenado por el aliento de los demás, pasaban así días, semanas y meses, y allí morían muchísimos y nacían algunos! Los dueños de los negros no sabían muchas veces cuántos esclavos llevaban, y sólo se afanaban cuando la peste ó la viruela entraban en aquellas cuevas infectas, llevándose á gran número de éstos; pero no por eso les proporcionaban remedios, y solía suceder que los cadáveres en putrefacción permanecían largas horas encadenados á los vivos. . . . Como dijimos arriba, no solamente morían en el fondo de los navíos infinidad de negros, sino que muchos nacían, y lo que es más extraño, se criaban en medio de los moribundos, respirando el ambiente fétido de aquellos lugares, y

(1) En 1787, dice un autor inglés, M. Cooper, que, según los cálculos más moderados, 10.000.000 de negros habían sido llevados por los Europeos á América. En 1860 un viajero, Du Chaillu, vió vender en un puerto africano á varios negros y negras en cambio de licor y armas de fuego.

alimentándose con la leche que les daban sus madres muriéndose de hambre!

En lo que menos pensaban los negreros era en convertir á sus esclavos, y si á veces les mandaban bautizar lo hacían por ceremonia no más y para cumplir con las órdenes que daban los Gobiernos europeos con respecto á ese particular. Los desgraciados iban persuadidos de que los blancos les sacaban de Africa para comérseles y teñir con su sangre las telas que fabricaban; y aun hoy día los negros piensan que los esclavos no sirven para otra cosa á los Europeos, pues ellos mismos son antropófagos y gustan mucho de la carne humana.

### III

DESDE antes de la llegada á Cartagena del venerable Padre Claver, vivía allí un santo varón, también jesuita, llamado el Padre Alonso de Sandoval, el cual, compadecido de los infortunios de los negros que arribaban al puerto, se había constituido en su protector: les buscaba en el fondo de los navíos, les amparaba y llevaba remedios y alimentos; les atendía, instruía y bautizaba. Cada uno de los que recibían el agua del bautismo era inscrito por él, con su nombre y señales, en un libro que llevaba consigo y que le servía después para reconocer á los que visitaba en las haciendas y minas á donde iban á trabajar. Dícese que bautizó á más de 30,000 esclavos durante los siete años que estuvo ejerciendo este ministerio de caridad, pues no dejaba pasar ningún navío que no fuese á visitar para consolar y tratar de proteger á esos desgraciados. Al fin, anciano, débil y enfermo, de resultas de los muchos trabajos que se había impuesto, tuvo que abandonar su misión en manos de su discípulo el Padre Claver, y murió después de haber estado tullido en una cama dos años.

El Padre Claver, que había hecho voto de ser el esclavo de los negros, se llenó de júbilo al encontrar que yá estaba un tanto adelantada su obra y que otro trabajaba para llevar á cabo su idea. Declaróse, pues,

humilde discípulo del Padre Sandoval, y durante un año le acompañó de una parte á otra, citiéndose, en los principios, tan sólo á imitarle, y nada más.

Una vez solo el Padre Claver, se dedicó con alma, vida y corazón á socorrer á los negros. Apenas surgía en el puerto algún navío cargado de negros, cuando no faltaba quien lo avisase al buen jesuita, noticia que él recibía como si se tratase de los seres á quienes quería más en el mundo. Informábase de qué parte de Africa procedía el navío, buscaba un intérprete, y, llevando medicamentos, frutas, alimentos frescos, agua pura y tabaco, se encaminaba al puerto. Sin que nadie le pudiese detener, aunque reinasen entre aquellos desgraciados las epidemias más contagiosas, penetraba sin miedo en la centina del navío. Allí, con manos piadosas y caritativas hasta lo sublime, él mismo levantaba y limpiaba á los enfermos, les daba de comer, cubría al desnudo con sus propios vestidos, acariciaba á los niños, y sin cuidarse del olor nauseabundo que se respiraba en aquellos lugares inmundos, les abrazaba, les miraba con ternura y les decía palabras de cariño, llamándoles sus hijos y pedazos de su corazón. Cuando era tiempo de desembarcarles, él se hallaba en la playa con el objeto de dar el brazo á los débiles, refrigerio á los necesitados, alzaba á los niños, y, dice su biógrafo: "á todos daba algún socorro, con un fervor de espíritu y con un amor tan entrañable, que ponía devoción en cuantos le miraban."

Para poder socorrer á tantos infelices, el Padre Claver vivía pidiendo limosna durante todo el año, y no excusaba andar personalmente de estancia en estancia solicitando algo para sus negros. Como para entender lo que querían y para instruirles en lo que deseaba, se necesitaba siempre algún intérprete, y los amos no prestaban de balde sus esclavos, veíase en la necesidad de pagar de su bolsillo el jornal de los negros que le acompañaban. Así fué que, apenas logró el dinero suficiente, lo dió á un traficante de negros para que le comprase tres esclavos fuertes y robustos de diferentes naciones que le ayudasen en sus faenas.

Ayudado por sus esclavos, y llevando siempre consigo un lienzo toscamente pintado que representaba de un lado á los negros perversos en el infierno, y del

otro á los buenos gozando de la bienaventuranza eterna, pasaba su vida catequizando á los esclavos, administrándoles auxilios corporales y espirituales, y corrigiendo á los negros cimarrones más salvajes é indomables. Protegía á los que eran mal tratados; curaba á los enfermos; á los desesperados les infundía resignación, y á todos instruía, alegraba y enderezaba. Esto no lo hacía ni por el deseo de que le aplaudieran, ni porque con ello ganara cosa alguna terrestre y visible: todo era por amor de Dios. ¿Por ventura habrá otra cosa que no sea la Religión, que inspire una abnegación semejante!

Cosa digna de que la cantase un poeta y la pintase un maestro eran aquellas visitas que hacía el Padre Claver á la plaza de mercado, llevando personalmente un cesto con el objeto de recoger las limosnas para auxiliar á sus negros: á una mujer pedía una fruta, á otra una legumbre, un pez, un bizcocho, un pan, y con semblante risueño atravesaba en seguida la ciudad y se dirigía á los lugares en donde tenían encerrados á los negros para venderles. A los tres negros que había hecho llevar de Africa para que le sirvieran de intérpretes, se le unieron cuatro más de diferentes naciones (hablando cada uno distinta lengua) que le regalaron con el mismo objeto. De éstos era, por cierto, un verdadero esclavo cuando enfermaban: les llevaba al punto á su propia celda y les ponía en su cama, donde les cuidaba y atendía hasta que sanaban ó morían. Aguantaba con santa paciencia cuanto á ellos se les antojaba, y sufría sin quejarse sus malos genios y sus frecuentes ingratitudes.

El Padre Claver era el cuidandero nato de todos los esclavos que enfermaban en la ciudad: les visitaba llevándoles bocados sabrosos y golosinas, y todos los días recorría las chozas y las casas en que sabía que alguien le podía necesitar. "Ni soles, ni lodos, ni aguaceros (dice su biógrafo), ni inelemencia alguna, igualmente molesta y peligrosa en aquella tierra, podían amedrentarle ó detenerle; por todo se hacía paso su invencible espíritu al beneficio de las almas."

No contento con lo que trabajaba de día, rogaba de noche al portero que le llamase si le buscaban de parte de algún enfermo. Abrigaba al desnudo con su propio

manteo, sacaba á los negros tullidos en sus brazos á que respirasen el aire, y sucedió que en más de una ocasión tuvieron que lavarle el manteo siete veces en un día, pues había servido de almohada, de asiento, de alfombra y de abrigo á los enfermos más asquerosos.

La epidemia de viruela fué espantosa de 1638 á 1634, y entonces fué por cierto maravillosa la caridad del Padre para con los negros que dejaban desamparados en las casas, por temor del contagio, ó que echaban fuera para que fuesen á morir lejos de ellas. No dormía ni de día ni de noche, olvidaba alimentarse, y su existencia entera estaba dedicada á cuidar, socorrer, aliviar y atender á los infelices. Si era posible salvarles la vida, les mantenía á costa de limosnas, hasta que se curaban; si morían, después de haberles ayudado á bien morir él con sus manos les amortajaba, les costeaba el entierro, celebraba misas por el descanso de sus almas y les acompañaba hasta el sepulcro.

Además de estos cuidados físicos procuraba, en todo lo que podía, moralizar á aquella turba de salvajes, semi-idólatras todavía y sin freno ninguno á sus pasiones; les reunía con cualquier pretexto; amonestaba y reprendía á los escandalosos, y con consejos y ternísimas palabras lograba á veces corregirles. Era tal el amor que le tenía la gente del pueblo en Cartagena, que cuando pasaba se le arrodillaban pidiéndole su bendición, y era tanta la influencia que ejercía sobre ellos, que decían que el día en que él les hablaba ó les miraba siquiera, eran afortunados en todas sus empresas, si eran lícitas, y se les echaban á perder, si no eran buenas. Le llevaban los niños de mal carácter para que les tocara, y con eso pensaban que cambiarían de genio, y si estaban enfermos sanarían. Si los amos trataban mal á los esclavos, el buen Jesuita se daba á la obra, y, ó se corregía el mal amo, ó él se daba sus trazas para que los maltratados pasasen á otras manos. Por darle gusto, muchos negros se apartaron del vicio, y los dueños les veían convertirse en personas racionales, trabajadoras, sumisas y cristianas. Visitaba asiduamente á los negros que se hallaban en las cárceles, pasaba con ellos largas horas, y sucedía que al salir dejaba á aquella gente, antes desesperada y energúmena, resignada con su suerte y deseosa de enmendarse.

Los domingos de cuaresma salía con una campanilla por toda la ciudad, escogiendo la hora en que sabía que los esclavos no tenían ocupaciones apremiantes. Al oír la campanilla iban saliendo de sus casas los negros, formaban procesión en pos de su protector, y cantando las oraciones que él les había enseñado, llegaban á la plaza de la Yerba, en donde les enseñaba la doctrina con una amabilidad, un cariño, una bondad tan angelical, que se ganaba todos los corazones.

¡Qué espectáculo tan tierno y curioso no sería aquél! el venerable Claver, vestido de negro, delgado, nervioso, lleno de unción y de entusiasmo, cuyos grandes ojos se llenaban de lágrimas fácilmente con la vista de los infortunios de los desdichados negros, con la cabeza inclinada, la frente alta y arrugada, la tez no muy blanca, la voz sonora y flexible, y en resumen, el aspecto agradable, aunque no bello. (1) En torno suyo veíase una turba de negros semi-salvajes, cuya tez hacía contraste con sus dientes de marfil, vestidos unos de inmundos harapos, otros con decencia; algunas negras con sus hijos en los brazos, otras bien peinadas y acicaladas; unos sentados en el suelo, otros arrodillados á sus piés, y los demás de pié frente al Misionero; todos atentos á su palabra, la que si no comprendían, nunca dejaban de acatarla como emanada directamente de la Divinidad. A los niños tomaba en sus brazos acariciándoles y llenando de orgullo á las madres; con su mano les enseñaba á santiguarse; á los más grandecitos hacía preguntas acerca de lo que antes les había enseñado; á los jóvenes decía:

—Cuidado, no pongas demasiada confianza en la juventud: con frecuencia los granos de yerba se secan y las flores no siempre tienen frutas.

A los ancianos repetía:

—Mira que la casa ya está vencida y pronto se arruinará; procura arrepentirte con tiempo.

Después de tales enseñanzas, que amenizaba con ejemplos á la altura de aquellas pobres inteligencias, les conducía á la iglesia de los Jesuitas, en donde rezaban todos el acto de contrición, y en séguida se sentaba

(1) "Viè du Venerable Père Pierre Claver," par le P. B. G. Fleurián, 2.º v., p. 225.

á escuchar las confesiones de aquellos infelices. Si estaban enfermos los negros, les hacía llevar en silla al confesonario, y él personalmente les sostenía en la barandilla de la comunión. En seguida él mismo servía un desayuno que hacía preparar para los débiles.

Varias veces en el año salía en misión á las estancias y haciendas de la provincia, recorriendo todas las chozas, oyendo las quejas, remediando los padecimientos é intercediendo por los esclavos. Jamás aceptaba en aquellas ocasiones albergue en la casa de los hacendados ni mayordomos, sino que, después de pasar el día catequizando y visitando á los negros, se recogía en el rancho del esclavo más desgraciado, durmiendo en el suelo, envuelto en su manteo.

Como los negros son tan amantes de los bailes, acompañando sus danzas con las músicas más ruidosas, el Padre Claver no los prohibía absolutamente, y decía que bien necesitaban esos infelices algun solaz después de tanto trabajar; pero ¡pobres de ellos si se propasaban y si sus bailes eran contrarios á la decencia! Siempre tenía quien le fuera á avisar, y al punto llegaba, y con santa indignación dispersaba á los delincuentes y rompía ó confiscaba los atambores y panderetas, las flautas y las vihuelas. El buen jesuita era la policía de Cartagena. Bastaba que se dijera:

“Viene el Padre Claver!” para que al punto cambiasen de maneras y de conversación; y merced al poder de su dulzura y amor, convertía á los rehacios y corrompidos, con asombrosa prontitud.

Había entonces en Cartagena dos hospitales: uno de los Religiosos de San Juan de Dios, que llamaban de San-Sebastián, y otro para los lazarinos y leprosos, dedicado á San-Lázaro. En ambos hospitales pasaba el Padre horas enteras consolando y atendiendo á los enfermos física y moralmente; pero el lugar que más le gustaba, después de haber cumplido con la misión que se había impuesto cerca de los negros, era el hospital de los leprosos. Su caridad con ellos no tenía límites, y ni una madre era más tierna al lado de su hijo doliente, que el padre Claver cerca de aquellos desgraciados enfermos. Como la iglesia del hospital estuviese destruída, él se propuso reedificarla, sin más auxilio que las limosnas que recogió para el efecto. El mismo pre-

sidió á los trabajos de los albañiles y arquitectos, y hasta les ayudaba en lo que podía, llevándoles la comida, pasándoles agua para que se refrigerasen y alegrándoles con su conversación instructiva y bondadosa, hasta que tuvo la satisfacción de verla concluida.

Además de estos deberes impuestos por sí mismo, varias veces tuvo empleos engorrosos y difíciles en el colegio de los Jesuitas, que podían haberle quitado el tiempo que tenía dedicado á socorrer á los esclavos. Pero no fué así: su actividad y su celo suplían á todo, y nunca dejaba de hacer sus obras de caridad, ni tampoco abandonaba un momento sus deberes en la casa de su orden.

No obstante su humildad, tuvo que aceptar y cumplir la orden que le dieron sus superiores de hacer profesión de los cuatro votos, que es el grado más honroso de la Compañía de Jesus; grado que presupone no solamente una aquilatada virtud, sino mucha ciencia. En el momento de hacer estos últimos votos juró que en adelante sería "Pedro Claver, siervo siempre de los negros." *Petrus Claver Ethiopium, semper servus*; en lo cual fundaba toda su vida y esperanza.

No solamente era el hombre más caritativo, como hemos visto, sino también sumamente instruido, convirtiendo á varios protestantes, y aun á mahometanos, por medio de su grande erudición y merced á citas de obras teológicas de autores aceptados por ellos como insignes controversistas de su propio credo. Desterrados de España muchos moros, se refugiaban, siempre que podían, en las Antillas, y traficaban con Cartagena los más acomodados, mientras que los pobres, cuando llegaban á caer en manos del Gobierno español, eran vendidos como esclavos en castigo de no haber obedecido á las órdenes de salir de los dominios de España. El Padre Claver ponía el mayor interés en convertir al cristianismo á aquellos desgraciados, y usaba siempre de tanta dulzura, y nunca de fuerza ni rigor, que se cuenta que por el espacio de veintidos años duró tratando de persuadir á un mahometano empedernido, hasta que consiguió su objeto. Con otro luchó treinta años, y al fin le convirtió, no sin que el Moro le hubie-

se dejado de insultar cada vez que se hallaba con él, en tanto que el Santo trataba de hacerle todos los servicios que podía, asistiéndole cuando enfermaba, vistiéndole y socorriéndole. Vencido al fin por la paciencia y bondad del Padre Claver, un día el Moro le mandó llamar pidiéndole instrucción y bautismo.

Innumerables fueron las conversiones que hizo de pecadores viciosos, de personas desesperadas á quienes consoló, los matrimonios que, desbaratados, volvió á unir, las muertes que impidió, las injusticias que reparó. En resumen, su vida está repleta de obras tan verdaderamente cristianas, en el sentido más lato de la palabra, que si quisiéramos mencionar aunque fuera una parte de ellas, nos sería preciso escribir un volumen entero.

Cartagena, la ciudad más importante tal vez de todas las colonias, por su activo comercio, la riqueza de sus habitantes y la multitud de extranjeros que concurrían á ella sin cesar, era también una ciudad muy corrompida y escandalosa; pero los cuarenta años que vivió allí el Padre Claver, según los autores contemporáneos, fueron una verdadera bendición para ella, porque procuraba siempre corregir sus vicios. Respetado, querido, considerado por todos, el Padre Claver era conocido en todas las Américas. "Los generales de las armadas (dice el Padre Fleurián), los comandantes de las flotas y todas las personas más distinguidas iban á visitarle apenas llegaban á Cartagena, y nada emprendían sin suplicarle que les ayudase con sus oraciones, pidiéndole que rogase por ellos al emprender marcha. . . . Los eclesiásticos y sacerdotes le consultaban en los casos de conciencia más trabajosos, y escuchaban sus decisiones como si fuesen oráculos."

No solamente los negros, sino hasta las personas del más alto rango, imploraban su bendición cuando le encontraban en las calles y plazas públicas. Los niños le seguían en la calle, deseosos de obtener aunque fuese una mirada, cantando una canción que concluía con estas palabras:

*Por un Claver, Dios conserva á Cartagena.*

Al fin, en 1650 la peste visitó todo aquel litoral, y atacó á los habitantes de Cartagena con una

furia singular. El Padre Claver no vivía, no respiraba, sino que sin cesar visitaba los enfermos, recorría los pueblos cercanos, visitaba los caseríos, y como ni comía ni dormía, al fin enfermó también y le atacó la epidemia. Afligióse muchísimo, no porque temiese morir, sino porque decía que estando enfermo no podría volver á servir en un tiempo en que tanto se necesitaba atender á los afligidos. Aunque estuvo en toda extremidad, no murió por entonces, pero tampoco llegó á curarse jamás, pues no pudo volverse á poner en pie ni á hacer uso de sus manos. Sin embargo, se hacía llevar á la iglesia, y allí se ocupaba en amonestar, aconsejar y confesar á cuantos se presentaban; y aun pudo bautizar á una multitud de negros casi feroces que llegaron á Cartagena, después de haberles instruído cuidadosamente.

Viendo, sin embargo, que su salud empeoraba, quiso despedirse de los enfermos del hospital de San-Lázaro, á donde fué llevado, atado á un caballo y cabestreado por un negro. Despidióse con lágrimas de sus favoritos los leprosos, y volviendo á la casa de la Compañía, no pudo volver á salir de ella. Como sucede siempre en este mundo, la Humanidad es inconstante y la popularidad se acaba, si no es útil yá. Una vez enteramente tullido el Padre Claver, y condenado á no salir nunca de su celda, los Cartageneros le olvidaron, sus mismos correligionarios no se acordaban de él, y entregado en manos de algunos negros brutales que le trataban mal, ni siquiera le llevaban los alimentos necesarios, ni aseaban el aposento nunca, ni obedecían al Santo, sino cuando lo tenían á bien. Así, rodeado de inmundicias, de mosquitos, de calor y de abandono, pasó los últimos cuatro años de su vida, sin quejarse jamás ni hablar de sus sufrimientos: al contrario, los bendecía, porque así podía ejercitar su paciencia inagotable. Sin embargo, dos mujeres, las señoras de Urbina, personas de categoría en Cartagena, le socorrían y mandaban llevar lo que necesitaba. Algunas veces lograba que le llevasen á la iglesia á cumplir con sus deberes religiosos, lo cual yá le costaba trabajo. Un día, al pasar por la sacristía, dijo al sacristán:

“Voy á morir. ¿Quiere usted algo para la otra vida?”

Y así sucedió. A la mañana siguiente le hallaron sin habla y agonizante. Apenas se tuvo noticia de este acontecimiento en Cartagena, cuando en todos los corazones revivió el entusiasmo que habían tenido por él. Agolpóse la gente á la casa de los Jesuitas; clamaban las mujeres, lloraban los niños, suspiraban los hombres, y por todas partes no se oían sino estas palabras angustiosas:

“Que se muere el Santo! . . . que se muere!”

Una multitud de gente penetró entonces, sin que pudieran impedirlo los Jesuitas, hasta la pobre celda del moribundo: de rodillas delante de él gritaban todos, pidiéndole que no les abandonase, pues perdían en él su protector y su padre. Al cabo de una larga pero no dolorosa agonía, murió el martes 8 de Septiembre de 1654, día de la Natividad de Nuestra Señora, á los 73 años de edad, después de haber permanecido en la Compañía de Jesús 54 años y en Cartagena 41, haciendo el bien sin cesar. Cuando espiró, Cartagena entera vistió luto, y los negros principalmente se consideraron huérfanos y desamparados. Las exequias y los honores que le hicieron fueron espléndidos; pero se dice que nunca se han vertido tantas lágrimas en Cartagena como el día que exhibieron el cadáver en la iglesia de los Jesuitas. Los negros, con aquella vehemencia é impresionabilidad que les distingue, estuvieron á punto de hacer pedazos la mortaja y el cajón para conservar reliquias, y fué preciso usar de la fuerza para poderlo apartar de la multitud acongojada y sepultarlo.

Por decreto del Santo Padre Benedicto XIV, fué beatificado el Venerable Padre Pedro Claver, y declarado Apóstol de las Indias Occidentales, en 1747, como San Francisco Javier lo fué de las Indias Orientales.

## LOS BAQUIANOS.

En todas las historias de la conquista de la América Española se menciona á cada paso á los *baquianos*, los cuales formaban la vanguardia de todas las expediciones conquistadoras. ¿Cuáles eran los deberes de aquellos hombres? “La definición de un baquiano, dice Acosta, es demasiado característica de la época para que pueda omitirse; la daré con las mismas palabras del P. F. P. Simón: “Son los baquianos los que aconsejan á propósito, rastrean, caminan y no se cansan, cargan lo que se ofrece, velan, sufren el hambre, la sed, el sol, agua y sereno, saben ser espías, centinelas perdidos, echar emboscadas, descubrirlas y seguir-las, marchar con cuidado, abrir los caminos; no les pesan las armas ni huyen del trabajo; buscan y conocen las comidas silvestres. Hacen la puente y el rancho, el sayo de armas, la rodela y el alpargate. Pelean al uso de aquellas guerras, sin que les dé terror y espanto el horrendo y repentino són de los fotutos, voccs, algazara, tristes aullidos y confusos gritos de los Indios al primer ímpetu de la *guazabara*, y lo que es más, no están sujetos á enfermedades y llagas de chapetonadas, como los visofios ó *chapezones*, los cuales, aunque no les falte tanto ó más ánimo que á los baquianos al momento de pelear, mientras no lo son, aciertan lo menos y yerran lo más.”

Ne emprendía marcha ninguna expedición, sin llevar consigo algunos de estos hombres semi-salvajes ó cuasi-civilizados, los cuales conocían todos los climas

y sabían evitar los peligros, y cuando llegaba á faltar todo alimento conocido, sabían encontrar al menos las plantas que no eran nocivas. Vivían meses enteros, si era necesario, perdidos en las montañas tropicales, manteniéndose con hojas de *bihao* (1), tallos tiernos de hobos sancochados, bledos, verdolagas y otras plantas más ó menos impropias para alimentar á hombres de armas que necesitaban adquirir fuerzas para luchar con una Naturaleza enemiga de todo ser civilizado, pero que siquiera comiéndolas no se morían de hambre.

Entre los baquianos de más fama en la Conquista apenas mencionaremos á Cardoso, Oéspedes, San-Martín, Juan de Orosco, Limpias y otros, de ellos algunos con el apellido Martín, los cuales nombraremos aquí de paso. El primer Español (baquiano de la expedición descubridora de Balboa que se embarcó en el Océano Pacífico) se llamaba Alonso Martín. Otro del mismo nombre y apellido fué uno de los baquianos más experimentados de la conquista del Nuevo Reino de Granada. Francisco Martín, también baquiano de la tropa de Alfinger, se hizo notable por haber vivido largos años entre los Indios de las márgenes del lago de Maracaibo. Con Gonzalo Jiménez de Quesada subió al Nuevo Reino un Diego Martín Inhiesta; y Castellanos y Piedrabita hablan de un Lorenzo Martín, que fué conquistador y fundador de la ciudad de Tamalameque y considerado como famoso poeta. En las contiendas con los Indios de Santa-Marta, se lució un Pedro Martín. Fray Pedro Simón refiere cómo un Juan Martín de Albajar fué cautivado por los Indios del Orinoco; y que, perdonado por el Cacique cuando le iban á matar, cayó después tan en gracia á aquel salvaje, que nada se hacía sin su beneplácito, y llegó á tal extremo su privanza en aquella corte, que acabó por

(1) "Es el *bihao* dicho, cierta planta  
Que por lugares cenagosos sale  
Como plátano blando, mas no tanta  
Su grandeza que con la dél iguale;  
Es su cogollo cebo de garganta  
Del que no tiene con que la regale;  
Comida triste, floja, desabrida,  
Y más cuando sin sal está cocida.

CASTELLANOS.—VARONES ILUSTRES DE INDIAS.

ser el verdadero Gobernador de ella. Sin embargo, cansado al fin de la vida de los bárbaros, abandonó la tribu y fué á dar á Santafé de Bogotá, en donde acabó sus días. La muerte trágica de otro baquiano, llamado Esteban Martín, ha sido referida por varios cronistas; pero entre todos el tipo más curioso y característico es el de Blasco Martín, cuyos hechos refieren largamente fray Pedro Simón, Castellanos y Piedrahita.

Blasco Martín había nacido en España, en un lugar llamado Cabeza-de-buey. Pasó á Santa-Marta muy al principio de la Conquista, y en las guerras con los indígenas de aquella provincia adquirió tan cabal conocimiento de las costumbres de las diferentes tribus, que era yá más astuto y más diestro en toda clase de ardidés y sorpresas que los mismos salvajes. Como por instinto, encontraba camino y salida por todas partes, y los bosques más enmarañados eran para él caminos reales. Tenía tal memoria de las localidades, que se acordaba de todo lugar por donde una vez había pasado, con una asombrosa seguridad, sin equivocarse jamás, y no le aventajaba en instinto el perro más fiel. Desgraciadamente, era tan bronco é ignorante de los usos del mundo, que, á pesar de sus manifiestos talentos, su audacia y su valor, la falta completa de educación no le permitió, como sucedió con otros baquianos, salir de la clase de soldado.

Era íntegro, poco codicioso (cosa rarísima en su tiempo y en el nuestro), sabía manejar con perfección todas las armas, tanto á pie como á caballo, y jamás le vieron vacilar ni dejarse vencer por el enemigo. No obstante los peligros en que se vió, nunca se dejó herir, ni enfermó en lugares en que todos sus compañeros estaban postrados. Era hombre de genio arrebatado, pero generoso, pronto á montarse en cólera y también á perdonar y arrepentirse.

Iba una vez como baquiano de una expedición que llevaba grandes rebaños de Venezuela para el Nuevo Reino de Granada, y muy al principio de la jornada, estando una tarde ocupado en labrar unas alpargatas á la sombra de un caucho, se le acercó un joven que las daba de soberbio y valiente, y empezó á reconvenirle agriamente, sin respetar sus canas ni sus años, que yá para entonces tenía muchos. Al principio

Blasco no contestó al atrevido joven, sino aconsejándole con buen modo que le dejara tranquilo; pero esto parece que exasperó al imprudente, y levantaba la voz más y más, hasta que, impacientado el baquiano con las injurias con que el otro le colmaba, se levantó de repente como un león, y sacando de la cubierta un enchillo que siempre llevaba al cinto, se lo hundió en el corazón al desgraciado mancebo, dejándole muerto en el sitio.

Sus compañeros quisieron prenderle y llevarle preso por aquella muerte; pero Blasco se deslizó de entre las manos de todos, é internándose en la montaña más cercana, solo, por veredas que nadie conocía, desafiando la intemperie, el hambre y las fieras que poblaban aquel país, y huyendo de los Indios salvajes que odiaban de muerte á los blancos, sin más armas que su cuchillo, caminó cien leguas sin salir á ninguna población, hasta llegar á Santafé, en donde se presentó en el acto á la autoridad, pidiendo que le juzgasen por lo que había hecho. Una conducta tan recta, una audacia tan grande, unida á la fama que tenían sus anteriores proezas, obligaron á los jueces, que comprendieron que el homicidio había sido impremeditado, á perdonarle y dejarle en libertad.

Poco después Blasco Martín se retiró definitivamente al Valle-Dupar, en donde le habían dado un pobre repartimiento de Indios, en premio de los muchos servicios hechos á la Conquista, y allí murió muy anciano, no sabemos en qué fecha.

---

## OTROS CONQUISTADORES,

DE

### SEGUNDO Y TERCER ORDEN. [1]

**AGUAYO (GERÓNIMO DE).**—Era natural de Córdoba en Andalucía. Se enganchó en Santa-Marta en la Expedición conquistadora acandillada por Gonzalo Jiménez de Quesada, é hizo en ella todas las campañas que dieron por resultado la conquista del Imperio Chibchá. Bajó con Quesada á la Costa, tornó á subir al Nuevo Reino de Granada, acompañando á Gerónimo Lebrón, en 1540, y tomó servicio bajo las banderas de Gonzalo Suárez Rondón. Este caudillo le mandó que fundase una ciudad que llamó Málaga, en tierras de los Indios Chitareros y no lejos de la quebrada de Tequia. Esta localidad, fundada en 1541, fué desamparada á poco por los Españoles; pero después revivió con el nombre de Tequia, y aún subsiste. También hay una pequeña ciudad llamada Málaga en el departamento de García-Rovira (Estado de Santander), pero ésta fué fundada en 1691 por el presbítero Tomás de Ayala. Posteriormente Aguayo tuvo repartimiento de Indios en los alrededores de Vélez; mas era tal su codicia que, dice Piedrahita, jamás estaba satisfecho con ninguna cantidad que le dieran sus tributarios. A consecuencia de sus injusticias y exigencias, se levantaron en armas todos los pueblos de aquellas comarcas; re-

(1) Hemos pensado que se facilitaría el conocimiento de la persona de cada uno de estos conquistadores, haciendo una lista por orden alfabético.

belión que dió mucho trabajo á los conquistadores, y no se pacificó sino al cabo de años de combates. Establecióse Aguayo después en Tunja, y trajo al Nuevo Reino las primeras semillas de cereales que se conocieron en el país.

**AGUILAR (ALONSO DE).**—Era natural de Inhiesta, en España: vino con la tropa de Quesada. Se avecindó en Vélez, en donde casó con Catalina de Robles. Fué encomendero de Coaza, y se ignora si dejó descendientes.

**AGUIRRE (DOMINGO, VASCONGADO).**—Conquistador de la expedición de Gonzalo Jiménez de Quesada. Se halló en todas las campañas y en las fundaciones de Santafé de Bogotá y de Tunja. Se radicó en esta última ciudad, y fué dueño de las encomiendas de Tópaga. Casó con doña Ana Maldonado y no tuvo hijos. Al morir dejó de albacea al cronista Juan de Castellanos, cura de Tunja, y le obsequió con los manuscritos que tenía, en que relataba sus campañas; lo cual sirvió mucho al cronista para escribir sus "Elegías de varones ilustres de Indias."

**AGUIRRE (MARTÍN DE).**—Vino al Nuevo Reino de Granada y tuvo parte notable en la conquista de la provincia de Tunja. Se estableció en dicha ciudad, pero no se tiene otra noticia de él.

**ALBARRACÍN (ESTEBAN DE).**—Fué soldado de don Pedro Fernández de Lugo desde 1535, y después descubridor y conquistador con Quesada. Fué uno de los fundadores de Tunja, en cuyo distrito tuvo encomienda. Era dueño de una venta que llevó su nombre y que aún subsiste.

**ALCALÁ (JUAN DE).**—Apenas sabemos que fué conquistador de la tropa de Quesada, y que se estableció en Santafé de Bogotá.

**ALMARCHA (SEBASTIÁN DE).**—Subió al Nuevo Reino de Granada en la expedición de Federmann. Fué uno de los primeros Alcaldes mayores de Santafé, y después pasó á Tunja, en donde se avecindó.

**ALCOOCER (HERNANDO DE).**—Era natural de Jaén, en Andalucía. Sirvió primero en Venezuela y se enganchó con Alfínger, descubriendo con él gran parte del Norte de Colombia, y de regreso á Venezuela tomó servicio bajo Federmann, en cuya expedición vino por los Llanos á Santafé. Ayudó á fundar las ciudades de Pamplona, Tocaima, Ibagué y Mariquita. En unión del Capitán Olalla abrió el camino de Honda á la Sabana y puso recuas de mulas en la parte doble, carros en la Sabana y barcos en el río Magdalena. Fué encomendero de Bojacá, Pasquilla, Sasaima, Chaquisaque y otros lugares. Casó con doña Guiomar Sotomayor, y segunda vez con una hija de Isabel Galiano, hermana del fundador de Vélez. Después de una vida muy agitada, como no tuviese hijos que le heredasen, dejó sus cuantiosos haberes á un sobrino, Andres de Piérola, con la condición de que se casase con su viuda, lo cual se llevó á cabo.

**ALEMÁN (JUAN NICOLÁS).**—Vino al Nuevo Reino con Federmann, y se estableció en Tocaima; años después encontramos que una hija suya se casó con un flamenco llamado Matías Esporquil.

**ALONSO (JUAN).**—Fué Conquistador de los de Quesada, y se estableció en la ciudad de Vélez.

**ALDANA (LORENZO DE).**—Este Conquistador era extremeño. Desde joven pasó á Guatemala, y en 1534 llegó al Reino de Quito con don Pedro de Alvarado. Á órdenes de Pizarro militó en el Perú, y bajo Almagro estuvo en Chile; y habiendo vuelto al Perú militó en el partido de Almagro contra los hermanos de Francisco Pizarro, hasta que, indispuerto con aquél, se pasó á las banderas del Marqués. Este le envió en 1538 á que fuese á vigilar á Belalcázar en su gobernación de Popayán; pero como, al llegar á esta ciudad, ya Belalcázar iba de marcha para España, Aldana se declaró Gobernador en nombre de Pizarro, y atendió á varias expediciones conquistadoras por el valle del Cauca. Acompañó á Vaca de Castro en sus campañas en el Ecuador y el Perú. Tuvo parte en la deposición del Virrey Blasco Núñez de Vela, en 1544; pero no tomó el partido de Gonzalo Pizarro, sino que

se retiró á una encomienda que tenía en Jauja. Nombrado por Gonzalo Pizarro para que con don Pedro de Hinojosa se entendiese con La Gasca, Aldana abandonó decididamente el partido de Pizarro y tomó el del Rey, obteniendo, después de sufocada la rebelión de Pizarro, ricos repartimientos que le producían más de cincuenta mil pesos de renta. Fué hombre moderado, prudente, y siempre que pudo proteger á los indígenas lo hizo. Murió, según se cree, en Arequipa, en 1571, y dejó en sus disposiciones testamentarias legados para proteger y sustentar Indios pobres y valedudinarios. Refiere don Manuel de Mendiburo (*Diccionario Histórico-Biográfico del Perú*) que, como Aldana era muy rico y no tenía hijos propios, se le presentaron dos jóvenes Españoles, parientes suyos, pidiendo que les protegiese. Aldana les ofreció diez mil pesos para que trabajasen; pero ellos rehusaron recibirlos, porque dijeron "eran caballeros y no podían degradarse en el trato mercantil."—"Si tan caballeros, para qué tan pobres? exclamó el Conquistador; y si tan pobres, para qué tan caballeros?" Con esto les despidió, y no les dejó nada en su testamento, legando toda su cuantiosa fortuna á obras pías y hospitales.

ALDERETE (N.).—Llegó al Nuevo Reino en la tropa de Federmann, y ayudó á fundar á Tunja, en donde se estableció.

ÁLVAREZ DE ACUÑA (FRANCISCO).—Soldado de la tropa de Federmann. Se radicó en Santafé de Bogotá.

AMPUDIA (JUAN DE).—Teniente de Belalcázar. Fué uno de los conquistadores más feroces y audaces de que hablan las crónicas de la época. Había sido conquistador de Nicaragua, en donde tuvo la nota de ser muy cruel con los aborígenes. Habiendo pasado al Reino de Quito, en la expedición de Alvarado, se quedó allí al lado de Belalcázar, quien le nombró su Teniente general. En 1535 aquél le mandó con una expedición á descubrir nuevas tierras por la provincia que llamaron de los Pastos. Ampudia ayudó á descubrir gran parte de lo que hoy día es Estado del Cauca, distinguiéndose en todas ocasiones por sus hechos de in-

humanidad con los indígenas. Después de haber acompañado á Belalcázar al Nuevo Reino, regresó á Popayán, en donde se ocupó durante algunos años en refriadas contiendas con los antropófagos Paeces y Yalcones. Estando de Gobernador de Popayán, por ausencia de Belalcázar, fué muerto en una refidísima batalla, á manos de los Yalcones, en 1541.

**AÑASCO (PEDRO DE).**—Fundador de Timaná en 1540. Murió sacrificado por los indígenas.

**ANGULO (CRISTÓBAL).**—Hizo las campañas conquistadoras de Venezuela, con Gerónimo de Ortal, y después se enganchó con Federmann, y con éste vino al Nuevo Reino. Se avecindó en Vélez.

**ARANDA (FRANCISCO DE).**—Vino en la expedición de Federmann, y después pasó á Vélez, en donde le dieron repartimiento.

**ARANDA (PEDRO DE).**—Llegó con el anterior, y se cree que era hermano suyo. Fué uno de los fundadores de Vélez, en donde acabó sus días.

**ARELLANO (ALONSO RAMÍREZ DE).**—Capitán en la tropa de Federmann. Era natural de Villaseusa de Haro. Concurrió á la fundación de Vélez y ayudó á reducir los Indios de aquella provincia, en donde tuvo encomienda. Fué como Capitán de Infantería en la expedición de Quesada, en busca del Dorado, y se ahogó en un río. Fué casado con Juana Franco, y sus dos hijos murieron á manos de los Indios Yareguíes, á quienes trataban de reducir.

**ARÉVALO (JUAN DE).**—Entró en el país con Belalcázar, de quien se dice que era pariente. Fué el primer Alcalde ordinario que tuvo Santafé de Bogotá, y le dieron las encomiendas de Tibaguyas y Calumbaima.

**ARIAS (FRANCISCO).**—Vino con Belalcázar del Perú, y fué encomendero de Sora.

**AVENDAÑO (JUAN FRANCISCO).**—Conquistador de la provincia de Onbagna; pasó después al Perú, y vino al Nuevo Reino como Alférez de á ca-

ballo de Belalcázar. Después de concurrir á la fundación de Tunja, le dieron las encomiendas de Suta, Gámeza y Tinjacá.

**AVELLANEDA TEMIÑO (JUAN DE).**—Era natural de Villa-Fría, en España. Pasó á Venezuela muy al principio de la Conquista y militó con Gerónimo de Ortal en la expedición al Orinoco, y después con Federmann, hasta llegar á la sabana de Bogotá. Debía de ser persona considerada entre los Conquistadores, porque le hicieron varias veces Alcalde ordinario de Santafé. En 1554 Avellaneda pidió licencia al Oidor don Francisco Briceño (que entonces gobernaba el país) para ir á conquistar las naciones indígenas de los Llanos, por donde él había pasado en los años anteriores con Federmann. A la cabeza de setenta hombres de armas, animosos y denodados, emprendió marcha, llevando la misma vía que habían tomado los de Venezuela; y después de pasar indecibles trabajos en guerras con los Indios y las fieras, los climas mortíferos y las inundaciones, al fin arribó á un sitio, no lejos de un río llamado Guape, que Federmann había llamado la Fragua, y allí se detuvo con el objeto de fundar una ciudad, la que bautizó con el nombre de San Juan de los Llanos; población que después fué desamparada, y no se sabe con certeza en qué punto existió. (1)

El Capitán Avellaneda se avecindó en Ibagué; pero aunque fué casado no dejó hijos varones.

**AYALA (ANDRÉS DE).**—Conquistador entre los que vinieron con Federmann, de Venezuela. Fué encomendero y vecino de Tunja.

**BERMÚDEZ (ANTONIO).**—Vino á Cartagena con don Pedro de Heredia; y de allí pasó á Santa-Marta, tomó servicio con Quesada y subió al Nuevo Reino con él. Concurrió á la fundación de Tunja y fué uno de sus primeros Regidores; fué Alcalde ordinario y

(1) "Hay un paraje más allá del Ariare, entre este río y el Gújar, llamado San-Juan, el cual puede ser acaso el primer asiento de la ciudad de San-Juan de los Llanos, fundada en 1555 por Juan de Avellaneda."

Procurador general en Santafé, y habiendo participado en la fundación de la ciudad de los Remedios ( Antioquia ), fué Corregidor allí.

Fué encomendero de Ubaté, Suta y Tausa, y después, de Ohivachí (Choachí), que era pobre repartimiento, porque apenas contaba doscientos indígenas. Nombrado Contador de Cartagena, se casó allí, pero no tuvo descendencia legítima.

**BERNAL (CRISTÓBAL ORTIZ).**—Vino al Nuevo Reino de Granada con la expedición conquistadora y prestó señalados servicios en toda la campaña. Diéronle como recompensa la encomienda de Sesquilé, en donde se radicó después de su matrimonio con doña Ana de Castro, y dejó numerosa familia. Este conquistador labró á su costa una ermita que llamó *Las Nieves*, en el barrio de Indios de Santafé de Bogotá; pero no fué convertida en parroquia sino en 1583, por voluntad del Arzobispo Zapata. El primer cura de las Nieves se llamó Francisco García, y doña Francisca de Silva Collantes donó la plazuela que da frente á la iglesia.

**BOLEGÁN (PEDRO FERNÁNDEZ).**—Soldado de la tropa de Federmann. Vivió en Tunja.

**BRAVO DE RIVERA (PEDRO).**—Conquistador entre los que vinieron con Quesada. Fué encomendero de Chivatá (Estado de Boyacá).

**BRAVO (N.).**—Soldado raso. Murió á manos de los Indios Muzos, después de haber peleado en todas las campañas desde Santa-Marta hasta Bogotá.

**BRICEÑO (PEDRO).**—Vino con Quesada, y como era hombre culto é íntegro, tuvo el destino de Tesorero de Hacienda de Santafé, hasta que se le ocurrió acompañar á Pedro de Ursúa á Santa-Marta, en 1552. De allí siguió al joven conquistador al interior de la provincia, y murió de resultas de las heridas que recibió en el famoso combate de los Pasos de Rodrigo. Se había casado con la viuda de Jorge Robledo, doña María de Carvajal, la cual casó en terceras nupcias con el Oidor Francisco Briceño.

**BURGUENO (JUAN).**—Soldado de la expedición de Belalcázar.

**CABEZÓN (GARCÍA).**—Hizo varias campañas con los conquistadores de Venezuela, y venido al Nuevo Reino con Federmann, se estableció en Santafé.

**CÁBRERA (JUAN DE).**—Oficial de la tropa de Belalcázar. Se hizo notable en la conquista de lo que hoy día compone el Estado del Cauca y el alto Tolima. Fué Maese de Campo del Virey Blasco Núñez de Vela, y murió en la batalla de Añaquito, combatiendo contra la insurrección de Gonzalo Pizarro.

**CALVETE (GARCÍA).**—Valiente y briosísimo soldado de Federmann, que se avecindó en Vélez.

**CÁCERES (N.).**—Soldado de la expedición de Quesada. Se avecindó en Tunja, pero no tuvo sucesión.

**CAMACHO ZAMBRANO (BARTOLOMÉ).**—Era extremeño, natural de Villa-Franca. Vino á Santa-Marta como soldado, y se ejerció en aquella provincia en las guerras con los naturales. Se enganchó en la expedición de Quesada. Refieren los cronistas un rasgo de singular audacia de este conquistador. Yendo por las orillas del río Magdalena, alcanzó á ver á la otra banda del río una canoa con bastimentos, y como la tropa española se moría de hambre, resolvió apoderarse de la canoa por sí sólo, para no arriesgar la vida de otros. Se arrojó á nado y atravesó la corriente, y atacando á los Indios, sin miedo de las arinas con que se defendían, logró cogerles uno á uno, atarles, y tomando los remos, volver á su campamento, llevando provisiones para algunos días. Fué fundador y poblador de Tunja, en donde casó con doña Isabel Pérez; no dejó, sin embargo, sino cuatro hijas, una de las cuales fué casada con Pedro Niño, y dejó larga descendencia.

**CARO (BENITO).**—Soldado de Quesada; no se tiene otra noticia de él.

**CARO (LUIS).**—Vino con Federmann. Tampoco se sabe qué fué de él después. Se infiere que murió en una de las sangrientas luchas con los indígenas de Vélez.

**CARRIÓN (PEDRO RODRÍGUEZ DE).**—En las crónicas contemporáneas se dice que aquél era nombre fingido, siendo su nombre verdadero *Sancho Rodríguez Mantilla de los Ríos*. Se llamó Carrión por ser oriundo de aquel pueblo en España. Fué uno de los conquistadores subalternos que más se distinguieron por su genio emprendedor y activo. Habiéndose establecido en Tunja, fué el introductor y propagador de las yeguas de cría en aquella provincia, las cuales consiguió por medio de su sobrino don Antonio de los Ríos, cura de Barquisimeto, en Venezuela. No dejó sino dos hijas ilegítimas y una sobrina, las cuales heredaron sus cuantiosos bienes y fueron las fundadoras del convento de la Concepción de Tunja, siendo Catalina, Beatriz y María de los Ríos las primeras monjas. Carrión murió en Cartagena, en 1575, yendo de viaje para España.

**CASAS (FRAY DOMINGO DE LAS).**—Este respetable misionero parece que vino de España á nuestras costas en 1533. Aunque se ignora quiénes fueran sus padres y cuál la posición que su familia tuviese en su patria, se cree que era hermano ó pariente cercano del famoso fray Bartolomé de las Casas, "*el Apóstol de las Indias*." Fray Domingo se había graduado en Salamanca y pertenecía á la orden de Predicadores. Después de servir algunos años en la Costa, participó en la expedición de Quesada, y en unión del otro Capellán de la empresa, — el doctor Segaspés, — se ocupó asiduamente en catequizar y bautizar á los indígenas del Imperio Chibcha. Fray Domingo dijo la primera misa en Santafé de Bogotá, el 6 de Agosto de 1538, y los toscos ornamentos que usó aquel día se exhiben en la Catedral de la ciudad cada año, el 6 de Agosto. Después de la misa, Las Casas recogió una fuerte suma de oro para fundar una capellanía para que se dijese misas por las almas de los Conquistadores que habían muerto durante el viaje. Desgraciadamente aquella suma cayó en manos de Quesada, quien la gastó, y aunque en su testamento mandó que se fundase la capellanía, como murió adudado, no se sabó si se cumplió. Nuestro misionero regresó á España, muy enfermo, en 1539, y en Sevilla murió al cabo de

algunos años, sin haber podido recuperar su salud quebrantada. (1)

**CARTIL-BLANCO (N.)**.—Soldado de la tropa de Quesada. Se radicó en Vélez, y allí vivió y murió pobremente.

**CASTELLANOS (JUAN DE)**.—Baquiano de la Expedición de Quesada. Después de haber concurrido á la conquista del Nuevo Reino, volvió con Quesada á la Costa, y de allí á Santa-Marta. Subió nuevamente á las altiplanicies como baquiano de la tropa de don Luís de Lugo, prestándole servicios importantes. Regresó á Santa-Marta con Ursúa, y se cree que perdió la vida en la batalla de los Pasos-de-Rodrigo, en 1551 (2)

**CASTRO (ANTONIO)**.—Este conquistador pasó de España á Santa-Marta en 1535, y sirvió en aquella provincia. Subió con Quesada, y en premio de sus servicios le dieron ricos repartimientos en Tinjacá y Cerinza. Era de origen portugués y casó con una dama de buena familia, de la misma nación. Vivió bien quisto y respetado, y murió dejando una larga descendencia.

**CASTRO (JUAN DE)**.—Vino á Venezuela con el Capitán Luís Lanhero, y estuvo con él en muchas campañas, hasta que se enganchó, siempre al lado de su amigo, en la expedición de Federmann. En el Nuevo Reino de Granada prestó algunos servicios, y se avecindó después en Tunja.

**CELIDE ALVEAR (JORGE)**.—Soldado de la expedición de Quesada. Se ignora su suerte después de la Conquista.

**CÉSPEDES (JUAN DE)**.—Este Conquistador era natural de Argamasilla y pertenecía á una familia hidalga de Toledo.

(1) El señor José Calcedo Rojas escribió una biografía de Las Casas en el *Repertorio*—Enero, Febrero y Marzo de 1879.

(2) Es curiosa la completa igualdad de su nombre con el del famoso clérigo autor de las ELEGÍAS.

En 1520 sirvió contra los Comuneros de Toledo, bajo las órdenes del Prior de San-Juan, y en 1521 pasó á la Isla Española en los ejércitos reales. Después participó con Rodrigo de Bastidas en la conquista y fundación de Santa-Marta. García de Lerma le dió el título de Capitán de Infantería, y le envió en una expedición, que duró dos años, por el Valle-Dupar, Pocigneyca y el río Magdalena. En seguida acompañó á don Pedro Fernández de Lugo en las correrías que hizo al interior de la provincia de Santa-Marta, y se distinguió como uno de los mejores caudillos. Se alistó en la expedición de Quesada, como uno de los ocho Capitanes principales de la tropa. Sus servicios durante el viaje y subsiguientes campañas fueron muy importantes: en premio de ellos le dieron las encomiendas de Ubaque, Chipaque y Ubatóque. Tuvo empleos importantes en la Colonia, y participó en las expediciones más arduas y trabajosas de la Conquista. Siendo Teniente general de don Luis de Lugo, fué en 1543 á socorrer y reedificar la ciudad de Santa-Marta, que había sido destruída é incendiada por el pirata francés Roberto Baal. Además, hizo algunas entradas en el interior de aquella provincia y redujo algunas tribus alzadas. El primer Presidente del Nuevo Reino de Granada, doctor Venero de Leiva, le nombró también su Teniente general, cargo que desempeñó á satisfacción de todos hasta que fué abolido en 1570.

Fué Céspedes casado con Isabel Romero (una de las cinco primeras mujeres que subieron á Santafé de Bogotá), viuda de uno de sus soldados,—Juan Lorenzo,—que murió ahogado en el río Opón. Tuvo dos hijos varones. Las casas y solar de Juan de Céspedes en Santafé de Bogotá se hallaban en el sitio que ocuparon para fundar el primer convento de San Agustín, al cual se trasladaron después el monasterio é iglesia de San Francisco.

**CÉSPEDES (FRANCISCO).—**Soldado de Belalcázar. Era extremeño y muy valiente; aunque de baja extracción, le dieron encomienda en el distrito de Bogotá, Tunjaque, Mercua y Suaque. Dejó un hijo ilegítimo, llamado Juan Céspedes *el jinete*, porque tenía la profesión de amansador.

**CHINCHILLA Ó CHINESILLA (JUAN).—**Vino en la tropa de Quesada. No se sabe otra cosa de él.

**CIFUENTES (GÓMEZ DE).**—Caballero, hijodalgo de la ciudad de Ávila. Pasó á Santa-Marta con el Gobernador Fernández de Lugo, y subió á la conquista del Imperio Chibcha con el título de Capitán de Infantería. Después de asistir á la fundación de Santafé, fué con Rondón á Tunja, en donde le dieron solar de primer orden, en uno de los cuadros de la plaza (frente al Cabildo), y allí labró casas ostentosas con torre y almenas, las cuales aún subsisten en parte. Fué encomendero de Paipa, y le hicieron Regidor de Tunja repetidas veces. Fué á España con el título de Procurador general del Nuevo Reino de Granada. Casó en Tunja con doña Isabel de Contreras, y tuvo descendencia que se conserva en Tunja.

**COLMENARES (PEDRO DE).**—Era oriundo de las montañas de Carrión de los Condes, y se preciaba de hijodalgo. Su padre servía en los ejércitos reales; entro con los Reyes Católicos en Granada, y se estableció en Málaga en 1587. Pedro fué paje del Arzobispo don Gaspar de Avalos. En 1535 pasó á Santa-Marta con don Pedro Fernández de Lugo, y después de haber servido en aquella provincia, se enganchó con Quesada como simple soldado de á caballo. Se hizo notable en toda la conquista del Nuevo Reino, y tuvo muchos destinos honoríficos; pero su conducta no fué nada hidalga con el Capitán Cardoso, á quien quitó sus encomiendas durante la ausencia de éste en España. Colmenares fué, además, dueño de Bosa, de Soacha y otras encomiendas menores. Casó con doña María de Nava de Olivates, y dejando una familia numerosa y cuantiosos bienes, murió en 1563.

**COLLANTES (JUAN MUÑOZ DE).**—Era natural de Granada, nacido en la Alhambra. Su padre era escudero de don Luís Hurtado de Mendoza y se preciaba de tener noble sangre. Juan Muñoz casó, siendo menor de 25 años, con doña Mencía de Silva, hija del Alcalde de la Alhambra, y en 1520, dejando á su mujer y á sus dos hijas en España, pasó á Indias. En la conquista de Santa-Marta se hizo notable por sus proezas de valor y ánimo varonil; pero estando en Santa-Marta pasó por allí Francisco Pizarro con su expedición conquistadora, y Collantes quiso engan-

chase en ella. Acompañó á Pizarro en la conquista del Perú, y después á Belalcázar en la del Reino de Quito. Continuando su marcha á órdenes de este conquistador, concurrió á la fundación de las ciudades de Pasto, Popayán, Cali, Timaná y otras. Entró en el Nuevo Reino con Belalcázar, y bajo las órdenes de Hernán Pérez de Quesada conquistó gran parte del territorio actual de los Estados de Santander y Boyacá. Fué encomendero de Chía, y varias veces le nombraron Regidor, Alcalde, Contador y Procurador de la Colonia. Trajo de España á su mujer é hijas, pero no tuvo descendencia masculina.

**CORRAL (GÓMEZ DEL).**—Soldado de Quesada. Se estableció en Tunja, pero no se sabe si tuvo descendencia.

**CORREDOR (PEDRO RUIZ).**—No se sabe de qué punto de España era oriundo. Llegó en 1533 á Santa-Marta, en donde sirvió en todas las expediciones más arriesgadas; subió con Quesada y sirvió en toda la Conquista. Era tan bien quisto entre los colonos, que le enviaron á España llevando los primeros tesoros que dió el Nuevo Reino de Granada, y en 1548 se le envió al Perú á socorrer á don Pedro de la Gasca, en sus contiendas con Gonzalo Pizarro. Casó con doña Elvira Pérez de Cuéllar, pero no dejó sucesores á sus encomiendas, que eran Oricata y Nemuza.

**CRUZ (GÓMEZ DE LA).**—Era este conquistador (dice Ocariz) "cristiano viejo y limpio de toda mala raza." Después de servir en las conquistas de la provincia de Santa-Marta, entró en el Nuevo Reino de Granada y estuvo presente en la fundación de Santafé. Fué encomendero de Tibacuy, Checua, y una parte de las tierras de Fusagasugá. Tuvo el empleo de Regidor de Santafé, y después, el de Procurador general, en 1553. Casó con doña Catalina de Quintero, y dejó cinco hijas y un varón.

**CUÉLLAR (JUAN).**—Soldado de Belalcázar. Fué asesinado por los Indios Agataes, quienes se llevaron su cuerpo despedazado como trofeo de guerra, mostrando á los Españoles, desde las cumbres de los cerros en donde se habían guarecido, los miembros mutilados de aquel desgraciado.

DAZA (LUÍS).—Uno de los de la tropa de Belalcázar. Se estableció en Popayán.

DÍAZ (FRANCISCO y SIMÓN).—Eran soldados de la expedición de Quesada. Simón se estableció en Tunja, pero no dejó sucesión conocida.

DÍAZ HIDALGO (JUAN).—Vino con Belalcázar. Fué conquistador de los Panches con Hernando Venegas. Concurrió á la fundación de Tocaima y se quedó de vecino allí. Tuvo algunos cargos honoríficos, y en 1535 fué Gobernador de Quito, en ausencia de Belalcázar. Le llamaban *el rico*, porque era dueño de las minas de oro de Tocaima, que se taparon en tiempo de su hijo, del mismo nombre. Este último había mandado labrar las casas más suntuosas que se vieron en aquel tiempo en todo el Reino; y como era soberbio y orgulloso, y cuando creció el río Bogotá destruyó las casas y se taparon las minas, decía la gente de Tocaima que aquello le había sucedido en castigo de su soberbia.

DOMÍNGUEZ BELTRÁN (ALONSO).—Vino en la expedición de Quesada como soldado. La única hazaña, cuyo recuerdo ha quedado de él, fué la muerte que hizo del infeliz Zipa de Bogotá, Tisquesusha. Habiéndose éste ocultado en una casa en los alrededores de Facatativá, huyendo de los Españoles, éstos tuvieron el denuncio del sitio en que estaba; rodearon la casa, y como el Indio tratase de escapar, Domínguez, que estaba de centinela, le atravesó con una ballesta, por equivocación, pues no sabía que aquél fuese el Zipa.

ESCALANTE (HERNANDO DE).—Vino con Quesada. Estuvo en la fundación de Tunja, y fué el primer Alguacil de aquella ciudad.

ESQUIVEL (ANTÓN DE).—Subió á Santafé de Bogotá con Federmann. Se estableció en Tunja y fué encomendero de Toca.

ESPINOSA (DIEGO DE).—Soldado de la expedición de Federmann. Se avercundó en Mariqnita.

**ESPINOSA (GASPAR DE).**—Era oriundo de Medina del Campo, en la provincia de Valladolid. Pasó á Nuestra Señora de la Antigua con el Gobernador del Darién, don Pedro Arias Dávila, y fué nombrado Alcalde mayor de aquella ciudad. Tuvo parte activa en las persecuciones que el Gobernador hizo á Núñez de Balboa, acabando por condenarle á muerte por orden de Pedrarias. Nombrado después Teniente del Gobernador, Espinosa salió á la cabeza de varias expediciones contra los naturales del Darién, manifestándose tan cruel con los Indios, como injusto había sido con Balboa. Por mandato de Pedrarias fundó la ciudad de Panamá, en 1518, al pie de un cerro llamado *el Ancón*, en donde hoy se encuentran las ruinas de Panamá viejo, á seis millas de la ciudad nueva (trasladada allí en 1670). También fué el fundador de una ciudad denominada Natá (hoy día convertida en aldea), en el departamento de Coclé, cerca del río Chico y sobre el golfo de Parita, y descubridor del golfo de Nicoya (en la República de Costa-Rica). En aquellas exploraciones y conquistas Espinosa reunió un gran caudal, con el cual fué á España, en donde, merced á sus riquezas y generosidad, obtuvo una alta posición en la Corte. Nombrado Oidor en Santo-Domingo, volvió á las Indias, pasó á Panamá y de allí al recién descubierto Perú, pues había ayudado con sus caudales á la expedición de Pizarro y Almagro, y tuvo el mayor interés en que se aviniesen estos dos Conquistadores; pero á pesar de sus esfuerzos no lo logró; y murió por último en el Cuzco, en 1537, no se sabe á qué edad, ni tampoco si dejó descendencia.

**FERNÁNDEZ (ANTONIO).**—Era de nacimiento portugués y soldado de Quesada. Se avecindó en Vélez, y no dejó sucesión.

**FERNÁNDEZ (FRANCISCO).**—Subió con la expedición de Quesada y ayudó en la fundación de Vélez, en donde le hicieron Regidor. Se le encomendó la fundación de una ciudad en el valle Hacarí, que llamó Santa-Ana, el 26 de Julio de 1571. Permaneció aquella población en Hacarí hasta que fué abandonada para ir á crearla más lejos con el nombre de Ocaña, que hoy día subsiste bastante próspera y cuenta más

de 6,000 habitantes. Su clima es templado ( 22 gr. cent ).

Francisco Hernández quiso descubrir por Pamplona una vía por tierra para ir hasta Santa-Marta; pero aunque lo logró, era aquel país tan difícil de transitar, que tuvo que abandonar la empresa.

Este conquistador casó con Isabel de Rojas, y sus hijos obtuvieron el privilegio de cobrar el portazgo de Ocaña, que les daba crecida renta.

**FERNÁNDEZ GIRONDA (GONZALO).**—Fué uno de los conquistadores de Cartagena, con don Pedro de Heredia, y compuso la historia de aquellas campañas, las que consultó el cronista Castellanos, según él mismo lo refiere. Vino al Nuevo Reino con Quesada y se estableció en Santafé.

**FERNÁNDEZ (JUAN).**—Soldado portugués de la expedición de Quesada. Se estableció en Tunja, y no dejó descendencia.

**FERNÁNDEZ (MARCOS).**—Era Español y jinete en la expedición conquistadora del Imperio Chibcha. Fué uno de los primeros Regidores de Tunja, en donde acabó sus días.

**FERNÁNDEZ VALENZUELA (PEDRO).**—Era de cuna hidalga, nacido en Córdoba, primo de Hernán Venegas, Carrillo Manosalvas, y pariente de Martín Yáñez Tafur. Vino de Santa-Marta con Quesada, quien le encargó buscarse en torno de la sabana de Bogotá un sitio propio para edificar una ciudad. Halló uno al gusto de Quesada, al pie de los cerros llamados después Monserrate y Guadalupe, y en una suave ladera llamada Teusaquillo, en donde el Zipa tenía sus casas de recreo. Allí fundó Quesada la ciudad que llamó Santafé de Bogotá.

Este Capitán Valenzuela fué el primero que, con Díaz Cardoso, descubrió las minas de esmeraldas de Somondoco, las cuales trabajaban los Indios con palas de madera. Después acompañó á Galiano en la conquista de los Indios Chipataes, á quienes trató con suma inhumanidad. Al cabo de algunos años, Valenzuela regresó á España, y sin duda arrepentido de las malas acciones que había cometido, se ordenó, y acabó su vida en el recogimiento y la soledad, llorando sus pecados y faltas.

**FIGUEREDO (FRANCISCO DE).**—Era portugués, natural de la Guarda, de familia distinguida en su patria. Pasó á España y vino á Santa-Marta con el Doctor Infante, y después de estar en las conquistas de la Costa subió con Quesada á la sabana de Bogotá. Presenció las fundaciones de Santafé, Pamplona, Tocaima y Mariquita. Se radicó en la primera; pero aunque tenía encomienda, no dejó de participar en las expediciones importantes que tuvieron lugar en el Nuevo Reino de Granada hasta su muerte, acaecida en 1570. Casó con doña Enfrasia de Santiago, la cual le heredó sus bienes, no habiendo dejado descendientes.

**FIGUEREDO (MELCHOR RAMÍREZ DE).** Pasó á Venezuela, en donde tomó servicio con Federmann, y vino con él á Santafé de Bogotá. Estuvo presente en la fundación de Vélez, y allí se estableció.

**FLAMENCO (ANTÓN).**—Soldado de Federmann: tuvo encomienda en el distrito de Santafé, pero no se sabe más de él.

**FRANCO (DIEGO).**—Vino de Venezuela con Federmann—Fué encomendero en el distrito de Vélez. No tuvo sucesión, aunque fué casado.

**FRÍAS (JUAN DE).**—Soldado de Quesada. No se sabe en dónde se avecindó.

**FUERTE (JUAN).**—Era natural de Astorga, en España. Vino á la provincia de Paria, en donde en un encuentro con los Indios recibió trece heridas de flechas y macanas; luego que se hubo curado se enganchó en la expedición de Federmann. Servía como baquiano y era hombre corpulento, de grandísimas fuerzas y ánimo audaz. Fué suya la rica encomienda de Facatativá, la cual abandonó por haber sido nombrado Gobernador de los Moquiguas y Valle de la Plata. Después paso al Perú, dice Rodríguez Fresle, y allí casó con una princesa real de la familia del Inca, y tuvo descendencia; pero Ocariz dice que no tuvo hijos. Murió en 1584.

**GALLEGOS (HERNANDO).**—Vino á Venezuela con Ampués, en 1527, y presenció la fundación

tan inicuaente, que éstos, exasperados, resolvieron darle muerte en primera ocasión, lo cual llevaron á cabo sacrificándole con seis Españoles más que le acompañaban.

**GASCÓN (JUAN).**—Este conquistador sirvió primero en Guatemala, y vino á Quito con don Pedro de Alvarado; se quedó con Belalcázar, y en su compañía estuvo en toda la conquista del Valle del Cauca y Neiva, y llegó al Nuevo Reino, con su General, en 1539. Se quedó con Hernán Pérez de Quesada; fué uno de los fundadores y pobladores de Tunja, y murió á manos de los Indios Muzos.

**GONZÁLEZ (BARTOLOMÉ).**—Vino con Federmann, después de haber sido conquistador de Venezuela, y se estableció en Vélez.

**GÓMEZ (ALONSO HIEL DE LA TIERRA Y SEQUILLO).**—Vino en la tropa de Quesada. Fué uno de los más valerosos soldados y también de los más crueles que redujeron á los Indios Agataes. Después de aquellas campañas se estableció en Tunja.

**GÓMEZ (FRANCISCO DE FERIA).**—Soldado de la expedición de Quesada. Se radicó en Santafé.

**GÓMEZ (HERNÁN CASTILLEJO).**—Era natural de Córdoba y soldado de los de Quesada. Fué encomendero en Suesca, y no tuvo sucesión.

**GÓMEZ DE OROZCO (PEDRO).**—Valiente soldado de la expedición de Quesada. Tuvo encomiendas en Pamplona y Tunja.

**GÓMEZ PORTILLO (JUAN).**—Natural de Portillo, cerca de Toledo. Era casado en España con Catalina Martín, y tenía una hija, cuando pasó como Capitán aventurero á Santa-Marta. Subió al Nuevo Reino con Quesada, quien le dió el repartimiento de Usme. Habiendo hecho un viaje á España, trajo á su familia, y dejó heredera de la encomienda á su hija Juana Bautista Gómez Portillo.

**GÓMEZ FERNÁNDEZ (N).** Este fué conquistador de los Chocoes. Siendo vecino de Anserma, pidió

licencia para ir á descubrir el Dorado de Dabalbe. Después de una expedición descubridora, sin haber logrado encontrar los tesoros que solicitaba, fué á España, en donde le nombraron Gobernador del Chocó; pero murió en Cartagena al regresar.

**GORDO (JUAN).**—Soldado de Quesada, que, contraviniendo á las órdenes de éste, que prohibían se tomase nada á los naturales contra su voluntad, fué mandado ejecutar por el General, como ladrón, en la población indígena de Suesca.

**GRASO (JUAN BAUTISTA).**—Llegó con Quesada, y después de haber servido en la Conquista largos años, se retiró á Tocaima, en donde tenía una encomienda.

**GUEMES (JUAN DE).**—Soldado de la expedición de Jiménez de Quesada. Diéronle en recompensa de sus servicios en la Conquista la encomienda de Subachoque. No tuvo descendientes.

**GUTIÉRREZ APONTE (PEDRO).**—Pasó á la Isla Española, se casó allí con Luisa Vásquez de Miranda, y después fué á buscar aventuras en Santa-Marta. Allí se enganchó en la expedición de Quesada. Concurrió á la conquista de la provincia de Vélez, y se radicó en aquella ciudad.

**GUTIÉRREZ VALENZUELA (JUAN).**—Subió á las mesetas y á la sabana de Bogotá en la Expedición conquistadora. Ayudó á conquistar á los Indios Chipataes, y se avecindó en Vélez.

**HARO (GARCÍA CALVETE DE).**—Soldado de Federmann. Se estableció en Vélez, provincia que ayudó á conquistar.

**HERNÁNDEZ BALLESTEROS (FRANCISCO).**—**HERNÁNDEZ (PEDRO).**—**HERNÁNDEZ LEDEZMA (ALONSO).**—Estos tres soldados de la expedición de Quesada participaron en la conquista de Vélez y vivieron en aquella ciudad, en donde les dieron encomiendas.

**HERNÁNDEZ DE LA ISLA (MARTÍN).**—Era natural de las Islas Canarias. Pasó á Santa-Marta, y como miembro de la expedición conquistadora de Quesada sirvió en todas las campañas de la época. Se radicó en Tunja.

**HERNÁNDEZ DE LEÓN (BARTOLOMÉ).**—**HERNÁNDEZ DE MADRIGAL (DIEGO).**—Estos fueron dos soldados de Federmann que se quedaron en el Nuevo Reino. El primero se radicó en Vélez, y el segundo en Santafé de Bogotá.

**HERREÑO (BARTOLOMÉ).**—Vino con Federmann, y después de haber participado en la conquista de los Indios que poblaban lo que hoy día compone los Estados de Santander y Boyacá, murió á manos de los Guanes, que le sacrificaron junto con un hijo.

**HERREÑO (GERÓNIMO HERNÁNDEZ).**—Se cree que vino con el anterior y era pariente suyo. Se radicó en Vélez.

**HIGUERAS (N.).**—Vino con Quesada, y no se sabe nada más de él.

**HINOJOSA (JUAN RAMÍREZ).**—Soldado de Quesada. Se radicó en Tocalma, en donde tenía repartimiento, y no tuvo hijos varones, aunque fué casado.

**HOLGUÍN DE FIGUEROA (MIGUEL).**—La familia de este apellido, dice Ocariz, es de origen francés. Vino á Paria con Gerónimo de Ortal, en 1530. Castellanos dice que fué virtuoso, valiente, “varón en paz y en guerra de consejo;” enemigo de toda injusticia y muy caritativo y religioso. Durante el tiempo que estuvo en Venezuela acompañó al conquistador Herrera en su expedición por el Uripare y el Orinoco; entrando en la provincia de Maracapana, fundó la ciudad de San-Miguel; tomó parte en la expedición descubridora de Alfínger, y de regreso á Coro se enganchó bajo las órdenes de Federmann como Sargento Mayor, y con él subió á Santafé de Bogotá. Acompañó á Rondón á Tunja, y allí le dieron la encomienda de Tibabosa y otras. Casó dos veces, y sin duda tuvo descendencia, aunque no lo dicen los cronistas.

**HUETE (DIEGO DE).**—Vino con Federmann, de Venezuela, en donde había militado, y se estableció después en Vélez.

**HYTO (GARCÍA DEL).**—Soldado de Quesada. Vivió en Tunja y no tuvo descendencia.

**IGARTE (MARTÍN).**—Pertenece á la tropa que vino de Santa-Marta. Se radicó en Tunja, pero no tuvo familia conocida.

**INSÁ (GERÓNIMO DE).**—Vino en calidad de Capitán de Gastadores en la tropa de Quesada. Se hizo notable en la Conquista. Le hicieron primer Alcalde de Santafé, y después de concurrir á varias expediciones conquistadoras murió en Santa-Marta, en 1543, dejando su fortuna para obras pías.

**JUNCO (JUAN DEL).**—Era asturiano, y pasó á Santo-Domingo á buscar fortuna; estaba allí cuando don Pedro de Heredia, á fines de 1532, se detuvo en aquel lugar para preparar la expedición que debía dar por resultado la conquista de la provincia de Cartagena. Juan del Junco tomó servicio con él y estuvo en la fundación de Cartagena y conquista de una parte de la provincia. Castellanos dice que Juan del Junco murió allí en un combate con los indígenas; pero Piedrahita afirma que pasó en 1535 á Santa-Marta, llevando tan buena reputación de valor y pericia militar, que fué nombrado segundo en el mando,—á falta de Gonzalo Jiménez de Quesada,—en la expedición conquistadora de las mesetas é Imperio de los Chibchas. Según varios cronistas, fué Regidor en Tunja; pero no tenemos noticia de su suerte ulterior.

**LADRÓN DE GUEVARA (DOMINGO).**—Era natural del pueblo de Arrieta en Álava. Vino al Nuevo Reino en la expedición de Quesada. En Santafé, en donde se radicó, obtuvo buen repartimento y encomiendas, y fué Procurador general y Mayordomo. Fué á la conquista de los Llanos con Juan de Avellaneda. Casó con doña Catalina de Figueróa, y dejó numerosa descendencia.

**LAÍNZ (GERÓNIMO DE).**—Subió al Nuevo Reino de Granada como Capitán de macheteros y gastadores de la expedición, y prestó muchos servicios en la Conquista.

**LANCHERO (LUÍS).**—Era de linaje distinguido, y tomando la carrera de las armas desde muy joven subió al grado de Capitán de Guardias del Emperador Carlos V, en cuyo puesto se halló en el saqueo de Roma (1527) con el Condestable de Borbón. Contaba que un Santo-Cristo que tenía y que llevaba siempre consigo, era regalo de los Cardenales á quienes había defendido en la entrada de Roma, impidiendo que el ejército les ultrajase. En 1533 Lanchero abandonó el ejército español, y, llevado por la pasión de buscar aventuras, que era la enfermedad de la época, pasó á Venezuela con Géronimo de Ortal, y concluidas desgraciadamente aquellas campañas, tomó servicio con Federmann, á quien acompañó hasta coronar los Andes y llegar á Santafé de Bogotá. Fué siempre persona de muchas campanillas y gozó de los primeros puestos en la Colonia; era vivo, de genio pronto y arrebatado, pero tan noble que, después de que don Miguel Díez de Armendáriz le persiguió cruelmente, él le protegió, cuando á su vez el Visitador estuvo en desgracia, y hasta le costeó el viaje á España, en donde pudo justificarse, merced al apoyo de Lanchero. Además de servir muchos empleos civiles, Lanchero estuvo en la mayor parte de las campañas conquistadoras de su tiempo. Fundó en 1559 la ciudad de Trinidad de los Muzos (hoy día Muza). Aunque fué casado, no dejó sino una hija, que casó en España y está enterrada en Simancas. Lanchero murió en Tunja en 1562.

**LEBRIJA (ANTONIO DE).**—Era natural de Alcántara y descendiente del cronista del mismo nombre, que floreció en España en el siglo XV, y cuyas obras son muy conocidas. Tomó servicio en la expedición de Quesada y concurrió á todas las contiendas de la Conquista. Era Tesorero del ejército, y muy apreciado por su valor y prendas morales. Escribió, en unión del Capitán San-Martín, una relación de la conquista del Nuevo Reino, en 1540, obra que dedicó al Empe-

rador Carlos V cuando volvió á España á acabar sus días. (1)

LESCANEZ, LESCAMÉS Ó LEGASPÉS (JUAN DE) (2).—Sacerdote.—Capellán con fray Domingo de Las Casas, de la tropa de Quesada. Era oriundo de Moratalla. Fué el segundo Cura de Tunja, y tuvo gran parte en la conversión de los indígenas vecinos de aquella ciudad.

LIMPIAS (PEDRO DE).—Este conquistador vino con Ampués á Venezuela, en 1525, y después sirvió en calidad de *baquiano* con Alfínger en sus expediciones descubridoras. Se enroló en 1534 en las tropas de Federmann, y llegó al Nuevo Reino en calidad de explorador y baquiano, manifestando en aquella campaña todas las cualidades que demandaba tan delicado encargo. Regresó á la Costa con Federmann, y de allí pasó á la Española, en donde vivía su mujer y tenía su familia. Dice Castellanos que llevaba muchas riquezas, y pensaba terminar sus días tranquilamente en el seno de su familia. Pero el demonio de las aventuras le inspiraba, y no pudo resistir al deseo de volver á Venezuela, donde, bajo las banderas de Felipe de Utre, emprendió jornada, en 1541, en busca del fabuloso Dorado. En esta expedición Limpias se manejó villanamente, pues vendió á su caudillo, entregándole al intruso Gobernador Juan de Carvajal, el cual le hizo asesinar á machetazos. Limpias continuó al lado de Carvajal, y con él echó los fundamentos de la ciudad del Tocuyo (Venezuela), el 7 de Diciembre de 1545. Después de la muerte desastrosa de Carvajal, parece que Limpias se estableció definitivamente en la nueva ciudad del Tocuyo.

LÓPEZ (DIEGO y JUAN).—Soldados de la expedición de Quesada. Se quedaron en Tunja, en donde obtuvieron repartimientos.

(1) Esta relación se encuentra en el "Ensayo sobre la antigua Cundinamarca," colección de Termaux-Compans, regalada á la Biblioteca nacional de Bogotá por el General Joaquín Acosta.

(2) De todos estos modos le llaman los historiadores y cronistas de la Conquista.

**LÓPEZ (GIL)**. — Vino como soldado de caballería de la tropa conquistadora de Quesada, y al mismo tiempo tenía el empleo de Escribano.

**LÓPEZ DE MONTEAGUDO (PEDRO)**. — Pertenecía á la expedición que vino de Santa-Marta. Fué encomendero de Curbitá.

**LORENZO (JUAN)**. — Soldado animoso de la expedición de Quesada. Murió devorado por un caimán en el río Opón, cuando lo atravesaba nadando para llevar cuerdas al otro lado y formar un puente sobre el cual había de pasar el resto de la tropa. Su viuda casó con el Capitán Céspedes.

**LOZANO (FRANCISCO)**. — Vino con Quesada al Nuevo Reino de Granada; pero no se sabe en dónde se radicó.

**LOZANO (DOMINGO)**. — Fué soldado en los ejércitos reales y estuvo en el saqueo de Roma con el Condestable de Borbón. Vino con Federmann. Fué, por orden del Oidor Galarza, á fundar á Ibagué, en el Valle de las Lanzas, en 1550. Se ávecindó en aquel lugar y estableció su familia. Un hijo suyo de su mismo nombre pereció en 1572 á manos de los Indios Paeces.

**LUJÁN (ANTÓN DE)**—Vino del Perú con Belalcázar, y después de haber participado en todas las conquistas de Popayán &c, se estableció en el Nuevo Reino de Granada, pero no se sabe en qué punto.

**MACÍAS (GONZALO)**— Conquistador de los de Quesada. Había tenido parte en las reducciones de los naturales de la Costa y Valle-Dupar. Le dieron encomienda en Tunja, en donde se estableció con su mujer, Juana Moreno de Figueroa, y dos hijas que tuvo. Salió como Capitán de Infantería en busca del Dorado, con Gonzalo Jiménez de Quesada, y murió en la jornada.

**MADRID (PEDRO y PEDRO DAZA)**.—Padre é hijo—Estos dos conquistadores, después de servir en todas las jornadas de Santa-Marta, se engancharon con Quesada y subieron al nuevo Reino de Granada:

pero los cronistas no dicen si se establecieron en el país. Pedro (el padre) tenía fama de saleroso entre los conquistadores, y siempre le buscaban en el campamento para que les distrajera con sus chistes ó historietas graciosas.

**MALDONADO (ARIAS DE).**—De origen distinguido. Sirvió en la conquista del Perú y en la Gobernación de Popayán; vino á Santafé con Belalcázar. Le dieron las encomiendas de Sora, Tinjacá y Gámezá. Dejó numerosos descendientes.

**MALDONADO (BALTASAR).**—Había sido paje de don Francisco Alvarez de Toledo, duque de Alba: era oriundo de Salamanca y de familia hidalga. Ayudó en las conquistas del Perú y del Reino de Quito, y acompañó á Belalcázar en sus jornadas hasta el Nuevo Reino, en donde se quedó. Desde entonces su nombre se encuentra á cada paso en las crónicas de la época, pues concurrió á todas las expediciones más arriesgadas que se llevaron á cabo en el país. Desterrado por Díez Armendáriz y confiscados sus bienes, pasó al Perú á quejarse al Virrey La Gasca, y se halló en el sitio de Xaquijaguana y en la rendición de Gonzalo Pizarro. Concluida la residencia de Armendáriz, Maldonado regresó al Nuevo Reino, en donde recuperó sus encomiendas,—Duitama, Cerinza y otras,—y acompañó á varias partes al Obispo Juan de los Barrios, como Visitador de los Indios; y por último, después de haber tenido honrosos empleos, se avecindó en Tunja, en donde casó con doña Leonor de Carvajal, cuñada de Jorge Robledo, y murió en la fuerza de la edad, en 1552, dejando hijas pequeñas.

**MALDONADO DORADO DEL HIERRO (FRANCISCO).**—Caballero hidalgo, natural de Ampuero. Pasó de España al Nuevo Mundo en 1523, y sirvió con Jorge de Espira y después con Federmann, con quien vino por los Llanos hasta Santafé. Concurrió á la fundación de Tunja y á la pacificación de los Indios Muzos y Panches, á su costa, con armas y caballos propios. En todas las expediciones que emprendía gastaba su dinero en sostenerlas. Empezó su marcha hacia el Perú, cuando La Gasca pidió auxilio, pero

se devolvió del camino al saber que yá estaban vencidos los rebeldes. Hizo viaje al Cauca, con gente armada propia, á atacar al rebelde Alvaro de Hoyón. Su casa parecía un parque y un cuartel, en donde se formaban en el ejercicio de las armas los jóvenes que tomaba á su cargo. Fué casado con una dama de clara alcurnia, doña Ana de Ávila, y dejó un solo hijo varón.

**MANCHADO (ALONSO).**—Soldado de la expedición de Quesada. Vivió pobre y murió ciego en Tunja, en donde se había radicado.

**MANJARRÉS (LUÍS DE).**—Este fué uno de los conquistadores más activos y beneméritos. Pasó á Indias muy joven, y se formó en la provincia de Santa-Marta, en los repetidos encuentros con los Indios. Salíó en la flotilla que naufragó en el Magdalena y que pertenecía á la expedición de Quesada. Continuó con éste en su viaje de descubrimiento hasta conquistar el Imperio Chibcha. Bajó en seguida á la Costa, y en 1543 fué nombrado Gobernador de Santa-Marta. En 1544 mandó fundar la ciudad de Tamalameque, y al año siguiente la de La Ramada ó Salamanca (esta última no subsistió). Durante muchos años hasta su muerte, gobernó Manjarrés la provincia de Santa-Marta, con varia fortuna, y siempre librando batallas á los Indios por tierra y á los piratas franceses é ingleses por mar.

**MATEOS (JUAN MARCOS y ALONSO).**—Soldados de la tropa de Federmann, que se avecindaron en Tunja.

**MARTÍN (ALONSO).**—Era de origen portugués. Sirvió con mucho lucimiento en las campañas de la provincia de Santa-Marta, y vino al Nuevo Reino con Quesada, en calidad de baquiano. Apenas hubo llegado al Imperio Chibcha, cuando aprendió en breve los dialectos de los indígenas, de manera que podía entenderse con éstos en su propia lengua, con lo cual sirvió muchísimo en la obra de la conquista. Martín se avecindó en Tunja, pero no dejó sucesión.

**MARTÍN HINIESTA (DIEGO).**—Soldado de la tropa de Quesada, cuya suerte ulterior se ignora.

**MARTÍNEZ (DIEGO).**—Capitán en la tropa de Federmann. Se cree que se volvió á Venezuela.

**MARTÍNEZ (FRANCISCO).**—Vino en la tropa de Quesada. En premio de sus servicios le dieron en Tunja la encomienda de Viracachá. No dejó sucesión.

**MEDRANO (FRANCISCO).**—Subió al Nuevo Reino con Quesada, y se avecindó en Santafé, pero no dejó sucesión conocida.

**MELO (GERÓNIMO DE).**—Conquistador y descubridor de toda la parte baja del Magdalena hasta Malambo. Murió en Santa-Marta, en 1530.

**MÉNDEZ (BERNABÉ).**—Llegó al Nuevo Reino con Federmann y se avecindó en Tocaima, y fué uno de sus primeros pobladores.

**MÉNDEZ (GASPAR).**—Soldado de la tropa de Quesada. Le dieron la encomienda de Tensacá, en el distrito de Santafé.

**MELGAREJO (JUAN RODRÍGUEZ GIL).** Natural de Sierra-Morena. Vino al Nuevo Mundo como paje de Juan Ponce de León. Dejó á este caudillo y fué á tomar servicio en Santa-Marta; se enganchó en la expedición de Quesada y subió al Nuevo Reino, en donde sirvió en la Conquista.

**MESTANZA (FRANCISCO DE).**—Vino de Santa-Marta con Quesada. Parece que este conquistador fué uno de los más crueles con los Indios, puesto que por dos veces le quitó el Gobierno de la Colonia sus encomiendas,—primero la de Pesca, y después la de Cajicá,—dando por motivo lo mal que trataba á los indígenas. Después se fué á vivir á Mariquita, en donde le dieron repartimiento, y allí se radicó definitivamente.

**MIRANDA (CRISTÓBAL DE).**—Soldado de Federmann. Estuvo en la jornada del Dorado con

Gonzalo Jiménez de Quesada, y gastó seis mil pesos de oro en ella. Se casó, pero no dejó familia.

**MOLINA (PEDRO DE).**—Sirvió en su primera juventud en los ejércitos del Emperador, en Italia, después pasó á Santo-Domingo, y de allí vino á Santa-Marta con García de Lerma. Disgustado en aquella plaza, fué á Venezuela y tomó servicio con Alfínger, y al regreso se enganchó con Federmann y con éste subió al Nuevo Reino. En seguida fué al Dorado con Hernán Pérez, y después ayudó á la fundación de Tocaima, en donde se avecindó. Dejó un hijo mestizo que le heredó.

**MONTERO (HERNANDO).**—Soldado de Federmann y el primero que entró en Santafé, como posta de su General, para tratar con Quesada. Después se avecindó en Tocaima.

**MONTAÑÉS (JUAN).**—Sirvió en la Conquista del Imperio Chibcha, y después de fundada la ciudad de Tunja tuvo allí repartimiento; pero no dejó sucesión.

**MONTOYA (FRANCISCO DE).**—Vino con Quesada. Asistió á la fundación de Tocaima, y se estableció allí.

**MONTALVO (JUAN DE).**—Natural de Toledo. Pasó á Santo-Domingo, se casó con doña Elvira Gutiérrez, y fué á buscar fortuna en Santa-Marta; allí se enganchó en la expedición de Quesada, y asistió á todas las contiendas con los Indios como oficial inferior. Una vez que adquirió alguna hacienda, bajó á la Costa, y mandó llamar á su mujer y la trajo á Santafé en la expedición de Lebrón. Elvira Gutiérrez fué la primera que amasó pan en Santafé, y una de las primeras cinco mujeres que se animaron á subir hasta la Sabana. (1) Montalvo era muy respetado entre los conquistadores, y sobrevivió á todos. Siendo yá muy

(1) Los nombres de las otras cuatro mujeres fueron: Isabel Romero (que casó con el Capitán Céspedes), Catalina de Quintanilla, Leonor Gómez y María Díaz (sobrina de la anterior), que vivió hasta los 110 años.

anciano, le nombraron Gobernador de la Palma. Murió en Santafé el 22 de Septiembre de 1597, y está enterrado en la iglesia de la Concepción, debajo del altar de Santa-Ana, para cuyo sostenimiento dejó una capellanía.

**MONSALVE (FRANCISCO).**—Oriundo de una familia hidalga de Zamora. Después de haber asistido á varias jornadas conquistadoras, tomó servicio con Federmann y vino con él á Santafé. Acompañó á Rondón en la fundación de Tunja, y tuvo allí varias encomiendas y solar en la ciudad, de la que fué Regidor y Alcalde ordinario varias veces. Casó con doña Catalina de Pineda, y dejó dos hijas que heredaron sus haciendas. Murió en 1564.

**MONROY (CRISTÓBAL ARIAS DE).**—Era natural de la villa de Almodovar del Campo. Vino en calidad de simple soldado en la expedición de Quesada. Diéronle las encomiendas de Machetá y Titiribí, y se avecindó en Santafé, en donde se casó y tuvo una hija. Monroy bajó á la Costa, asistió á la primera fundación de Richacha (con el nombre de *Ciudad de los Remedios*), en 1545, y sirvió en varias expediciones importantes.

**MORALES (ALONSO DE).**—**MORATÍN (BALTASAR DE).**—Ambos fueron soldados de la expedición de Quesada, y se avecindaron en Tunja.

**MORENO (ALONSO).**—Vino con la expedición de Federmann, después de haber asistido á varias campañas en Venezuela; pero se ignora en dónde se estableció.

**MOYANO (MIGUEL SECO).**—Era oriundo de Cabeza-de-Buey, en España, en la provincia de Extremadura. Subió en calidad de soldado al Nuevo Reino, y estuvo en la fundación de Vélez. Allí le hicieron primer Alguacil mayor, y le dieron las encomiendas de Agatá, Pajá y otras. Pero habiendo tratado mal á los Indios tributarios, éstos se levantaron contra él y le asesinaron. No tuvo sucesores legítimos.

**MUÑOZ (MIGUEL).**—Era Capitán en la tropa de Belalcázar, y se distinguió particularmente en las excursiones conquistadoras que hizo este General por el Valle del Cauca. Por orden de Belalcázar fundó la ciudad de Cali, el 25 de Julio de 1536.

**NAVARRO (HERNANDO Y PABLO).**—Ambos soldados valerosos. El primero vino al Nuevo Reino con Quesada, y el segundo llegó de Venezuela con Federmann, y fué uno de los primeros fundadores de Tocaima.

**NOVILLERO (N.)**—Soldado de Quesada. Se estableció en Mariquita, en donde se distinguió en las contiendas con los Indios Gualíes.

**NIETO (CRISTÓBAL GÓMEZ).**—Era natural de Villabuena, en España. Vino á Venezuela en 1534. Después de haber participado en las arduas expediciones de Alfínger y otros, se enganchó con Federmann y subió al Nuevo Reino. Estuvo en la fundación de Tunja, y ayudó en la colonización de Guatavita, Ubaté, Simijaca, Fusagasugá, Tocaima, Ibagué y Mariquita. Con el Capitán Maldonado concurrió á la jornada del Palenque, en donde estuvo á punto de perecer, herido por gran número de flechazos, después de ver morir á veintidós soldados que había llevado por su cuenta. Obtuvo ricas encomiendas como premio de sus servicios. Fué casado con doña Leonor Silva Collantes, y dejó cuatro hijos de su matrimonio.

**NUÑEZ CABRERA (PEDRO).**—Subió al Nuevo Reino con Quesada, y después de haber concurrido á la conquista de los Chipataes, le dieron la encomienda de Bonza, en el distrito de Tunja.

**NUÑEZ PEDROSO (FRANCISCO).**—Tenía el grado de Capitán en la tropa de Quesada. Asistió con incimiento á todas las contiendas con los Indios, desde la época de la Conquista hasta 1551, en que pidió licencia para fundar una ciudad en la banda izquierda del Magdalena, cerca de la tierra que habitaban los Indios Gualíes. Le concedieron el permiso, y buscando un sitio ameno en tierras del cacique Marquetá, fundó

allí una ciudad el 28 de Agosto de aquel mismo año, bajo la advocación de San-Sebastián, á quien solían encomendarse los heridos de flechas envenenadas. Años después trasladaron la población á las inmediaciones del río Guali, y la llamaron Mariquita, unos dicen que por corrupción de Marquetá, y otros por llamarse Mariquita una de las Indias que llevó Gonzalo Jiménez de Quesada entre su servidumbre, cuando fué á fundar segunda vez la ciudad.

OLAYA (ANTONIO SORIANO DE).—Era natural de la villa de Balajar, en España. Entró en la carrera de las armas y pasó á Italia en los ejércitos españoles. Habiendo vuelto á España, se enganchó en Córdoba con la tropa que comandaba Juan Ruiz Orejuela, á cuyas órdenes y con el título de Alférez Mayor pasó á Santa-Marta, en 1535, en la armada de don Pedro Fernández de Lugo. Sirvió en la conquista de los Indios de la provincia de Santa-Marta, yendo como caudillo en algunas de ellas. Vino en el ejército de Quesada al Nuevo Reino, y en un combate sacó diez heridas de flecha. En unión del Capitán Céspedes descubrió la sierra de Opón. En una excursión los Indios le hirieron gravemente en el brazo de la rodela, y por este motivo quedó al sitio el nombre de *Valle del Alférez*. Después de su arribo al Imperio de los Chibchas estuvo sin cesar ocupado en excursiones, y tuvo gran parte en la reducción de los naturales; salió contra los Panches; descubrió el Valle de Neiva con Hernán Pérez; se aprestó para ir en socorro del Virey del Perú y contra Alvaro de Hoyón, y después contra el tirano Aguirre. Fué dueño de la encomienda de Bogotá (hoy día Funza); hicieronle Regidor perpetuo de Santafé, Alférez Mayor del estandarte real, y tuvo otros empleos que prueban el aprecio en que le tenían. Casó en las islas Azores con doña María de Orrego, de familia noble de Portugal, y aunque tuvo cuatro hijos, éstos murieron solteros, y su hija doña Gerónima le sucedió en la encomienda. El edificio de Santo-Domingo en Santafé se encuentra en el sitio donde tenía sus casas el Alférez Antón de Olaya.

OLAYA HERRERA (ALONSO DE).—Dicen los cronistas que este conquistador era oriundo de

la villa de Agudo, del Maestrazgo de Calatrava, y de familia hijodalga. Su padre se llamaba Benito López Herrera, y su madre doña Olaya, á quien habían puesto el apodo de *la rica*. Siendo niño el futuro conquistador, las gentes del lugar le llamaban "*Alonso el de la Olaya*," y al fin le quedó por apellido el nombre de su madre. En 1534 Alonso, que ya era casado y padre de familia, resolvió dejar á su mujer y familia en España, y pasar á Venezuela con Jorge Espira. En Coro se enganchó con Federmann, y en su compañía vino al Nuevo Reino, donde se quedó. A poco de estar en Santafé se rebelaron los Indios de Simijaca, y el General Hernán Pérez comisionó á Olaya para que fuese con el Capitán Céspedes á someterles. Los aborígenes se habían hecho fuertes en un peñón de difícil acceso, y desde allí se defendían briosamente. Olaya, sin embargo, sin arredrarse, resolvió apoderarse del sitio, y subió arrebatadamente por la peña arriba; los Indios se defendían arrojándole piedras, é iba ya él por la mitad de la cuesta, cuando una piedra cayó encima y le arrastró por el precipicio abajo; rodó más de cien metros sobre el abismo, pero cayó sobre las ramas de algunos árboles, lo cual minoró el golpe, pero se le despedazó una pierna. Después de dos años de sufrimientos se levantó, pero cojeando y quedándole el apodo de *cojo*. El sitio ha guardado su nombre, y hasta el día se llama Salto de Olaya. Pero si Olaya había quedado baldado, no por eso perdió los bríos. No bien pudo andar, cuando emprendió una serie de excursiones conquistadoras por Tocuma, Pamplona y Mariquita, y á su costa fué á pacificar á los Indios de Bitúma, lo cual llevó á cabo con tan buen éxito, que no tuvo que derramar ni una gota de sangre. Después pasó á someter á los habitantes del actual departamento de la Palma, y una vez pacificado todo el territorio entre Honda y la sabana de Bogotá, se ocupó, en unión de Hernando de Alcocer, en abrir á su costa camino entre aquellos dos puntos (32 leguas), fundando en 1551 una población en el camino (la de Villeta, que llamaron de San-Miguel), para que sirviese de escala á los viajeros. Con la apertura de aquel camino de herradura se evitó que los Indios cargasen todo cuanto se necesitaba en la Sabana. Además, Olaya edificó las

bodegas de Honda, y puso allí un recaudador que llamaron Alcaide. Después de aquella obra magna, y además 80 años de edad, capituló con el Presidente Aux de Armendáriz la conquista del Valle de la Plata y Moquégua, lo cual hizo á su costa con 150 hombres de armas. Aunque llevó á efecto la excursión, no volvió de ella, porque pereció en la jornada. Sus compañeros trajeron sus huesos á Santafé, y los sepultaron en la Catedral de esta ciudad. Tuvo honrosos empleos en el Gobierno de la Colonia, y fueron suyos Sasaima, Nocaima y otros muchos terrenos. Para su habitación en Santafé tenía la media cuadra contigua á la Catedral y la esquina de abajo de la plazuela de San-Carlos, casa que es hoy día del señor Juan Manuel Herrera. Su hijo mayor no quiso venir á América; pero su hijo segundo, don Juan Lorenzo, le heredó y se quedó en el país.

OLIVA (DIEGO DE). — OLMEDO (JORGE DE). — Dos soldados de la Conquista. El primero vino con Federmann, y el segundo con Quesada.

OLMOS (JUAN DE). — Nació en la Villa de Portillo, en Castilla la Vieja. Pertenecía á una familia distinguida. Vino á Santa-Marta en 1534, y con Quesada sirvió con buen éxito en toda la Conquista. En premio le dieron las encomiendas de Pacho y Nemocón, y tuvo en Santafé honrosos empleos. Era hombre de culta educación y bastante erudito en materia de leyes y cánones, por lo que su opinión era muy acatada. Fué casado y dejó tres hijos de su mujer, doña Maria de Cerezo y Ortega.

OÑATE (MARTÍN DE). — Era vizcaíno, vino con Quesada, y fué soldado muy valiente. Murió lidiando contra los Indios Muzos en la batalla de Itocó, en 1545.

OREJUELA (JUAN RUÍZ DE). — Natural de Córdoba. Sirvió durante diez años en Italia, en los ejércitos reales. Se halló en Pavía y en el saqueo de Roma. Volvió á España en 1535. En su calidad de Capitán de Infantería, en la tropa que trajo el Gobernador Fernández de Lugo, pasó á servir en Santa-Marta; allí ascendió

á Sargento-Mayor, y se quedó como Maestro de campo del Gobernador. En 1542 subió al Nuevo Reino con don Alonso Luís de Lugo, y por muchos años estuvo sirviendo en las conquistas.

ORTEGA (JUAN DE).—Era soldado de caballería de la tropa de Quesada, y le llamaban *el bueno*. Fué encomendero de Cipaquirá; y como no tuviese sucesión, dejó todos sus bienes á la orden de Santo-Domingo de Santafé, con lo cual se empezó á labrar el convento en 1577. Un hermano de éste, Diego de Ortega, dejó una fundación pía en Santafé para casar doncellas pobres.

ORTIZ (CRISTÓBAL DE).—ORTIZ (DIEGO DE).—Soldados de la expedición de Federmann. Se establecieron, en Vélez el primero, y en Tocaima el otro.

ORTIZ (ORTÚN).—Sirvió primero en la Conquista de Santa-Marta, y pasó á Venezuela con el Capitán Rivera; sentó plaza con sus compañeros bajo las banderas de Federmann. Tuvo la encomienda de Gámeza, después de haber servido mucho en la conquista, pero no dejó hijos legítimos.

OROZCO (LOPE DE).—Vino con Belalcázar. Le llamaban *el viejo*. Se avecindó en Pamplona. Era natural de Córdoba. (1)

OROZCO (JUAN DE).—Estuvo en la conquista de Cartagena con don Pedro de Heredia. Después de haber asistido á las expediciones que se llevaron á cabo en aquella provincia, fué con Vadillo al Cauca, y de allí á Quito, en donde se enganchó con Belalcázar. Habiendo ayudado en la conquista del Cauca, llegó al

(1) Hubo otro *Lope de Orozco* que estuvo de Gobernador de Santa-Marta en 1576. "Este fué quizás, dice Acosta, el primer Español, después de Bastidas (en aquella provincia), que concibió un plan de colonización, fundado sobre la labranza de las tierras, crías de ganados &c., y no sobre la ruina y destrucción de los Indios." Hizo arrasar las fortalezas y ofreció su amistad á los naturales, quienes la aceptaron, pero al fin no surtió ningún resultado su conducta, y los aborígenes se volvieron á rebelar.

Nuevo Reino con su General, en calidad de baquiano. El cronista Castellanos dice que era hombre de letras y había escrito la relación de sus viajes, con el nombre de *El Peregrino*, en que daba muchas noticias de sus campañas; y fué éste uno de los manuscritos que consultó el mismo cronista para escribir su historia.

OTANEZ (MIGUEL DE).—Soldado de la tropa de Quesada. Tuvo parte en la conquista de los Indios Gualés, y fué uno de los fundadores y pobladores de Mariquita.

PALENCIA (NICOLÁS DE).—Benemérito por haber concurrido al descubrimiento y fundación de muchas ciudades de Venezuela ó islas de Trinidad y Margarita. Vino al Nuevo Reino con Federmann: era tuerto, pues había perdido un ojo en las anteriores campañas. Trabajó después en las arriesgadas expediciones de Sierra-Nevada, Pamplona y Ocaña, y en seguida en Venezuela, á donde regresó, y allí ayudó á fundar á San-Cristóbal, Mérida y Tocuyo. Regresó á Pamplona, en donde tenía repartimiento, y fué por mucho tiempo Justicia mayor y Procurador general de aquella ciudad.

PALMA (ANTÓN DE LA).—PERONEGRO (JUAN).—Ambos conquistadores, de los de Federmann. El primero se radicó en Santafé, y el segundo en Vélez. Ni uno ni otro dejaron descendencia conocida.

PAREDES-CALDERÓN (DIEGO DE).—Era natural de Ronda, en España. Estuvo como soldado sirviendo en la conquista de Cubagua. De allí pasó al Cabo-de-la-Vela, en donde descubrió perlas entre los Indios costeros y la manera de pescarlas. En Santa-Marta, á donde fué en seguida, tomó servicio en la tropa de Quesada, y después en la Conquista fué soldado de mérito. Fué encomendero de Somondoco y se radicó en Tunja, en donde casó con doña Catalina Botello.

PENAGOS (JUAN DE).—Caballero hidalgo de la villa de Santander en España. Entró en el Nuevo Reino de Granada con Lebrón, y asistió á algunas con-

quistas. No dejó descendencia legítima, ni se sabe cuándo murió.

**PÉREZ (ANTONIO FERNÁN).**—Fué soldado de Quesada; conquistador con Galiano de los Indios Chipataes. Se avecindó en Vélez.

**PERIAÑEZ PORTOÉS (ó PEDRO YÁÑEZ).** Era de origen portugués. Vino con Quesada, combatió con ánimo en la conquista, y con la parte que le tocó de la repartición del oro que hizo Quesada (450 pesos de oro de 18 quilates), bajó á la Costa, y de allí fué á la isla de Tenerife y trajo á su mujer, Constanza Rodríguez Hermoso, y con ella se avecindó en Tunja. Murió en 1562, y dejó un solo hijo.

**PINEDA (JUAN DE).**—Vino con Quesada á la conquista del Imperio Chibcha, y asistió á la fundación de Tunja, en donde fué el primer Alcalde ordinario. Era sevillano de nacimiento.

**PORRAS (PEDRO DE).**—**PORRAS (SEBASTIÁN).**—Soldados de la expedición de Federmann. El primero fué uno de los fundadores de Tocaima, en donde fué Regidor. El segundo concurrió á la conquista de los Panches, y después de fundado Ibagué se radicó allí.

**POVEDA (ALONSO RAMÍREZ DE).**—Vino con Federmann. Soldado valeroso, estuvo en varias contiendas con los indígenas, y acabó por ahogarse en un río, durante la conquista de los Yagüerías. Dejó larga descendencia.

**PRADO (HERNANDO DEL).**—Era toledano, de familia distinguida y medio hermano del Capitán Céspedes. Vino con Quesada, y fué fundador de Tocaima; tuvo las encomiendas de Guataquí, Ambalema y otros lugares. Murió sin descendencia legítima.

**PRADO (JUAN DEL).**—**PUELLES (JUAN DE).**—**PUJOL (MARTÍN).**—Soldados de la expedición de Quesada el primero y el último, y de Belalcázar el segundo, los cuales concurrieron á las conquistas. El primero se estableció en Vélez, y los otros dos en Santafé.

**PUERTA (JUAN DE LA).**—Llegó con Federmann. Tuvo parte en la reducción de los Panches y se estableció en Tocaima.

**QUESADA (HERNÁN PÉREZ DE).**—Hermano del conquistador del Imperio Chibcha y fundador del Nuevo Reino de Granada, á quien acompañó en su primera expedición, con el destino de Alguacil mayor y segundo en el mando del ejército. Después de haber hecho muchas conquistas importantes por el Sur y el Norte de la Sabana, de haber descubierto el valle de Neiva, y ayudado en todo á su hermano, éste, al tiempo de partir para España, le dejó gobernando el país conquistado. Durante aquel tiempo se ocupó en una expedición á los Llanos en demanda del Dorado, y salió al cabo de dos años, en malísimo estado, á Quito. Allí se encontró con otro hermano, Francisco, en cuya compañía y la de los pocos que habían quedado de la expedición, regresó á Santafé. Al volver á su gobernación encontró ejerciéndola á don Luis Alonso de Lugo, quien le persiguió, encarceló y siguió causa por el mal tratamiento que había dado á los Indios, notablemente al Zaque de Tunja, á quien había mandado degollar como conspirador, sin pruebas suficientes. Por último, Lugo desterró á los dos hermanos Quesadas, los cuales pasaron á la Isla Española, y regresaban ya libres en 1544, cuando al pasar por el Cabo de la Vela les mató un rayo que cayó sobre el buque en que estaban. Hernán Pérez de Quesada "era hombre de buena y robusta presencia, dice Piedrahita, agradable sobre encarecimiento á cuantos le trataban; templado en las cosas prósperas y sufrido en las adversas; de costumbres populares para gobernar hombres, y de notable destreza en regir un caballo; pagábase de la lisonja, y aun comprábala, porque su inclinación le arrastraba al aplauso; su liberalidad pareció más de príncipe que de particular. En menos de dos años y medio que gobernó en nombre de su hermano, derramó entre forasteros y soldados más de ciento cincuenta mil pesos de oro." Desgraciadamente fué arrebatado de genio, y cuando le animaba la cólera ó el odio no se paraba en nada; así, los historiadores le culpan, no sólo del degüello del infeliz Zaque de Tunja, sino de que

también ayudó á matar al Zipa de Bogotá, á quien debió haber defendido, puesto que se le había nombrado defensor oficial del desgraciado monarca.

**QUINCOCES (JUAN DE LA LLANA).**—Era caballero bien nacido. Vino con Quesada; pero no se casó, y cuando murió dejó vacante la encomienda de Tiraquirá, en el distrito de Tunja.

**QUINTERO (JUAN).**—Soldado de la expedición de Federmann. Estuvo en varias expediciones conquistadoras, pero se ignora su suerte ulterior.

**REQUEJADA (FRAY VICENTE).**—Religioso agustino. Vino como segundo Capellán de las tropas de Federmann. Una vez en el Nuevo Reino, se ocupó en catequizar á los indígenas; y como acompañase á Rondón á fundar á Tunja, fué nombrado primer Cura de aquella nascente ciudad. Pero el genio de las aventuras no le dejaba estar sosegado, y en 1540 emprendió marcha con Montalvo de Lugo á Quito, en donde se quedó, y no se sabe qué fué de él después.

**RAMÍREZ (JUAN DE HIÑOJOSA).**—Vino como soldado de las tropas de Quesada. Estuvo en las más arriesgadas expediciones conquistadoras, y al fin se estableció en Tocaima.

**REY (MATEO SÁNCHEZ).**—Era italiano, á lo menos nacido en Italia, de padres Españoles. "No tenía por propio el apellido de Rey, dice el cándido Ocariz, sino adquirido por sus buenas propiedades. Vino á la provincia de Cubagua en 1521. Ayudó á erigir la fortaleza de Cumaná y también á defenderla valientemente de los ataques de los naturales. Después de haber asistido á varias facciones se enganchó con Bastidas para ir á conquistar la provincia de Santa-Marta. Fué uno de los que trataron de defender al Gobernador del puñal de los conspiradores. Estuvo con los subsiguientes Gobernadores de la provincia en todas las contiendas habidas con los Indios. Fué uno de los primeros conquistadores del Valle-Dupar y de las

márgenes del río Magdalena; pasó á la Gobernación de Cartagena, y allí estuvo en varios reencuentros con los aborígenes; tornó á Venezuela y se enganchó bajo las órdenes de Federmann, con quien subió al Nuevo Reino de Granada. En los alrededores de Santafé tuvo las encomiendas que llamaron de la Ciénaga y de Suba. Estuvo en las expediciones de los Palenques y Sierra-Nevada; fué conquistador de los Colimas y de La Palma, en donde tuvo repartimiento. Este conquistador era sumamente valeroso y audaz, y, dice Ocariz, "se dió más á la espada que á la pluma, y no sabía escribir." Dejó dos hijos de su matrimonio con Casilda Salazar.

RIVERA (JUAN DE).—Fué como militar á la provincia de Santa-Marta, y después de haber tenido parte en la conquista de aquella comarca fué enviado por el doctor Infante á La Ramada, en cuya jornada perdió el rumbo y fué á dar cerca de Maracaibo con su compañía. Allí se encontró con Federmann, y éste le persuadió á que abandonase el servicio de la Gobernación de Santa-Marta y siguiese con él en calidad de Capitán de á caballo. Acompañó al General alemán hasta el Nuevo Reino, en donde se quedó al servicio de Hernán Pérez. Tuvo la encomienda de Machetá, pero no dejó sucesión.

ROA (CRISTÓBAL DE).—RODRÍGUEZ DE LEÓN (PEDRO).—RODRÍGUEZ (ANTÓN CAZALLA).—RODRÍGUEZ (FRANCISCO).—RODRÍGUEZ DEL OLMO (JUAN).—Soldados que vinieron al Nuevo Reino de Granada en la expedición de Quesada; todos cinco se establecieron después en Tunja, en donde les habían dado encomiendas en premio de sus servicios en la Conquista.

RODRÍGUEZ (JUAN BENAVIDES DE).—Este conquistador, de la tropa de Quesada, fué nombrado primer Escribano de Santafé de Bogotá.

RODRÍGUEZ PARRA (JUAN).—Soldado de la expedición que vino de Santa-Marta; fué uno de los que, por su imprudencia, pusieron fuego al templo de Sugamuxi.

**ROJAS (HERNANDO DE).**—Era hidalgo cordobés; había abrazado desde joven la carrera de las armas y servido quince años en Italia y en las guerras contra el Gran Turco. Pasó a las Indias y sirvió en la provincia de Cartagena, y habiendo sido conquistador bajo los Gobernadores de ella, sirvió con Belalcázar en las conquistas de Popayán y de todo el valle del Cauca: vino á Santafé con Belalcázar y se quedó en el Nuevo Reino. Ayudó en las conquistas de los Indios Chipataes y otros, y se estableció definitivamente en Tunja, en donde tuvo ricas encomiendas; se casó dos veces y tuvo larga descendencia. Era sobrino del Gobernador de Cuba, don Manuel de Rojas, y pariente cercano de don Gabriel de Rojas, Gobernador de Caracas.

**ROMERO (DIEGO).**—Fué de los conquistadores que vinieron con Quesada. Le dieron las encomiendas de Uncipá y Engativá, en recompensa de sus servicios militares. Fué Procurador general y Mayordomo en 1552. Era hijo ilegítimo de don Carlos de Mendoza, noble español. Murió en Santafé en 1592; pero aunque se casó no dejó herederos.

**RUIZ (ANTONIO).**—Vino con Quesada. Sirvió mucho en la Conquista, y le dieron las encomiendas del Cacique, — Itaque, Sotaquirá y muchas otras. Tuvo destinos honrosos en la Colonia. No tuvo sucesores conocidos.

**RUIZ HERREZUELO (PEDRO).**—Vino en la expedición de Quesada. Era hermano del cruel Oidor Montañó, pero no se hizo odiar como éste. Se había establecido en Tunja, y aunque fué casado con una cuñada de Robledo, doña Catalina Carbajal, no tuvo familia.

**RUIZ (CRISTÓBAL).**—**RUIZ (PEDRO CORDOBA).**—Ambos fueron soldados de la tropa de Quesada. Después de haber servido en las conquistas, el primero se estableció en Santafé, y el segundo en Tunja.

**RUIZ (PEDRO GARCÍA).**—Vino á Santa-Marta con Fernando de Lugo, y duró algunos años como militar en aquella provincia. Subió á Santafé con Lebrón, en 1541. Fué á la conquista del Dorado con Hernán Pérez, y se estableció después en Tunja, en donde labró una capilla ostentosa y dejó rentas para sustentarla. Casó con doña Isabel Macipe, y tuvo larga descendencia.

**SALAMANCA (JUAN Y PEDRO RODRÍGUEZ).**—Soldados de Quesada. Ayudaron en la Conquista y murieron en Tunja.

**SANABRIA (LUÍS DE).**—Era de familia hidalga. Fué conquistador de Venezuela y del Perú; entró luégo en el Reino de Quito, en el Cauca y en el Nuevo Reino, con Belalcázar. Se radicó en Tunja, en donde fundó la ermita de las Nieves. Dejó dos hijas de su matrimonio con doña Leonor Macías Escobar, extinguiéndose en ellas el nombre.

**SÁNCHEZ (BARTOLOMÉ SUÁREZ).**—Vino con Quesada. Era Escribano, y acaso fué éste el encomendero de Sáchica á quien don Luis Alonso de Lugo hizo dar garrote en la prisión, en 1543.

**SÁNCHEZ (JUAN).**—Soldado de la expedición de Quesada. Llevaba también los apellidos de Toledo y Melo. Fué encomendero de la Palma, después de la Conquista, y le dieron el pueblo de Gachancipá. Fué uno de los primeros negociantes en Santafé. Hizo varios viajes á España, á traer mercancías, con lo cual se enriqueció.

**SÁNCHEZ CASTELBLANCO (DIEGO).**—Soldado de Federmann. Después de la Conquista murió en Tunja.

**SÁNCHEZ PANIAGUA (DIEGO).**—**SÁNCHEZ COGOLLUDO (MATEO).**—El primero era soldado balletero de la tropa de Quesada y de origen italiano; el segundo fué el encomendero de Ocabitá, también de la expedición de Quesada, y murió asesinado por los Indios.

**SANCHEZ VELASCO (PEDRO).—SÁNCHEZ (MARTÍN ROPERO).**—Ambos pertenecían á la expedición que subió de Santa-Marta al Nuevo Reino. Después de atender á la Conquista se establecieron en Tunja, pero no dejaron descendencia legítima.

**SÁNCHEZ (MIGUEL).**—Soldado de Quesada. Este fué el que con Rodríguez Parra incendió el templo de Sugamuxi, aunque no intencionalmente. Después de haber concurrido al sometimiento de los Muzos y de los Panches, se estableció en Tunja, y dejó larga descendencia.

**SALINAS (HERNANDO DE).**—Natural de Salinas. Era Sargento Mayor de la tropa de Quesada. No se sabe cuál fué su suerte ulterior.

**SALAZAR (PEDRO DE).**—Vino con la expedición de Santa-Marta al Nuevo Reino. Fué el primer Escribano del Cabildo de Vélez, en donde vivió. No dejó descendencia.

**SALGUERO (FRANCISCO).**—Era de origen portugués. Se estableció en Tunja, en donde tuvo encomiendas. Allí casó con doña Juana Macías Figueroa, y en 1573 se separaron, á fin de que ella pudiese fundar el convento de Santa-Clara, en Tunja, en las casas de su morada.

**SAN-MARTÍN (JUAN DE).**—Había sido Oficial de los reales ejércitos en España. Fué uno de los más notables conquistadores, famosísimo baquiano, y hombre amigo de las letras, puesto que escribió con el Capitán Lebrija la relación de sus viajes. No permaneció en el Nuevo Reino después de la Conquista.

**SANTAFÉ (GASPAR DE).**—Subió al Nuevo Reino con Quesada. Ayudó en la conquista de Neiva y de Tocaima. Se estableció en esta última ciudad, pero no dejó hijos varones de su matrimonio.

**SAN-MIGUEL (ORITÓBAL DE).**—Era hijo de Castilla y natural de la villa de Ledezma. Vino con Federmann, después de haber ayudado en las conquis-

tas de Venezuela. Fué Contador de Hacienda en 1556, y ejerció otros empleos honoríficos. Fué encomendero de Sogamoso, y tuvo descendencia masculina.

SEDANO (N.).—SEGURA (DIEGO DE).—SILVA (FRANCISCO DE).—Soldados de la expedición de Quesada. Concurrieron á muchas de las contiendas con los aborígenes, y se ignora si tuvieron descendientes en el país.

SUÁREZ MONTAÑO (DIEGO).—Parece que era persona muy respetada en la tropa de Quesada, con quien vino al Nuevo Reino. En Tunja, en donde se estableció, le dieron honoríficos destinos, después de haber concurrido á las expediciones más arriesgadas de la Conquista. Dejó un hijo de su mismo nombre y larga descendencia.

TAFUR (JUAN).—Nació el año de 1500 en la ciudad de Córdoba. Su padre se llamaba Pérez Tubera y su madre Isabel Tafur; pero como en aquel tiempo los hijos tomaban indistintamente los apellidos de sus padres ó madres, éste prefirió el de su madre, y con ése vino á Indias, en 1518, con Pedro de los Ríos, Gobernador de Tierra-Firme. En 1527 el Gobernador de Panamá dió orden á Juan Tafur para que fuese con dos navíos á recoger la gente descontenta de la expedición de Pizarro. Tafur obedeció, y dejando al valiente aventurero con 13 compañeros, regresó con los demás á Panamá. En 1533 pasó á Santa-Marta, en donde residió hasta 1536, año en que emprendió marcha en la expedición mandada por Jiménez de Quesada. Habiéndose manejado con todo el denuedo y la pericia que se podía aguardar de su larga experiencia en las guerras indígenas, obtuvo las encomiendas de Pasca, Usaque, Chipaque é Itaque. Diéronle además muchos destinos honoríficos en Santafé. No obstante haberse casado dos veces, no dejó familia alguna.

TAFUR (MARTÍN YÁÑEZ).—Primo hermano del anterior, y como éste, nacido en Córdoba. En 1520 pasó de España á la isla de la Trinidad, y fué Alcalde de la fortaleza de Yuriparí. En seguida se en-ganchó con Heredia, y con éste pasó á la conquista de

Cartagena, en donde militó con el grado de Capitán. Cuando don Pedro de Heredia atacó y saqueó la colonia fundada por un Oficial de la Gobernación de Panamá, en las inmediaciones de San-Sebastián de Urabá, Tafur, que se hallaba con Heredia, se apoderó de seis mil castellanos de oro que Julián Gutiérrez tenía en su casa. Cuando Gutiérrez fué puesto en libertad y se creía arruinado, Yáñez Tafur se le acercó, y, entregándole el oro intacto, le dijo: "Hé aquí el oro que os tomé para evitar que otros menos escrupulosos se lo apropiasen." Esta noble conducta de Tafur es digna de mención, sobre todo en aquel siglo en que regían las leyes del botín y cada cual se apropiaba cuanto le venía á las manos después de un combate. Nuestro Conquistador atravesó con Vadillo las provincias de Antioquia y del Cauca, y de allí pasó al interior del Nuevo Reino: estuvo en la conquista de la Palma, en la de los Indios Panches y otras, y se radicó en Santafé, en donde se casó, y dejó varios hijos.

**TORDEHUMOS (FRANCISCO DE).**—Hijo-dalgo, natural de Tordehumos. Vino de España á Santa-Marta con don Pedro Fernández de Lugo, y subió á la conquista del Imperio Chibcha con Quesada. Tuvo la encomienda de Cota, y en Santafé fué Alcalde, Procurador, Mayordomo, &c. Se casó, pero no tuvo hijos, y al morir dejó su caudal para edificar parte del convento de Santo-Domingo, y costó la estatua del Santo, que hizo traer de España, en lo cual gastó cuatrocientos pesos de oro.

**TORO (CRISTÓBAL DE).**—Era soldado raso, de baja extracción, de oficio curtidor, y no sabía escribir. Logró reunir algún dinero, con el cual trajo de España á su mujer, Francisca Pedroza, y vivió con ella treinta y ocho años en Santafé, dedicado á su oficio, pero no dejó sucesión. Era además encomendado de Ohinga.

**TORRES (DIEGO).**—**TORRES (JUAN DE).**  
**TORRE (LÁZARO DE LA).**—Soldados de la tropa de Quesada. El primero se avecindó en Pamplona; el segundo en Santafé, y el tercero en Tunja. No se tiene noticia de que dejaran sucesión.

**TORRES CONTRERAS (JUAN).**—Vino en la expedición de Quesada, y después de haber presenciado los principales hechos de armas de la Conquista, se estableció en Tunja con el título de Señor de Turmequé. Trajo á su mujer de Córdoba, de donde eran ambos naturales.

**TROYA (NICOLÁS DE).—TRUJILLO (JUAN).** El primero vino con Federmann, y era natural de Valladolid; el segundo era soldado de Quesada. Ambos se establecieron en Santafé, después de haber asistido á la Conquista; pero no tuvieron sucesión conocida.

**UMBRÍA (SALVADOR DE).—VALENZUELA (PEDRO SÁNCHEZ).**—Ambos soldados de la Conquista. El primero vino con Quesada y se quedó en Tunja. El segundo era conquistador de los de Venezuela. Fué uno de los primeros pobladores de Ibagué.

**VALDÉS (MELCHOR DE).**—Conquistador de los compañeros de Pizarro en el Perú, y en el Reino de Quito, con Belalcázar. Después de ayudar en las conquistas del Cauca vino como Maese de campo de Belalcázar, y fué uno de los primeros fundadores de Ibagué y conquistador de los Panches y otros Indios.

**VALDERAS (DIEGO RODRÍGUEZ DE).**—Vino en la tropa de Federmann, y después de la Conquista le premiaron con la encomienda de Ubaté.

**VÁSQUEZ (PEDRO).**—Soldado de Federmann. Después de haber tenido parte en muchas expediciones, murió á manos de los Indios de Macaregua.

**VALDIVIA (ANDRÉS DE).**—No se sabe de qué parte de España era oriundo. En 1570 era vecino de Anserma, y allí ofreció á un poblador de aquel lugar, que se había hecho muy rico, pasar á España y en su nombre solicitar para él la Gobernación de los terrenos ubicados entre el Cauca y el Magdalena. El rústico ansermeño entregó á Valdivia los recursos necesarios para el viaje, y al año siguiente regresó aqnesa, trayendo el nombramiento de Gobernador para sí.

con lo que engañó y traicionó al que había puesto confianza en su buena fe. Desde que Valdivia entró en su Gobernación tuvo que luchar constantemente con los indígenas de todas aquellas comarcas, que se rebelaban sin cesar; además, el Consejo de Indias declaró en 1572 que los territorios de Valdivia no comprendían las ciudades que, había encontrado pobladas, de lo cual resultaba que su Gobernación se componía de un ejército de cuarenta y seis Españoles, veinte negros esclavos, quinientos Indios sometidos y una multitud de tribus de indígenas indómitos, derramados por el país más montuoso y quebrado del mundo. El desgraciado Valdivia puso los fundamentos de una ciudad en la orilla derecha del Cauca, que llamó Ubeda. Pero nada podía ser más triste que aquella situación, la cual se agravó con la irritación y descontento que manifestaba Valdivia; y como tratase mal á los Españoles y á los indígenas, muchos de los suyos le abandonaron, y se sublevaron los aborígenes, que cayeron sobre los restos del campamento y asesinaron á Valdivia y á sus compañeros, el 16 de Octubre de 1576.

VÁSQUEZ DE LOAYSA (PEDRO).—VEGA (GONZALO DE).—El primero era natural de Málaga. Vino del Perú con Belálcazar; fué soldado de Arias Maldonado y casó con una hermana de Suárez Rondón. Vega fué conquistador de los de Federmann. Después de la Conquista se radicó en Vélez.

VENEGAS CARRILLO MANOSALVAS (HERNÁN).—Era natural de Córdoba. Vino en calidad de soldado en la tropa de Quesada; pero durante aquella campaña se distinguió tanto por su denuedo, valentía á toda prueba é instintos y dones militares, que cuando estuvo conquistado el Imperio Chibcha ya se consideraba por todos que Venegas era el llamado á ser uno de los principales caudillos de la subsiguiente conquista y civilización de los territorios indígenas. Gobernando don Luis Alonso de Lugo el Nuevo Reino de Granada, resolvió, en 1544, enviar una expedición á guerrear con los belicócos Panchea y Pantágoros, en cuyas tierras se decía que había minas de oro. Esogiendo entre los capitanes más esforzados, se fijó en

Venegas, aunque no pertenecía al partido que él encabezaba, y le nombró Jefe de la empresa. Éste aceptó, con la condición de escoger la tropa, como lo hizo, y salió de Santafé á principios del año. Esta expedición fué siempre victoriosa, y atravesó felizmente las tierras de los Panches; pasó el río Magdalena y descubrió los sitios donde después se fundaron Ibagué, Santa-Agueda, Ambalema y Mariquita, y además las minas de Sabandijas y de Venadillo, nombrado así, dice Piedrahita, por un cervatillo manso que tenían los Indios en aquel lugar. Libró batallas á los Guataquíes y Ambalemas unidos, y después de vencerles atacó á los Bituímas, que se habían fortificado en lo alto de una peña, á quienes también sometió; exploró en seguida las márgenes del río Patí (hoy día Bogotá), y resolvió fundar una ciudad en el valle de los Tocaimas, por parecerle aquel sitio ameno y en la inmediación de aguas sulfurosas, propias para curar muchas enfermedades. Puso el nombre de Tocaima á la nueva ciudad, la cual fundó el 6 de Abril de 1544, y fué una de las más prósperas y aun ricas y ostentosas de la Conquista. Desgraciadamente Venegas no supo elegir el sitio, porque poco tiempo después una inundación del río arruinó los edificios y los cubrió completamente; de manera que fué preciso mudarla á parte más alta, en donde nunca tuvo la misma prosperidad que al principio. En 1547 Venegas fué nombrado por todos los Cabildos del Nuevo Reino de Granada para que fuese á la Corte á pedir la revocación ó enmienda de las leyes que había traído Armendáriz y que tanto escándalo causaron. Al siguiente año regresó Venegas de España, después de haber obtenida casi todo lo que se deseaba, con lo cual aumentó su fama; Armendáriz le envió á la cabeza de una tropa á socorrer á La Gasca en el Perú; pero se volvió del camino, por haberse debelado sin su ayuda el levantamiento de Gonzalo Pizarro. En uno de los viajes que hizo á España se casó, y trajo después á Santafé á doña Juana Ponce de León, hija del Gobernador de Venezuela, don Pedro Ponce de León, la cual llegó en 1569, año de la muerte de su padre. Después de una vida muy honrrósa, Venegas murió en 1583, muy viejo, dice Ocaziz, pero no sabemos qué edad contaba. Dejó á sus ocho

hijos herederos de las ricas encomiendas de Guatavita, Gachetá, Chipasaque ( hoy día Junín ), Tausa, Suba y Gachancipá. Está enterrado en la Catedral de Santafé de Bogotá, en la Capilla de Santa-Lucía.

**VERDEJO (EL BACHILLER JUAN).**—Vino como primer Capellán del ejército de Federmann. Trajo desde Venezuela las primeras gallinas que se vieron en el Nuevo Reino de Granada. Durante aquella campaña, que duró cuatro años, tuvo enidado extremo de defender aquellas aves de la rapacidad de los soldados, los cuales pasaban frecuentemente grandes hambres y necesidades. Cuando partió el padre Las Casas con Quesada, el Bachiller Verdejo quedó en su lugar administrando el curato de Santafé, el cual abandonó por instancias de Hernán Pérez de Quesada, quien le llevó como su Capellán en su desastrosa expedición en persecución del Dorado; y probablemente sería uno de los ochenta Españoles que perecieron en aquella empresa, puesto que no le mencionan entre los que sobrevivieron.

**VIANA (EL BACHILLER).**—Clérigo descubridor de una parte del río Cauca y del San-Jorge, que recorrió con 110 soldados. Durante aquella larga y ardua correría no tuvieron que combatir con los habitantes de la tierra, sino con el clima y las penalidades, el hambre, las enfermedades y por último la muerte del Jefe, el bachiller Viana, y de muchos de los principales Capitanes. Esto sucedía en 1532.

**VILLALOBOS (N.).**—Capitán de infantería: se distinguió en la provincia de Santa-Marta, con Céspedes y Cardoso, hacia 1531; pero cansado al fin de los trabajos tan mal remunerados que se pasaban en aquella provincia, resolvió abandonarla. Como el Gobernador se lo quisiese estorbar, se arrojó al mar, y á nado alcanzó un navío que pasaba en vía para Panamá. De allí pasó al Perú y vino con Belalcázar hasta el Nuevo Reino, en donde pereció, poco después de su llegada, á manos de los Indios.

**VILLANUEVA (JUAN DE).**—**VILLASPASAS (LORENZO).**—Soldados de Federmann. Después de la conquista se estableció el primero en Tunja, y el segundo en Tocaima; pero no dejaron sucesión.

VILLAVICIOSA (FRANCISCO).—YÁÑEZ (RODRIGO).—Vinieron ambos con Quesada y eran soldados rasos. Subieron en la Conquista, y después de ella, el primero se estableció en Tunja y el segundo en Vélez.

ZAMORA FORERO (CRISTÓBAL).—ZEA (PEDRO DE).—Soldados de Federmann. El primero fué uno de los fundadores de Tocaima, en donde dejó una hija única. El segundo, que fué notable en las conquistas de Venezuela, se estableció y murió en Tunja.

ZARCO (BENITO).—Vino con Federmann, y se estableció en Vélez, en cuyos contornos murió á manos de los Indios, con Juan Gascón y cinco Españoles más.

ZEGARRA (N.).—ZELADA (CRISTÓBAL).—Perteneían á la tropa de Quesada. Después de haber ayudado en la Conquista se establecieron en Tunja; pero no tuvieron sucesión conocida.

ZORRO (GONZALO GARCÍA).—Era natural de Guadalcanal, en Extremadura, hijo legítimo de Diego Alonso de Zorro y de Teresa González. En la expedición de Quesada vino como Alférez Mayor de los bergantines que subieron el Magdalena. Cuando Gallegos se devolvió con las embarcaciones río abajo, el Alférez Zorro siguió la jornada con Quesada. Después de concurrir á todas las principales facciones de la Conquista, tuvo parte, según aseguran algunos cronistas, en la muerte cruel del Zipá Sagipa; y lo que llama la atención en esto es, que el Capitán Zorro murió en 1566, en un juego de cañas, de un golpe que le dió Alonso Venegas, hijo del conquistador Venegas Carrillo y de una hija del atormentado Zipa. García Zorro había sido casado, pero no dejó hijos, y heredó la encomienda de Enagasugá y otros bienes su sobrina doña Elvira Padilla, la cual había casado dos veces, y apartándose de su segundo marido fundó el convento del Carmen, en las casas del Conquistador, el 10 de Agosto de 1606. Doña Elvira tomó el velo de monja con tres hijas suyas y dos sobrinas.

## PERROS DE LA CONQUISTA.

¡ Parecerá acaso inoficioso y tal vez hasta irrespetuoso para con nuestros antepasados, los conquistadores del suelo patrio, al mencionar al fin de esta obra los nombres de algunos perros que se hicieron famosos en la Conquista? Pero nuestro propósito ha sido dar una clara idea de la obra llevada á cabo con tanta audacia por los Descubridores y Conquistadores, y conviene que tratemos, aunque sea de paso, de algunos perros cuya cruel ferocidad tuvo mucha parte en la reducción de los indígenas americanos.

Quando llegaron los Españoles á América, encontraron en diferentes partes del continente, y en algunas de las Antillas, perros mudos, que no sabían ladrar, ni tampoco parece que defendían á sus amos de los enemigos: no tenían otro objeto que el de acompañarles á las cacerías. Los naturalistas no están acordes acerca del origen de estos perros: unos dicen que eran de raza diferente de la de los perros europeos; otros aseguran que habían degenerado en América, y la prueba es que Sir John Franklin llevó á Inglaterra un par de perros mudos que encontró en una tribu indígena de la América del Norte, y que aunque éstos nunca aprendieron á ladrar, los hijos que tuvieron en Europa imitaban la voz de los otros perros. También se dice que los perros silvestres que se encuentran hoy día viviendo en manadas en las Pampas de Buenos Aires, no ladrar nunca, y sin embargo, consta que son descendientes de los llevados allí por los misioneros.

No hemos podido averiguar si antiguamente los Españoles llevaban consigo perros á las guerras; pero, sin duda, algo de esto habría, cuando Colón, aun siendo hombre humano y ejemplar, mandó buscar perros á España para reducir á los naturales de las Antillas. No es creíble que el gran Descubridor fuera el inventor de aquella crueldad, sino que encontraría yá la costumbre establecida en Europa, y él la trasplantó á América.

Los perros de los conquistadores eran de raza de alanos, es decir, mestizos de dogo y mastín. Uno de los más conocidos se llamaba BECERRILLO, y era enorme, salpicado de manchas negras sobre un fondo rojo, la nariz negra y los ojos rodeados de pelo negro. Era tan apreciado por su ferocidad, que se le daba doble ración, y su amo recibía sueldo por los servicios de su perro. Era tan inteligente que distinguía los Indios mansos de los alzados. Una vez su amo quiso que matase una india vieja, y la dió una carta para que llevase, y soltó el perro después para que la alcanzase. Cuando la infeliz mujer le vió llegar como una fiera, se arrojó, levantó la carta que le había dado su amo y le pidió en sentidas palabras que no la matara. El animal se paró: pareció comprender las palabras de la desdichada, y en lugar de despedazarla la acarició.

Después de muchos años de servicios, Becerrillo murió de resultas de una flecha envenenada que le dispararon los Caribes en un combate, y que atravesó la colcha forrada en algodón que siempre le ponían sobre el cuerpo para evitar las flechas enemigas.

Hijo de Becerrillo era LEONCICO, el famoso perro de Balboa, el cual recibía la paga de un oficial, y combatió al lado de su amo en todos los encuentros que tuvo con los Indios del Istmo de Panamá.

En Santa-Marta, refiere Castellanos que en 1570 había un perro valientísimo, AMADÍS (perteneiente á un habitante de aquella provincia, llamado Francisco Castro), el cual hacía parte de todas las expediciones contra los desgraciados aborígenes.

Cuando Gonzalo Jiménez de Quesada vino á la conquista del Imperio Chibcha, no trajo perros en la expedición; pero á la llegada de Federmann y de Belalcázar estas fieras participaban en todas las gue-

rras contra los indígenas que después se rebelaron contra los Españoles, y aquellos infelices tenían más horror á un alano cebado á matarles, que á un regimiento de arcabuceros.

Pero no se crea que la práctica de combatir con perros en América era costumbre no más de los Españoles de aquel tiempo y de aquel siglo. Existe todavía en Jamaica una variedad de perros que llaman *blood-hounds*, de Cuba, los cuales, dice Brehm (1), los empleaban los Ingleses hasta el fin del siglo pasado para cazar á los negros alzados de Jamaica. Enseñaban y adiestraban á los perros para esta infame cacería, vistiendo con un cuero de negro un maniquí lleno de carne, y cuando los animales estaban hambrientos los soltaban para que devorasen el interior del maniquí. Naturalmente después de esto, un negro representaba para ellos su alimento, y no bien le veían, cuando le despedazaban para comérsele. Parece que en algunos Estados de Norte-América empleaban de la misma manera á los perros para someter á los negros alzados.

No es, pues, justo culpar á los Españoles solamente por su crueldad para con las razas sometidas, puesto que los Ingleses han obrado con igual inhumanidad al respecto de sus esclavos!

(1) Descripción popular del reino animal.

FIN.